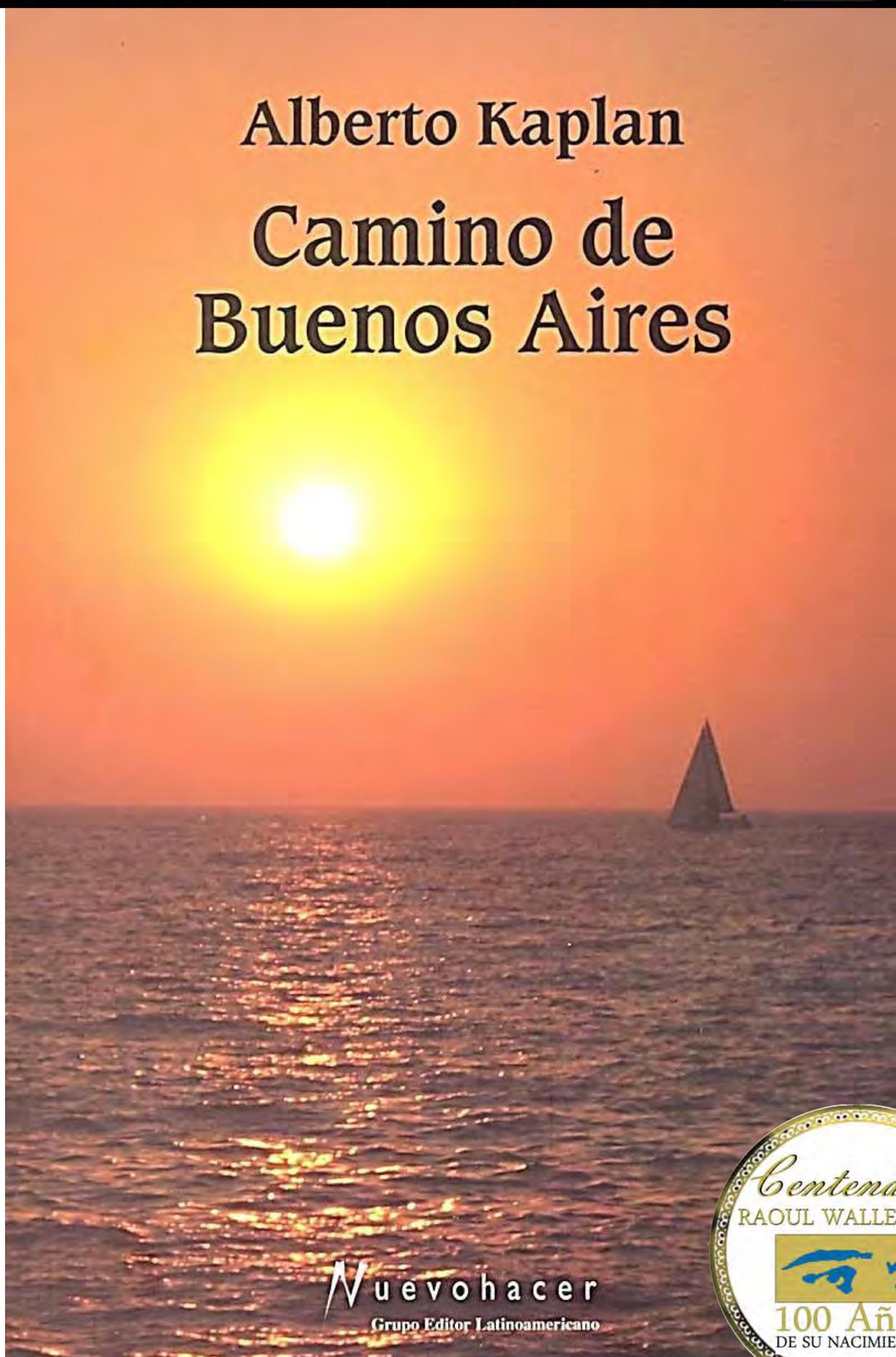


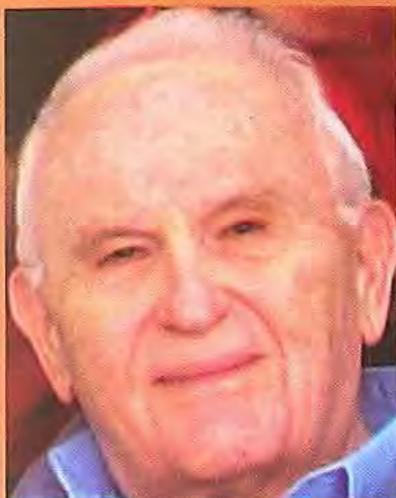
Alberto Kaplan

Camino de Buenos Aires



Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano





Alberto Kaplan nació en Buenos Aires, inició la escuela primaria en Tacural, provincia de Santa Fe, y la completó en el barrio porteño del Once. Cursó la secundaria en el Colegio Nacional de Buenos Aires, y se graduó en la Facultad de Medicina de la UBA.

Evoca con emoción a sus maestros Ricardo Finochietto en la Escuela Quirúrgica Municipal para Graduados, y a Earl Walker y George Smith en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore, Estados Unidos, en cuyo Hospital fue médico residente entre 1952 y 1954.

Es miembro fundador del Colegio Argentino de Neurocirujanos y de la Asociación Argentina de Neurocirugía de la que fue el primer secretario. Se desempeñó como neurocirujano en el Hospital Rawson, en el Hospital Israelita y en el Sanatorio Güemes de Buenos Aires.

Contribuyó a educar a varias generaciones de médicos como docente de la Facultad de Medicina de la UBA. Dictó cursos y concurrió a congresos de su especialidad en el país y en el mundo, y expuso su experiencia en publicaciones nacionales y extranjeras.

Participó en numerosos certámenes litera-

rios y obtuvo, en el año 2005, una mención en las jornadas de la Asociación de Médicos Municipales. Su ensayo autobiográfico *Memoria de un médico* mereció una Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores en 1994. Los libros *La mira en Andrómeda* e *Historias con cristianos, judíos e incrédulos* vieron la luz en Buenos Aires en 1997 y 2009, respectivamente.

Está casado y tiene cuatro hijos y doce nietos.

Distribuidor exclusivo:

GALERNA

Lambaré 893

(1185) Buenos Aires,

República Argentina

TEL./Fax: 4862-6785 / 4867-1661

ISBN: 978-950-694-882-5

Alberto Kaplan

Camino de Buenos Aires

2011

Edición digital exclusiva de



Casa Argentina
en Israel Tierra Santa



THE INTERNATIONAL
RAOUL WALLEMBERG
FOUNDATION

La boda de Mariana Zaldívar

La belleza y el amor son el cuerpo y el alma.
La belleza es la mina, el amor el diamante.
Juntos han estado desde el principio de los tiempos,
lado a lado, paso a paso.

Mevlana Celaleddin Rumi (1207-1273)

Los acordes de la marcha nupcial anunciaron la llegada de los novios al atrio donde se organizó el cortejo precedido por los padrinos, don Ruperto Quijano, jefe político de la zona, y su esposa doña Genoveva de Alvear, prima del presidente. Luego avanzaba la novia del brazo del padre, el novio conducido por la tía Agapita Segura venida especialmente desde San Antonio de Areco y, cerrando el grupo, dos niñas con vestidos de organdí, que arrojaban rosas y claveles a su paso.

Mariana lucía el atuendo de la abuela bordado a mano hacía más de cien años por las monjas del *Convento de las Esclavas* y conservado en naftalina dentro de una caja de madera lustrada desde que la madre lo usó por última vez en su casamiento.

El novio resplandecía con un traje negro de gabardina, chaleco de satén, zapatos charolados, camisa de seda y corbata gris perla con alfiler de oro, alquilados en la *Casa Martínez* con la advertencia de que los deterioros serían descontados de la seña.

Don Severino consagró el matrimonio de la hija de Augusto Zaldívar en presencia de lo más granado del pueblo: el intendente Ávido Sampettri; el comisario Rolando Brugenti; don Eufasio Conde, dueño del *Tribuno Popular*; el doctor Crisólogo Funes, director del *Hospital de la Divina Providencia*; la superiora del *Convento de las Esclavas de la Sagrada Vocación*, Sor Atanasia de los Tormentos, y don Gregorio Pustilnik y don Enrique Esquenasi, dueños del bazar *La Gitana*, dos destacados comerciantes de la calle San Martín, con sus respectivas familias.

Nuestro Dios de amor estableció el matrimonio como símbolo de la relación de Cristo con Su Cuerpo, la Iglesia - dijo don Severino mientras resonaba en la nave el Aria para la Cuerda de Sol de Bach -. Dios ordenó que el hombre fuera el jefe espiritual de la familia, el proveedor responsable y el iniciador del amor en esta relación humana. Debes respetar y proteger, Francisco, a tu mujer para que halle en ti lo que añora su corazón. Tú, Mariana, serás la esposa amante y responderás a su cariño con ternura y comprensión a través de la fe en Cristo que los mantendrá unidos y los llenará de bendiciones.

La iglesia estaba engalanada con flores blancas, símbolo de la pureza, y con plantas multicolores, alegoría de la fertilidad, mientras que el altar iluminado como en las grandes ocasiones brindaba un marco solemne a la imagen de San Geminiano, mártir de los sarracenos, rodeado de ángeles relucientes.

Muchos invitados enviaron regalos del bazar *La Gitana*, docenas de platos, cacharros, cubiertos de acero inoxidable, vasos, copas, veladores y jarrones. El doctor Quijano, antiguo embajador en la India, y su señora, obsequiaron un trozo del sayo que usaba San Bartolomé cuando fue despellejado por los infieles en Albanópolis. Aunque se excusó de asistir por un ataque de gota, el Obispo de Altamira envió una imagen de Santa Angiulina Invocatrice bendecida por el Papa.

Los asistentes ocupaban las treinta filas de asientos, y cien más presenciaban la ceremonia de pie en los corredores.

- ¡Qué afortunada esta chica! - dijo en voz baja una parienta cuarentona de pelo rubio enrulado. - ¡Casarse tan joven mientras algunas todavía esperamos a nuestro príncipe azul!

- ¡Suerte es tener un padre rico y honorable como don Augusto! - agregó una prima hermana de la novia.

- ¡Hermoso sermón el del cura! - suspiró Lisandro Pulastrí, dueño del salón de damas y creador del tocado de las señoras de la familia -. ¡No pude contener mis lágrimas al escucharlo!

Una amiga envidiosa notó un poco gorda a la contrayente:

- Con unos kilos menos le habría sentado mejor el traje de novia - reflexionó.

- ¡Es la *felicidad!* - comentó alguien al lado.

Terminada la ceremonia, los recién casados saludaron sonrientes en el atrio, pero Mariana no dejaba de pensar en los sucesos que, en poco tiempo, cambiaron su vida de adolescente.

Todos los días salía corriendo de la casa para no llegar tarde al *Colegio de las Esclavas* ante la mirada escalofriante de la hermana Cerbera parada en la puerta:

- ¡Ufa, cuántos apurones! – les decía indignada la monja sacudiendo la toga mientras golpeaba el pupitre con las llaves. - ¡Qué les hubiera costado levantarse unos minutos antes y llegar a tiempo! ¡Estas chiquilinas piensan vivir eternamente!

Mariana estaba aburrída de la escuela y de aprender las lecciones de memoria. Las monjitas eran afables pero casi no hablaban. Pálidas y ojerasas se deslizaban en las aulas y los pasillos como si vivieran en otro mundo, y raras veces sonreían ocupadas en concentrar sus pensamientos en la Divina Providencia.

- Para mañana estudien desde acá hasta acá - indicaban las profesoras al terminar la clase, señalando dos puntos en el texto librado de impurezas seculares.

Las chicas no dialogaban en clase ni se les permitía correr o jugar en los recreos. Tampoco podían leer publicaciones licenciosas ni libros no admitidos por la autoridad

eclesiástica. Estaba prohibido el *Billiken* por las figuras de niños desnudos aunque sin genitales, para recortar y vestir. ¡Ni mencionar a *Radiolandia* y *Antena* que comentaban la vida escandalosa de los artistas de la farándula!

Mariana acababa de celebrar sus quince años con una fiesta descomunal, de largo, en los salones del *Club Social y Deportivo*. Invitaron a algunos muchachos del pueblo de buena familia, la orquesta tocó valeses y tangos hasta bien entrada la noche, y los jóvenes bailaron y se divertieron a sus anchas bajo la supervisión de los mayores, claro está.

Don Augusto era dueño de la carnicería más importante de la zona y, por entonces, lo habían elegido presidente del *Club*. Aceptó el cargo satisfecho de haber alcanzado un honor merecido porque era miembro de la agrupación desde hacía veinte años, se dedicaba sobre todo a las obras de caridad, anotaba las contribuciones de cada asociado y los criticaba cuando no lo dejaban conforme:

- ¡Este año se está quedando corto, don Sampetri! – se atrevió a reprender al intendente. - ¡Afloje algún billete más porque el pueblo anda bien, la cosecha fue óptima y Dios lo ayudará en la próxima!

Las rifas para socorrer a las instituciones de bien público se sorteaban por la *Lotería Nacional* y aunque no faltaban críticas sobre el manejo del dinero, la reconocida probidad del organizador acallaba los infundios.

Además de sus tareas piadosas, don Augusto se consagraba a impulsar la modernización del pueblo, e hizo colocar carteles con el nombre de las calles en todas las esquinas, y también luces de tres combinaciones en las peligrosas para evitar los choques mientras los conductores intercambiaban saludos aguardando su turno.

El nuevo presidente del *Club* se despertaba al alba, recogía el diario en el portal, cebaba unos mates en la cama a la mujer y salía apurado a levantar las cortinas del comercio. Solamente él tenía las llaves porque no se fiaba de la puntualidad de los empleados.

- La confianza mata al hombre - repetía a menudo.

Trabajaba toda la mañana y se retiraba a almorzar y hacer la siesta. Luego le daba de comer a los perros y volvía al negocio hasta las ocho.

De regreso a casa se detenía media hora en el boliche de Marconi para jugar al truco con sus amigos Pustilnik y Esquenasi. De paso hablaban de política y chismorreaban sobre los sucesos del pueblo porque al carnicero le disgustaba la maledicencia pero prefería estar enterado.

La gente lo criticaba por ser duro con sus hijas. Las tenía cortitas y las maltrataba de palabra y de hecho ya que un par de chirlos evitaban futuros inconvenientes y afianzaban su autoridad. En ocasiones también la esposa ligaba una palmadita, cosa que los amigos preferían no mencionar porque nadie se sentía libre de culpa.

- Dios no me dio varones - comentaba don Augusto - pero las chicas me van a salir buenas, le aseguro, y voy a educar bien a mis nietos para dejarles el negocio cuando me muera.

Se despedía de los amigos después del segundo *Fernet*, y caminaba hasta la casa donde lo aguardaba un bife de chorizo a caballo con papas fritas y ensalada mixta, fruta y café. Un par de vasos de un buen tintillo ayudaban la digestión y aseguraban el sueño de la noche.

- No se me descarrilen - solía advertir a las niñas mientras cenaban -. La vida es dura, ustedes son muchas y yo me mato trabajando. No hagan cosas raras porque la van a pasar mal.

Ninguna de las cinco sabía a ciencia cierta qué quería decir cosas *raras* pero lo sospechaban. Las menores escuchaban los comentarios de las otras y éstas leían las historias de amor deslizadas en el bolso por las amigas mientras charlaban en la plaza o se reunían en la confitería.

Griselda, la mayor, acababa de cumplir veinte años y no conseguía novio porque exigía elegirlo a su gusto. Los días domingo iban a la iglesia. A la salida, algunos muchachos les hacían guiños e intentaban iniciar una conversación, pero papá y mamá se ponían serios y subían rápidamente al *Chrysler* donde apenas cabía toda la familia: los padres y Griselda en el asiento de adelante, y las otras cuatro atrás.

El único hombre joven en la casa era Francisco Minicucci, el dueño de la verdulería. Había cumplido cuarenta años, era petiso y regordete, tenía panza, olía a cebollas, y se ponía colorado cuando lo mencionaban en las conversaciones.

Nunca se supo cómo trabó amistad con don Augusto pero la gente decía que ocupaba el lugar del hijo varón que nunca tuvo. Hacían viajes de negocios a la Capital durante la semana. Los domingos el verdulero se quedaba a almorzar después de misa y jugaban al ajedrez hasta la noche mientras doña Jacinta, la patrona, tejía echarpes con sus agujas de metal plateado, sentada en la mecedora de terciopelo carmesí.

Las hijas iban y venían en su cuarto escuchando música y novelas por la radio. Las mayores suspiraban mientras las más niñas les hacían morisquetas poniendo los ojos en blanco y cruzando las manos sobre el corazón.

Enfrascada en sus pensamientos, Mariana decidió acortar camino cruzando el bosque de eucaliptos, a tres cuadras de la escuela. Memorizaba la última frase de la oración pero le costaba retener las palabras en latín:

- *In nomine patris et filii...* ¿Qué vendrá después?

De pronto vio por el rabillo del ojo a Pedro, el hijo del boticario, y sospechó que intentaría alcanzarla. Tenía veinte años, era alto, buen mozo, y ella le sostenía la mirada cuando él la provocaba en misa. Sintió que se acercaba y echó a correr entre los árboles pero no pudo impedir que se adelantara y le cerrara el paso. Mariana no se resistió y, sin decir palabra, comenzaron a abrazarse mientras se dejaban caer en el yuyal.

Pasó por alto la filípica de la hermana Cerbera y se precipitó al baño para mirarse en el espejo. Estaba un poco despeinada pero tenía el aspecto de siempre. Se arregló el cabello, alisó el vestido y entró al aula.

No se atrevió a hablar con doña Jacinta, al mediodía.

- ¿Te pasa algo *m'hija*? - le preguntó.

- Nada mamá. Estoy bien - contestó sin mirarla.

Tampoco confió en Griselda y sólo le confesó que estaba enamorada de Pedro.

- Ni se te ocurra ir más allá de un besuqueo porque papá te mata - le contestó secamente y cambió de conversación.

El muchacho la esperaba en el bosque. Se ocultaban detrás de un chircal lejos del camino, hacían planes y prometían amarse eternamente. Un día él le propuso casarse:

- Soy una chiquilina y no sabría cómo atenderte - le contestó. - Todavía no sé lavar, planchar ni hacer la comida.

Al mes notó que no le llegaba el período. Tenía arcadas, se puso nerviosa y bajó unos kilos. Doña Jacinta le recomendó comer bien.

- ¿Te vino la *ministración*, *m'hija*?

- Si mamá, como siempre.

Tres semanas más tarde le contó la verdad porque le habían crecido los pechos y se le redondeaba la panza.

- ¿Qué me hiciste, desgraciada? ¿Cómo se lo cuento a tu padre? ¡Nos va a matar a las dos!

Buscó una sábana vieja en el ropero, la dobló a lo largo y la ciñó al cuerpo de Mariana.

- Así no se te va a notar - le dijo y la mandó a la escuela.

Después corrió a la iglesia y encontró al cura en la sacristía preparando un sermón:

- Vení, contame.

- ¡Me pasa algo horrible, don Severino! - sollozó y le narró lo sucedido.

- ¿Quién es el animal que lo hizo? - le preguntó el párroco - ¡Don Augusto le va a romper el alma en cuanto se entere...!

Caminó agitado ordenando sus ideas:

- ¿No le habrás dado un mejunje? ¿No?

- ¡Cómo haría yo eso, don Severino!

- Mm... Me gustaría arreglar las cosas de alguna manera. Decime quién la embarazó.

- No sé, don Severino, no me lo quiso decir.

- Andate a casa *m'hija* y averigualo. Yo me encargo del resto.

Salió del recinto, se dirigió al altar, se santiguó y elevó una oración a San Geminiano invocando sus buenos oficios.

La mujer sirvió la comida y esperó que Zaldívar regresara a la carnicería después de la siesta. Luego se encerró en el cuarto con Mariana:

- Contame ya mismo quién lo hizo.
- No te lo voy a decir, mamá.
- ¿Cómo que no?

Le hizo sangrar la nariz de una bofetada. Mariana imploró perdón y no pudo contenerse más:

- Fue Pedro, el muchacho de la farmacia. Pero nos queremos y nos vamos a casar.

El cura se apresuró a visitar a don Miguel Larramendi, el boticario:

- Estás metido en un lío.
- ¿Qué pasa?

- Tu hijo preñó a la Mariana. Ya está de tres meses.

- ¡El muy cachafáz...! - refunfuñó el padre mientras abría la puerta del comedor donde Pedro almorzaba sin sospechar que se habían enterado de su *travesura*. Pero no tardó en descubrir la verdad cuando el cinturón cayó sobre su espalda sin darle tiempo a defenderse.

- Ahora mismo juntás tus pilchas y te vas a casa de la abuela antes de que el carnicero te ponga las manos encima - le ordenó.

Un monaguillo le avisó a don Augusto que el párroco lo andaba buscando.

- ¡La voy a matar grandísima puta! ¡Me deslomo trabajando y me paga con esta infamia!

- No blasfeme ante el Señor - le dijo don Severino -. Debemos perdonar por amor a Dios.

Zaldívar salió tambaleando de la iglesia, pateó al perro del sacristán que se acercó a hacerle fiestas, tropezó con un mendigo ciego sentado en la vereda y entró a la botica blandiendo el cuchillo que siempre llevaba en la cintura. Abrió la puerta de un empujón y registró todos los rincones sin encontrar al causante de su desgracia.

-¿Dónde está? ¿Dónde está? - le preguntó a don Miguel inmóvil detrás del mostrador.

- Viajó a Montevideo.

El visitante se enfureció:

- ¿Montevideo? ¿Qué tiene que hacer allá ese cretino?

- ¡Calmate Augusto y guardá el cuchillo! - trató de tranquilizarlo el boticario mientras le ofrecía un vaso de *Licor de las Hermanas*. - Mandate un trago de esto que es bueno para los nervios.

Le ofreció una silla mientras él se apoyaba en un banco:

- ¿Vos realmente querés que Pedro se case con tu hija?

- ¡Claro que sí! - contestó indignado el carnicero.

- ¿Sabés qué clase de tipo es mi hijo? Un tiro al aire, un desgraciado que no sabe qué hacer con su vida.

- A mí no me parece tan malo - observó Zaldívar mientras terminaba de beber el *Licor*. - ¿Te sobra un poco?

-Sí, sí. Todo lo que quieras - dijo don Miguel. - ¿Ves los frascos casi vacíos en ese estante? Son de beleño, jengibre, ginseng, estramonio, cúscuta, sabal y catauba, los remedios naturales que el tipo usa para estimularse y estar siempre al palo. Anda con

todas las putas de la zona. Gasta el sueldo en los quilombos y levanta cuanta mina suelta pasa por la calle. Nunca tiene un centavo y jamás lo dejo solo en la botica porque me vacía la caja. ¿Seguís queriendo que se case con tu hija?

Augusto lo miró sorprendido.

- ¿Entonces qué puedo hacer? - preguntó después de un rato.

- Francisco Minicucci - le contestó el boticario.

- ¿Qué pasa con Francisco?

- Vos lo conocés mejor que yo. Es un muchacho trabajador, de buenas costumbres, va a misa los domingos, tiene el negocio, un camioncito, y piensa comprar una quinta cuando herede a la tía millonaria.

- ¿Pero querrá...?

- Francisco no es ningún boludo. Le va a venir bien la hija del tipo más importante del pueblo.

Don Augusto caminó apurado a la verdulería y aguardó hasta que se fue el último cliente:

- Tengo que hablar con vos.

Minicucci lo miró con desconfianza.

- Te vas a casar con Mariana el mes que viene - le anunció Zaldívar -. Está preñada, pero la chica es linda, querendona y sabe trabajar. Un regalo del cielo. Vivís como un perro y *m'hija* te va a atender bien.

- ¡Déjese de embromar patroncito! ¡Por qué yo! ¡El padre del guacho tiene que arreglar la cosa!

- Te quiero a vos como yerno. No te vas a arrepentir. Tendrás una familia respetable.

- ¿Entonces ya no vamos a ser amigos?

- ¡Por qué! Nuestra relación seguirá como de costumbre. Con más razón ahora que seremos parientes.

El carnicero volvió a casa y entró al cuarto de Mariana. Ella se acurrucó en la cama pensando que la iba a castigar. Sin embargo no parecía dispuesto a descargar su bronca. Se sentó junto a la hija, le acarició la cabeza, sacó un pañuelo, le enjugó las lágrimas, la miró pensativo, sonrió y le dijo:

- Te vas a casar con Francisco.

- ¡Pero papá...!

- Obedeceme. Te conviene.

- ¡Me caso con Pedro o me quedo para vestir santos!

Pasó varios días encerrada en la habitación sin comer, llorando a moco tendido. Sólo abría la puerta de noche a las hermanas pero no les dirigía la palabra. Pensó en las alternativas. Oponerse a la decisión del padre era someterse a sufrimientos y privaciones. Sería más fácil huir pero ¿adónde? ¿Quién se haría cargo de una mocosa? ¡No iba a renunciar a su gran amor para unirse con un infeliz, un *viejo* de cuarenta con olor a cebolla!

La boda había terminado. Les tiraron arroz al salir de la iglesia y don Augusto manejó orgulloso el *Chrysler* con las luces encendidas que trasladó la pareja a su nuevo hogar.

La recién casada se quitó cuidadosamente el vestido de novia, lo dobló y lo colocó en la caja de madera con naftalina, la cerró con la traba, y entró al baño mientras Francisco se quitaba la ropa y se metía desnudo entre las sábanas.

De mañana temprano Mariana se levantó sin hacer ruido, escribió unas líneas en una hoja de cuaderno en la cocina, la puso en un sobre dirigido a Griselda, pasó la lengua por el borde engomado, lo cerró, lo ubicó en el fondo de la caja bajo el vestido de novia, la volvió a asegurar con la traba, la colocó en un bolsón de mercado y caminó a buen paso a casa de los padres. Griselda tomaba mate en la galería:

- Sos la mayor y te tocaba usarlo antes que a mí – le dijo -. Adentro hay una carta, pero no la abrás hasta el día de tu casamiento. ¿Me lo prometés?

- Claro – lloriqueó la hermana.

Aunque le molestara a mucha gente, Francisco Minicucci tenía sus razones para sentirse orgulloso, tal como lo reconoció la tía Agapita Segura en una carta fechada en San Antonio:

A mi edad, estoy contenta de haber emprendido el largo viaje para asistir a la boda. Nunca pude perdonar que tu madre eligiera a un siciliano ignorante. Vos escogiste una muchacha de alcornia y te felicito. Me di el gustazo de conocer a tu joven esposa, una beldad de quince años, y a su encantadora familia. Pero acordate que, como decía mi finado Euclides, una mujer es un jardín que hay que regar todos los días. Tenés que quererla, enamorarla y, a pesar de la diferencia de edad, estar siempre dispuesto a hacerla feliz y a darle muchos hijos.

A los cuarenta y pico, Francisco Minicucci era el yerno del hombre más respetado del pueblo, comenzó a progresar en los negocios, compró un local frente a la plaza y se incorporó al *Club Social y Deportivo* donde sólo admitían a las personas honorables del lugar.

- No puedo hablar con mamá porque no entiende estas cosas - le dijo un día Mariana a Griselda. - Sueño todas las noches con las caricias de Pedro. No puedo sacármelo de la cabeza aunque me abandonó y debiera odiarlo.

- Olvidate de ese canalla. Ahora sos una señora y tenés la obligación de cuidar a tu marido que será el padre del bebé. Cuando nazca, don Severino lo va a bautizar en la iglesia del pueblo, se llamará Francisco Minicucci y la gente jamás se va a enterar de la verdad.

Los viernes Francisco concurría al boliche de Marconi. Cerraba la verdulería antes de hora y se sentaba a conversar con el comisario Brugenti que regresaba de su charla semanal con Ávido Sampetri, el intendente del pueblo. También le gustaba echar un parrafito con don Eufasio Conde porque, cerrada la edición del *Tribuno Popular*, siempre traía un comentario jugoso sobre los políticos de La Plata.

Conocía a la mayor parte de los parroquianos. Algunos eran aficionados a los tragos pero a él no le agradaban las bebidas alcohólicas, ni siquiera tomaba *Fernet* para abrir el apetito. Pedía un café cortado y, en verano, una *Naranja Crush*, una *Bilz* o una *Bidú*.

Al principio lo recibieron con los brazos abiertos, lo felicitaron por su matrimonio y ponderaron a don Augusto y a Mariana. Sin embargo, una semana después, don Enrique Esquenasi desvió la mirada para no saludarlo.

- ¡Zas, ya se enteraron! - sospechó mientras jugaba a las cartas.

Pasaron unos días y se encontró con Alfredo Grondona, un compañero de escuela.

- ¡Te felicito, hermano! - le dijo mientras lo abrazaba. - Vas a ser papá. ¡Cuánto me alegro!

- Ya era tiempo de sentar cabeza. Y vos ¿todavía solterito?

- ¡No todos encontramos una novia como la hija de Zaldívar!

- Tuve suerte.

- Hablemos en serio - le contestó Alfredo mirándolo a los ojos. - Alguien me *chimentó* que el chico no es tuyo.

- ¿Y de quién va a ser? ¡Yo soy el marido! ¿No? - balbuceó Francisco mientras se ponía rojo como un tomate.

- Mirá che, esas cosas se saben, pero mientras se puedan arreglar...

- ¿Qué?

- Soy tu amigo y no me interesa lo que diga la gente - añadió Alfredo. - Consultalo al doctor Funes. Vos lo conocés. Estuvo en tu casamiento. Decile que yo te mandé.

Francisco regresó a casa preocupado. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo aguantar el chubasco? Hasta el guacho se enteraría con el tiempo.

Esa noche dio vueltas en la cama sin conciliar el sueño. Pudo dormir una hora de madrugada aunque tuvo una pesadilla: un chico lo perseguía con una lanza y se la clavaba en el culo. Se despertó gimiendo y corrió al baño con diarrea.

- ¿Qué te pasa? - murmuró Mariana.

- Me cayó mal la comida.

- ¡La pucha! - balbuceó ella pero siguió durmiendo.

Abrió temprano el negocio y atendió como pudo a los clientes sorprendidos por su mala cara. Todos opinaban o le daban consejos:

- Debe ser del hígado – comentó don Gregorio Pustilnik, que no estudió medicina porque tuvo que salir a trabajar en la crisis del 30.

- Un asiento en el estómago – dijo alguien.

- Tómese un tecito de *peperina*. Es buena *pa* la indigestión – agregó Catalina Pulastrí, la mujer del peluquero.

- Gracias doña, ya mismito lo hago - prometió.

Cerró al atardecer y fue a visitar al doctor Funes. Afortunadamente no había nadie en la sala de espera.

- Me manda Alfredo - le dijo poniéndose colorado.

- ¿Alfredo Grondona? ¡Ah sí, me acuerdo! El pícaro me debe unas atenciones.

- Vengo a hablar de mi mujer. Está embarazada.

- ¿Querés que yo la atienda?

- Sí, pero hay algo más.

- ¿En qué te puedo ayudar?

- El chico es de otro. Acepté casarme porque soy amigo del viejo ¿sabe? No se lo pude rehusar a don Augusto.

- ¿Quién? ¿Zaldívar? ¡Me caigo y me levanto! - exclamó recordando que casi lo echan del hospital cuando se negó a contribuir en una colecta organizada por el mandamás. - Desembuchá.

- Debe andar por el quinto mes - contestó Minicucci bajando la voz.

- ¡Querés que se lo saque pero, a esta altura, es como un parto y la madre corre peligro!

- Estoy dispuesto a todo.

- ¿Ella lo permite?

- No sabe nada. ¡Por Dios se lo pido! ¡Ayúdeme!

Funes lo pensó un rato:

- Te voy a cobrar mil dólares porque sos vos.

- ¿De dónde los saco?

- No sé... ¿Tu suegro?

- No me animo.

- Arreglate como puedas. Decile cualquier cosa a tu mujer pero ni una palabra del aborto.

Francisco salió del consultorio, entró al boliche, jugó unos partidos de truco y regresó a casa a la hora de cenar.

- Quiero que te examine el doctor Funes para ver si todo anda bien - dijo mientras Mariana le servía la sopa. - No tenés buena cara últimamente. A lo mejor necesitás un *análisis*, una vitamina o tomarte la presión.

- ¡Pero si me va atender doña Comitila la comadrona y todavía falta mucho!

- Una cosa es una comadrona y otra un hombre de ciencia. Las parteras no conocen medicina y te arreglan con yuyos.

- Bueno, como te parezca.

Francisco visitó a don Augusto después de comer mientras Mariana lavaba los platos.

- No me gusta doña Comitila - le explicó a solas. - Prefiero al doctor Funes. Sabe mucho más pero quiere mil *verdes*.

- ¿Mil dólares una consulta?

- ¡No! Todo el tratamiento.

Zaldívar abrió la caja fuerte, contó la plata y la tiró sobre la mesa.

- Muchas gracias, don Augusto. Quédese tranquilo que se la voy a devolver.

Al día siguiente Francisco fue con Mariana al consultorio, y Funes los recibió con una sonrisa:

- ¿En qué puedo serles útil?

- ¡Mi marido quiere que me revise para darse el gusto nomás!

El médico la examinó, esperó que se arreglara la ropa, se sentó junto a ella y le tomó la mano:

- Parece un embarazo pero no es - le dijo con tono dulzón. - La medicina tiene esas cosas.

- ¡Pero doctor, si hasta siento las pataditas en la panza!

- Muchas mujeres vienen a verme con la barriga hinchada porque creen que van a tener un bebé. Es el instinto maternal ¿sabés? Vos no esperás un chico. Tenés un quiste de ovario.

- ¿Y eso? - preguntó Mariana asustada.

- Es una bolsa de líquido que se pincha desde afuera y listo.

- ¿Se puede curar?

- Claro que sí.

- Es por tu bien, querida - dijo Francisco.

Funes lo hizo salir y la puso a dormir con una inyección en la vena. Dos horas más tarde, apareció con una palangana en la puerta del consultorio:

- Ponete contento, anduvo bien. Tu mujer se va a despertar dentro de un rato. Date una vuelta mañana.

El marido casi se desmaya al ver la sábana con sangre y los despojos del bebé.

- ¿Qué tengo que hacer ahora?

- Nada. Andate tranquilo. Todo esto se va por los caños.

Minicucci cerró el negocio a la hora de costumbre, se puso una camisa limpia, fue a visitar a los Zaldívar y los encontró alrededor de la mesa.

- ¿Le pasa algo a *m'hija*, que no vinieron juntos? - preguntó la suegra.

- El doctor Funes dijo que no estaba embarazada. Era un *quistes* del ovario y hubo que sacárselo en seguida.

- ¡Pobre mi nena del alma! ¡Cómo estará! - sollozó la madre. - ¿Tuvieron que operarla?

- Le pinchó la barriga, sacó el agua y la curó.

- Vamos a verla ya mismo - propuso doña Jacinta.

- No hace falta porque se siente bien y está durmiendo. Cualquiera cosa les aviso. Buenas noches - se apresuró a decir Francisco y se fue antes de que alguien más quisiera acompañarlo.

- ¡Ya nadie me va a llamar cornudo! - pensó mientras se desvestía. - Este Funes es un fenómeno.

Se despertó a media mañana. Había descansado como los dioses. Se puso el traje nuevo para buscar a Mariana en la clínica y la encontró llorando al borde de la cama.

- ¡La enfermera me contó la verdad!

- Estabas mal y el doctor te devolvió la salud. Debieras agradecerle.

Minicucci le pagó al médico, alquiló un auto y la ayudó a subir pero ella no quiso tomarlo del brazo.

Francisco se mostraba cada vez más cariñoso y le regaló un anillo de oro para el cumpleaños.

- Era de mi mamá - le dijo. - Ahora es tuyo, para siempre.

- Gracias. Me entra justo - contestó Mariana.

Ese día él trató de hacer el amor pero ella lo rechazó:

- Es muy pronto. Todavía no.

A veces Minicucci insistía y la mujer se ponía violenta:

- ¡Todavía no, todavía no! ¡Por favor!

Antes de acostarse, Mariana esperaba que el marido empezara a roncar y se levantaba despavorida cuando él se acercaba.

Una noche se durmió, soñó que Pedro la penetraba y se sintió feliz hasta que, de mañana, descubrió que Francisco, siempre serio, esbozaba una sonrisa sin hacer comentarios.

Poco tiempo después tuvo un atraso y empezó a vomitar.

- Me parece que espero un chico.

- ¿Sí...? - preguntó él.

Se cambiaron para ir al consultorio. El doctor Funes la examinó:

- Es un embarazo. Los felicito.

El marido saltó de alegría. Antes de volver, ella quiso visitar a la mamá para contarle y pedir prestadas las agujas de tejer.

- Voy a ir preparando la ropa - prometió.

Francisco fue al negocio. Cuando regresó a la hora de cenar, la casa estaba a oscuras.

- ¿Andás por ahí? - preguntó.

No obtuvo respuesta. Entró al comedor, al dormitorio y prendió la luz en todas partes. El baño tenía llave.

- ¡Abrime! - gritó y empujó con fuerza una y otra vez.

- ¡Juna gran siete! - exclamó al resbalarse en el líquido que se escurría bajo la puerta.

- ¡Esta boluda no cerró la canilla! ¡Cuándo va a aprender!

Forzó la cerradura con un cortaplumas y encendió la luz. Las agujas de tejer asomaban por la vagina de Mariana Zaldívar, desnuda en el piso sobre un charco de sangre, junto al inodoro.

Pedro pasó la noche en la cubierta del vapor de la carrera donde pudo dormir sentado unas horas a pesar del parloteo de la gente, del llanto de los niños y las risotadas de unos muchachotes que tomaban cerveza.

Tuvo una pesadilla, se despertó sobresaltado cuando el padre le daba con un látigo por desatar el perro, pero se tranquilizó:

- ¡El viejo me castiga hasta en sueños! - pensó. - De atreverme, lo bajaría de una trompada...

Dormitó una hora más con la cabeza sobre el bolso, se despertó dolorido y caminó para estirar las piernas. El río estaba revuelto y sintió miedo de *cruzar el charco* con un temporal. Los pasajeros andaban haciendo eses, volvían a sus camarotes, se acostaban en el suelo y en los asientos, o se agachaban a vomitar fuera de borda.

- El *Plata* parece manso pero es capaz de hacer de las suyas - le dijo el contraмаestre. - ¡Ponga la cola en el piso, *m'hijo*, que se va a romper la nariz!

Se alegró al avistar el *Cerro* de madrugada. Había pasado la tormenta pero todavía faltaba más de una hora para llegar a Montevideo. Se apoyó en una columna contemplando la salida del sol mientras comía un pedazo de pan olvidado en el bolsillo.

Pedro fue el primero en bajar al muelle cuando los marineros colocaron las planchadas después de anudar los cabos Manila. Mostró la cédula de identidad al empleado de migraciones y tomó el ómnibus en la puerta de la aduana.

Doña Concepción se sorprendió al verlo llegar con lo puesto:

- ¿Por qué no me avisaste? - le preguntó.

- No tuve tiempo.
- ¿Qué pasó? ¿Te corrió un milico?
- No abuela, nada de eso. ¡Casi no consigo pasaje!

Ella le ofreció un mate amargo:

- Ponele azúcar - le pidió él.
- ¿Azúcar al mate? Es cosa 'e gringo.
- ¡Por favor!
- ¡Si te parece! Después cambio la yerba. ¿Cómo anda tu gente?
- Bien. Todos bien.
- ¿Qué hacés por acá?
- Te extrañaba.

Ella se sonrió y le ofreció una torta frita:

- ¿Te gustaría pasar unos días en la chacra con Fabián?
- ¿Fabián? ¿Todavía vive?
- Claro que sí. Acordate cómo te divertías con él cuando eras chico. Sacá el *fortacho* del galpón. Está *arrumbao* desde hace tiempo pero anda bien. Lo hice revisar. Te voy a dar unos pesos para la nafta.
- Gracias abuela - le dijo Pedro poniéndose la plata en el bolsillo.

Don Iñaki Larramendi murió en una epidemia de tifus, y doña Concepción Ibarguren, la esposa, se mudó a la antigua casona familiar de las afueras de Montevideo. Su único hijo, Miguel, emigró a la Argentina y, al principio, ella se arregló sola para administrar los campos. Pero la chacra era lo único que logró salvar después de la crisis del 29. Sólo un par de hectáreas y un rancho donde, en sus tiempos, residió el puestero, don Cipriano Laguna, con doña Eusebia y la prole.

Circulaban toda clase de historias sobre los Larramendi. El abuelo don Antonio era una máquina de hacer hijos. Doña Cristina, la mujer, le dio trece, de los que sólo llegó a viejo Iñaki, el marido de la Iburguren. Siete sucumbieron antes de aprender a caminar. Una falleció de parto, y un varón cuando rodó el caballo en una cuadrera. Otro se perdió de vista después de hacerse cura, y dos más, reclutas, murieron en un encuentro con los Tupamaros.

Don Antonio no podía con el genio. Le había echado el ojo a la mujer del puestero, y la visitaba a menudo cuando don Cipriano salía con los peones a recorrer las diez mil hectáreas de estancias hasta cerca de Paysandú.

Doña Eusebia pasó preñada la mayor parte del tiempo desde que se casó a los veinte hasta que Dios se acordó de ella en el último parto, más allá de los cincuenta. Los hijos crecían salvajes y había lugar de sobra para acomodarlos en las tierras de los Larramendi. Ninguno se preocupó jamás por averiguar quién era el verdadero padre. Sólo uno, Fabián, el guacho, se quedó a vivir en la chacra.

Cuando escaseaba el pasto, Fabián largaba los animales a los costados del camino y, si se le perdía alguno, salía a buscarlo con el perro sarnoso, de costillas ondulando bajo el cuero pelado.

Se ingeniaba para hacer servir dos vacas flacas por el toro tuerto del vecino. Después de la parición, vendía la leche y, si le bajaba la gana, hacía queso como aprendió de chico. Muy de tarde en tarde carneaba un capón o sacrificaba una gallina vieja para hacer puchero. Sólo tomaba vino y mate. El pozo se secaba cuando no llovía y escaseaba el agua. Nunca arregló la varilla del molino que hizo instalar el viejo Laguna ni reparó el bebedero del corral del fondo después que lo estropearon los animales.

No se le conocían amigos. Jamás fue a la escuela, apenas podía leer el diario y firmaba apretando la lengua en la mejilla. Tenía buena pinta y les gustaba a las mujeres. Le costaba tomar la iniciativa pero respondía bien cuando lo encaraban porque no quería pasar por zonzo. Una vez apuñaló a un mensual de los Ibarguren por una cuestión de polleras. Lo condenaron a diez años en Punta Carretas pero salió a los tres, gracias a un político amigo de los Larramendi.

En esa época conoció a Felisa Negri, una chica copetuda que vino de vacaciones a la estancia. Era hija de una hermana de doña Concepción, casada con un bodeguero de Cuyo. Fabián le enseñó a montar en pelo y el patrón le ordenó que la acompañara cuando salía a recorrer el campo por si se encontraba con un puma o un jabalí en los pastizales. Un día se le lastimó el tobiano y él la llevó de vuelta en ancas. Casi no hablaron pero Fabián sintió en la nuca la respiración de la muchacha que le apretaba fuerte la cintura. Se sentaron a descansar a la sombra de un lapacho y ella le preguntó:

- ¿Me tenés miedo?

- ¿Miedo yo?

- Claro. Si ni siquiera me tocás.

- ¿Qué te pasa? ¿Andás enfermo *m'hijo* que te veo medio *caido*? - le preguntó el viejo don Cipriano.

- No, *tatita*. - le contestó. - Estoy mejor que nunca. Hay una hembra pueblerina en la estancia y le estoy arrastrando el ala. ¿Tiene algo 'e malo?

- No ¡pero cuidado con los ricos!

Un par de meses después, Felisa le dijo a Fabián que estaba embarazada.

- ¿Es mío? - preguntó él.

- Sí. Me voy antes de que se den cuenta.

-¿Te acordás de la señorita de San Juan que estuvo en el verano? - averiguó al tiempo doña Concepción.

- Seguro - contestó Fabián. - ¡Hermosa prenda!

- Fijate lo que son las cosas. Ahora es mi nuera. Se casó con Miguel y pusieron una farmacia en la provincia de Buenos Aires. Acaban de tener un botija sietemesino. ¡Soy abuela!

Dos hijas del viejo Laguna trabajaron en el rancho hasta su muerte. Leticia, la mayor, se empleó luego con una familia de Villa Crespo, y Fabián nunca la volvió a ver. Amelia se casó y sólo la visitaba para las Pascuas, en Montevideo. Viajaba en el ómnibus desvencijado que pasaba frente al campo y volvía al día siguiente arrepentido de haberse echado una cana al aire.

Le disgustaba salir de la chacra pero estaba obligado a proveerse, a media legua, en el negocio de ramos generales.

Los viernes después de la siesta, ataba la plata en un nudo del pañuelo, ensillaba el tordillo, llegaba de un galope hasta el almacén y volvía cargado de mercancías. Nunca se olvidaba de la yerba *pal mate*, de la damajuana de vino tinto ni de las tres botellas de caña para matar el vicio.

Esa tarde desensilló tratando de no caerse. Había bebido unas copas mientras charlaba con los parroquianos, estaba mareado pero feliz, y canturreaba la chacarera que se le pegó en el último bailongo. No necesitaba de nadie para vivir contento.

- El buey solo bien se rasca - reflexionó mientras acomodaba las provisiones en la alacena de la finada, su madre.

Juntó leña, encendió el fuego y desparramó las brasas. Puso un kilo de carne en la parrilla apoyada en el suelo sobre unos troncos de quebracho, preparó el mate y se cebó unos amargos esperando el asado.

De pronto paró un *Ford* en la tranquera y le dio un golpe el corazón cuando bajó Pedro. Lo veía de chico en las vacaciones, le enseñó a andar a caballo, a subirse descalzo a los árboles, a bolear avestruces y a matar pajaritos con la honda. A veces ahuyentaban con humo las avispas de un camuatí, sacaban la miel y comían hasta hartarse chupándose los dedos.

- Adelante, *ch' amigo* - le dijo Fabián. - ¿Qué lo trae por acá después de tanto tiempo?

Pedro se acercó sonriendo:

- Nada en especial. Vengo a visitarte. ¡Apenas me acordaba del camino!

- ¡Ajá...! - le respondió Fabián. - Vení sentate cerca 'el fuego. Está cayendo el sereno y hace frío. Acomodate mientras tomamos un trago.

- Dicen que estamos emparentados ¿sabés? - comentó Pedro. - ¡Somos tan parecidos!

- ¿Parecidos? ¡Dejate de joder!

- Papá me contó que Antonio Larramendi, mi bisabuelo, era tu padre.

- ¿Querés decir que el viejo se la cogía a mamá?

- Dicen que así fue.

- ¡El muy hijo de puta!

- ¡Epa! ¡Andate con cuidado!

- ¡Son chismes de las malas lenguas!

Cenaron a la luz de una lámpara de querosén y, entre vuelta y vuelta, vaciaron media damajuana del tintillo que raspaba la garganta. Estaban alegres y empezaron a contar historias. Pedro relató el verdadero motivo de su viaje.

- ¿Así que andás *juyendo* de una hembra, grandísimo malandrín? - preguntó Fabián.

- No, de la hembra no, pero el padre me está buscando porque le hice un hijo a la tipa. Quiere que me case y no gano ni *pa* cigarrillos. Me obligaría a trabajar pero yo voy a estudiar de doctor. Podría entrar a la *facultá* después de las vacaciones. Un crío a esta altura me sonaría la vida.

- ¡Con esas cosas no se juega!

- Mi viejo me mandó que viniera al Uruguay.

- Te hace desensillar hasta que amaine ¿eh? - se sonrió Fabián.

- Me gustaría pasar unos días con vos.

Fabián miró los vasos:

- ¡Se esfumó el vino! - exclamó. - ¡Qué *calamidá*! ¡Acérqueme la copa!

Conversaron un par de horas y, muertos de sueño, entraron al rancho.

Fabián colocó carbón en un brasero y lo encendió con los restos del fuego de la parrilla.

- Se viene la helada - comentó.

- ¡Mirá que es peligroso! - le advirtió el argentino.

- Sí. Ya sé. Vamos a dejar la puerta entornada.

El olor a mugre hizo aliviar la borrachera de Pedro. El desorden era increíble. Restos de comida, papeles, aperos y herramientas tirados en el piso de ladrillo, la ropa sucia en una tina, botellas de aguardiente y vasos grasientos sobre la mesa destartada, un par de sillas patas arriba en un rincón.

- Che ¿dónde vamos a dormir? - le preguntó inquieto a Fabián.

- Lo siento, pero ésta es la única *catrera*. Usala vos. Yo me acuesto en el suelo.

- No me hagás abusar. Tengo el lomo bien duro.

- Pero hoy no barrí y entran las gallinas. ¡*Porái* te encontrás con una sorpresa! - contestó el uruguayo.

- Bueno, a lo mejor podemos usar la misma cama. No me vas a hacer alguna porquería ¿no?

- Me da asco la carne 'e chanco, patrón - se rió Fabián, mirándolo con picardía.

- Chanco tu madrina - le contestó el porteño.

Tuvo ganas de gritar cuando se sacó la ropa y la paja del colchón le lastimó la piel. Durmió media hora y se despertó sobresaltado procurando alejarse del cuerpo maloliente del vecino.

- ¿Te sentís mal, che? - preguntó Fabián entre sueños.

- ¡No, no! Estoy bien. El brasero calienta demasiado y con el vino...

Pedro se levantó a orinar fuera del rancho, respiró hondo el aire frío, se quedó haciendo tiempo y consiguió ver el reloj a la luz de la luna: eran las dos de la mañana.

- ¡Si este cuadrúpedo me dejara *apolillar* un poco! - pensó.

Entró y, en la penumbra, vio a Fabián desnudo al borde de la cama.

- ¡Vestite animal! ¿No tenés vergüenza?

- Perdón. Se me calentaron las tabas con el cuento de tu mina y tuve un sueño. Las cosas debieran ser distintas ¿sabés? Si uno preña una fulana, tiene que acollararse. Después se ve lo que pasa. Lo importante es el gurí. ¡Vos podás ser *dotor* pero hiciste una canallada al irte!

Pedro lo interrumpió:

- ¡Darne consejos a mí! ¡Qué lección de moral, eh! ¿A vos qué carajo te importa lo que pasó con esa pendeja?

- ¡Me importa! ¡Me importa! - le contestó Fabián.

Se puso los pantalones, llenó dos vasos con caña, le ofreció uno a la visita y bebió el otro de un trago:

- Tomátelo entero si sos hombre.

- ¡Qué hombre ni hombre! ¡Hijo de puta! ¿Por qué no te metés en tus cosas y me dejás tranquilo?

- ¡Sos vos el que te viniste a esconder en mi casa!

- ¿Tu casa? ¡Mi casa! - le gritó Pedro. Aquí no hay nada tuyo. Ni siquiera el rancho. Todo es de la abuela y mío. ¿Por qué no te bañás y te sacás la mugre, ignorante?

- ¡Eso es más fácil que limpiarse la mierda del mate!

- ¡Te vamos a echar a la calle por inmundo! - lo amenazó Pedro mientras tomaba otro vaso de caña.

- ¡Echar a la calle, echar a la calle...! Estás tranquilo en la falda de tu abuela y no te importa joder a la gente. ¡Jue perra! ¿Pensaste un poco en la hembra? - le contestó Fabián vaciando la botella.

- ¡Otra vez hinchándome las pelotas! ¡No te lo debí contar! ¿Se puede saber por qué te preocupa tanto la chica?

- ¡Porque lo mismo me pasó con tu madre! Si no fuera por el hombre de la botica que se casó con ella, hoy vos serías un infeliz perdido en el campo, como yo - le contestó Fabián arrastrando las palabras.

- ¡Estás loco! ¡Ni siquiera conocés a mamá!

- ¡Tu madre era más puta que la mía! - gritó Fabián y le dio una trompada en la cara.

- ¡Salí de ahí, animal! - bramó Pedro, se escapó al patio y agarró el cuchillo puntudo dispuesto a defenderse pero el uruguayo lo golpeó hasta que soltó el arma.

- ¡Bueno, basta! - gritó el porteño.

- ¡Flor de trastada le hiciste a esa mina! - insistió Fabián.

Volvió al rancho y, muerto de sueño, cayó como un plomo en el catre.

- Te hubiera podido cagar a palos pero ¿pa qué? ¡Debería pagarte por bueno! - balbuceó mientras empezaba a roncar.

Pedro quedó tirado en el suelo. Estaba seguro de tener un ojo en compota porque no lo podía abrir. Se chupó los mocos y notó gusto a sangre en la garganta. A duras penas se puso de pie, se vistió, avivó el fuego del brasero, cerró con fuerza la puerta del rancho y la trabó por fuera con un palo. Después caminó resuelto hacia el *Ford*.

Amanecía cuando llegó a Montevideo. Tomó una ducha, se metió en cama y durmió profundamente hasta bien entrado el día.

- ¿Cómo te fue con Fabián? - preguntó la abuela mientras cebaba un mate con azúcar y le miraba la cara llena de moretones.

- Mal. Nos peleamos.

- Así parece. ¡En una época se llevaban bien!

- Esta vez es distinto.

-¿Por qué?

- Porque me contó pavadas.

La vieja lo miró fijo:

- Fabián es un mentiroso - lloriqueó.

- La mentirosa sos vos.

- Sí.

Pedro volvió a la chacra el mismo día preocupado por el brasero. No se veía un alma. Abrió la tranquera, se acercó al rancho, intentó entrar pero no pudo abrir la puerta. Él mismo la había trabado.

- Si querés romperla, aquí está el palo que pusiste anoche - le dijo Fabián apoyado en el parral.

- ¿Estás bien? - le preguntó Pedro.

- Ajá... Hablamos de muchas cosas ¿no?

- Sí. De tantas que ya ni me acuerdo.

Felisa Negri era hija de unos ricos bodegueros de San Juan, y la gente decía que había nacido en un lecho de rosas. Asistió a la escuela y estudió piano y pintura en el *Colegio del Bienaventurado Corazón* donde sólo concurrían niñas de la alta sociedad. A los dieciséis salía a bailar con sus amigos millonarios luciendo vestidos de Christian Dior, perfumada con fragancias de Coco Chanel y enjoyada por Lalique. Antes de los veinte, había viajado tres veces a París y a Nueva York, tomaba vacaciones de esquí en la cordillera y veraneaba en el *Hotel Provincial* de Mar del Plata: no le faltaba nada para ser feliz.

Don Miguel Larramendi conoció a su futura esposa mientras visitaba a los hermanos del padre, bodegueros también. Los tíos le presentaron a esa muchacha veinteañera, no tan linda pero de gustos refinados y heredera de una fortuna, y se casaron un mes después de conocerse porque la chica le anunció que estaba embarazada después de salir juntos la segunda vez.

Por su parte, los padres de Felisa les regalaron una botica pensando que hacían una inversión redituable porque, de paso, ubicaban a la hija en un pueblo camino de Buenos Aires, y la alejaban del ambiente licencioso de San Juan.

Cuando venían de visita, los Negri viajaban en el ferrocarril *Pacífico* con los otros tres hijos y dos sirvientas. Transbordaban al *Central Argentino* en Retiro y los esperaban en la estación del pueblo con cuatro automóviles y un camión para las valijas.

Los hermanos disponían de uno de los dormitorios. La pareja de recién casados se mudaba a otro, los señores ocupaban la alcoba principal y las sirvientas se arreglaban con catres en el galpón.

Bebían como esponjas y no era fácil atenderlos: brandy en el desayuno, un vermut a media mañana, vino tinto o blanco en el almuerzo, un *güisquicito* importado a las cinco después de la siesta y champán francés en la cena. *Drambuie* o *Strega* como bajativo y vodka o *gin* en la sobremesa mientras jugaban al póker con los amigos.

Don Miguel intentaba disuadir a su mujer.

- Ya tomaste demasiado - le advertía.
- ¿Te parece?
- Estás cayéndote del pedo.
- Dejate de palabrotas. Estoy fresquita como una lechuga.
- ¡No tenés vergüenza!

Muertas de sueño, las sirvientas arrastraban a la cama a los patrones, los acompañaban al baño, los desvestían y se iban a dormir cerca de la madrugada.

Pedro salió del hotel después de almorzar con la familia. Quiso viajar en tren, como en otros tiempos, para seguir paso a paso una parte conflictiva de su historia personal que no conseguía archivar en el pasado.

Pasó junto a la *Torre de los Ingleses* y, a su izquierda, vio de refilón a un granadero junto a una construcción que le recordó al *Vietnam Veterans Memorial* que había

visitado en Washington. Cruzó la avenida esquivando los automóviles y le gritaron algunas palabrotas del inconfundible léxico porteño:

- ¡*Chicato!* ¡Bestia! ¡Boludo!

Reconoció el *Monumento a los Caídos en la Guerra de Malvinas*, del que se había informado en los diarios españoles. Se emocionó hasta las lágrimas y leyó los nombres sin identificar a ningún conocido.

- ¡Pobres chicos! ¡Cuánta sangre derramada! - dijo en voz alta mirando a todos lados, como años atrás.

Pasó unos minutos en silencio y atravesó las dos calles que lo separaban de la estación Retiro. Recordó que ese mamotreto pardo oscuro fue construido precisamente por los ingleses, los malos de la película.

Hizo cola en la única ventanilla, sacó un boleto de ida y vuelta, y subió a un tren suburbano del ferrocarril *Mitre*. Los asientos eran deplorables, las ventanillas tenían los vidrios hechos añicos y los corredores estaban llenos de restos de comida, papeles y botellas.

La multitud lo arrastró al interior del vagón, el tren se puso en movimiento pero, veinte minutos después, se detuvo en un apeadero.

- ¡Huelga! ¡Huelga por tiempo indeterminado! - gritó un maquinista.

El gentío se dispersó en todas direcciones aunque algunos esperaron a pleno sol hasta que se acercó otro tren conducido por una locomotora Diesel con olor a aceite quemado. Un funcionario de saco y corbata despejó la vía y reanudaron la marcha.

No le fue fácil graduarse de odontólogo en los años Setenta. Con el título en el bolsillo, trabajó en un hospital donde pagaba un derecho de piso sin cobrar un centavo. El *Banco de la Provincia* le ofreció un préstamo en dólares que no se atrevió a tomar.

Más tarde, un colega lo asoció en su práctica profesional pero los ingresos no le alcanzaban hasta fin de mes y recurría a la familia para pagar el alquiler del departamento.

Las cosas se pusieron difíciles durante el *Proceso*. Figuraba en la agenda de muchos amigos y podían *chaparlo* en cualquier momento aun cuando cambiaba de domicilio todas las noches. Algunos compañeros se esfumaron como por encanto. Los gorilas sugerían que se habían tomado vacaciones en el extranjero aunque trascendían rumores sobre el destino siniestro de los *subversivos*.

Finalmente decidió intentar suerte en España donde los odontólogos argentinos no estaban obligados a cursar la carrera de medicina, como los peninsulares.

Cruzó la frontera en Uruguayana con un pasaporte falso y se instaló en Barcelona. Alquiló un departamento en el Paseo de Bonanova con vista al Tibidabo, empezó a hacer dinero y, en pocos años, se casó con Maricarmen y nacieron sus hijas, Amparo y Dolores.

Un linyera dormitaba a la sombra. Simuló no verlo cuando le pidió limosna y caminó hasta el final del andén. Se veía poca gente en la calle a la hora de la siesta. Todo estaba igual: la verdulería de Minicucci, el bazar *La Gitana*, la carnicería de Zaldívar, el boliche de Marconi.

- ¿Quiénes serán los dueños ahora? – se preguntó.

Reconoció la plaza con el busto de San Martín en el centro. Enfrente, la municipalidad, la escuela del *Convento de las Esclavas*, la iglesia de San Geminiano, la imprenta del *Tribuno Popular* junto al hotel de estilo tirolés. ¡Cuántas reminiscencias!

Creyó escuchar como en sueños su propia voz y la de don Miguel:

- ¡Hola papá! ¿Hay alguna novedad?

- Tu madre sigue tan curdela como siempre.

Tuvo ganas de llorar pero no le brotaron lágrimas.

- ¡Quién pudiera volver a ser pibe! - pensó mientras le parecía descubrir a doña Felisa junto a la ventana.

- ¡Vieja! Soy yo. Estoy de vuelta - le decía él sonriendo pero sólo escuchó aquel ronquido...

- ¡La pucha, te emborrachaste otra vez, mamá!

Recordó el cuarto en desorden, el frasco vacío asomando bajo la cama y la voz de don Miguel:

- ¡Qué calamidad, no quedó ni una gota!

- ¡Llamemos al doctor Funes!

- No señor. ¡Basta de doctores! ¡Esto ya me tiene harto!

La subieron a la cama, don Miguel le inyectó apomorfina y la mujer empezó a vomitar un líquido pestilente:

- ¡Ay que reviento! - balbuceó. - ¡No puedo más! ¡Me estoy muriendo!

- Esta vez no vas a estirar la pata. Quizá la próxima, si no llegamos a tiempo.

Los hermanos de Pedro estaban sobornados y participaban en la conspiración:

- Andá a buscar una damajuana de tinto al almacén. De paso te comprás unos caramelos. No le contés a papá de dónde sacaste la plata ¿entendiste?

Los remedios para la tos, los digestivos, los linimentos, el alcohol puro o desnaturalizado, se esfumaban de los estantes. El boticario los guardaba bajo llave pero era inútil. Ella conocía los escondites y los forzaba con una ganzúa.

María del Carmen de Osuna y Torrealba pertenecía a una familia de la nobleza catalana. Se conocieron una noche en Las Ramblas y formalizaron tres meses

después a pesar de la oposición de los padres de la novia a aceptar un *sudaca* de medio pelo quien, para colmo, se ganaba la vida metiendo los dedos en la boca de la gente.

En menos de una década, Pedro Larramendi se convirtió en el mejor implantólogo de España y llovían las invitaciones a dictar cursos en otros países de Europa y América. Maricarmen lo seguía a todas partes aunque pronto se hastió de tantas entrevistas, agasajos, banquetes y recepciones. Su marido la llevaba de aquí para allá en sus periplos profesionales pero ella temía perder su juventud al lado de un genio aburrido. Prefería recorrer la costa andaluza, gozar del sol, bailar hasta el amanecer en Marbella y Torremolinos y, en invierno, esquiar en los Pirineos y divertirse en París. Con la excusa de cuidar a las niñas, cuando él salía de viaje se quedaba en Barcelona junto a la familia cuya vida indolente comenzaba a añorar.

Sin embargo, ese año Pedro fue invitado por la *Asociación Odontológica de Buenos Aires* y Maricarmen aceptó acompañarlo para que las niñas conociesen el país del padre. Se alojaron en el *Sheraton*, en una *suite* con vista al río, en el piso 16. El implantólogo pasó dos días dictando cursos mientras *sus mujeres*, como las llamaba, paseaban con los *tours* para conocer la ciudad. Visitaron San Telmo, la calle Florida, la Boca, el Tigre y no se cansaban de comer bifes con papas fritas, dulce de leche y medialunas, antes o después de tomar helados en *Freddo*. Él escuchaba sus aventuras y volvía a experimentar el viejo amor por el terruño del que sólo conservaba recuerdos sórdidos y melancólicos.

Maricarmen y las niñas quisieron conocer la casa natal de Pedro y propusieron acompañarlo pero él se resistió. Muertos los padres, sus hermanos habían vendido la propiedad y los dueños actuales podrían negarse a recibirlos. Mejor harían en salir de

compras. El peso había perdido valor durante la hiperinflación y, con poco dinero, se adquirirían las telas más finas y los vestidos más costosos. *Las mujeres* decidieron entonces pasar la tarde a sus anchas, sin sufrir la impaciencia del papá cuando recorrían las tiendas.

Las cortinas de la botica estaban cerradas. Pedro no se animó a tocar el timbre porque la siesta era sacrosanta. Espió sin éxito en la casa de al lado. Tampoco se veía un alma en el chalé de enfrente donde vivían sus amigos de la infancia. Admiró las buganvillas trepadas al techo y recordó una que ellos tenían en el jardín. La llamaban santarrita y, cuando se secó, la reemplazaron con madre selvas silvestres.

Dio una vuelta a la manzana, se le ocurrió entrar por la puerta lateral de su antiguo hogar y enseguida tropezó con un señor obeso recién levantado de dormir.

- Buenas tardes. ¿Puedo saber qué hace usted en mi casa? - le preguntó sorprendido.

- Perdóneme. Encontré el portón abierto y decidí pasar. Viví mucho tiempo en la botica antes de mudarme a España.

- ¡Me gustan los gallegos a pesar de los chistes! - contestó el hombre.

- No soy gallego - aclaró el visitante. - Soy argentino y no conozco Galicia.

- Para mí son todos iguales - insistió el boticario.

- ¿Desde cuándo vive en la botica?

- La compré hace años y siempre la atendí con la empleada que me dejó el patrón anterior. Griselda vivía en una pieza con baño al fondo del jardín, pero murió de cáncer hace unos meses, y ahora me arreglo solo porque las ventas no alcanzan para pagar las cargas sociales. ¡No sé por qué le cuento todo esto!

- Prosiga usted, es muy interesante – contestó Pedro aburrido de la lata.

- Entre y tómesese el tiempo que quiera. Lamento no acompañarlo porque debo atender a los clientes. No se llama más 'botica' a la farmacia ¿sabe? - aclaró con tono sobrador.

- ¿Ah sí?

Pedro entró a la cocina y llegó al pasillo atravesando el comedor. La casa había envejecido pero conservaba los mismos pisos de madera, la misma pintura en las paredes, el mismo olor a remedio en todas partes. De pronto, en el reflejo de un vidrio vio a la madre joven y hermosa, parecida a Maricarmen.

- ¿Eres tú, mamá? - le preguntó confundido y la siguió al dormitorio transformado en depósito de botellas.

- ¡M'hijo querido ! - escuchó la voz ronca. - ¡Nunca me preguntaste por qué me emborrachaba!

- ¿Eres tú? ¿Seguro que eres tú? - insistió Pedro, y el eco retumbó en el cielo raso. - ¡Sonabas como una campanilla al hablar, madre!

- ¿Alguna vez te preocupaste por mí? - gruñó ella mientras desaparecía entre los frascos.

Pedro se ahogaba en la casa y salió al jardín.

- Maricarmen jamás prueba una gota de alcohol - reflexionó.

El pasto estaba crecido y no se veían las bignonias que él había plantado, pero la madre iluminada por destellos azules lo esperaba en la pérgola bajo las glicinas. Tenía el rostro lozano de Maricarmen, y el cuerpo decrepito cubierto por una bata hecha jirones.

- ¡Si me hubieras conocido en mi juventud! ¡Podía alcanzar la luna con las manos!

- ¡Yo te amaba tanto! ¿Por qué nos separamos?

- Tu padre me puso entre rejas.
- No estabas en la cárcel, mamá.
- ¿Alguna vez supiste algo de Griselda?
- ¿Griselda?
- ¡Me engañó con ella tantos años! ¡Para tu papá yo siempre fui un trasto viejo, un pedazo de la casa que le paría hijos y le planchaba las camisas! Jamás demostró quererme.

Pedro la miró con fastidio:

- Yo tampoco aguantaba tus borracheras. ¡Estabas loca y hubo que encerrarte!

Caminó frenético por el jardín hasta que sintió las piernas agarrotadas. Se sentó sollozando junto a la madre, tiró el saco sobre el pasto, aflojó la corbata, y sintió que se dormía estremecido en su regazo.

Doña Felisa se despertó a las diez de la mañana. El estómago era una bola de fuego, le dolía la cabeza y tenía gusto a alcohol y a bilis en la garganta.

- ¡Otra vez la pataleta! - pensó.

Se levantó tambaleando. Tomó una ducha fría, se lavó el cabello con champú y se peinó con una trenza de cada lado. Cuando tenía tiempo (hoy no), iba al salón de belleza de Pulastri para *darse la biaba*. Se puso una bombacha rosada con puntillas de encaje, una enagua verde y eligió un vestido rojo de seda natural. Tironeó del ropero un cinturón negro, ajustó la hebilla, se calzó los zapatos beige de taco alto (un poco vencidos), se pintó los labios y la cara, y salió a la calle con la cartera de gamuza al hombro y un sombrero azul de fieltro adornado con margaritas. ¡Ya le iban a impedir ir al boliche! Tenía agallas porque llevaba en las venas sangre sanjuanina fuerte y corajuda. Estos porteños eran unas gallinas.

Aunque seguía inestable, caminó a buen paso hasta lo de Marconi, eligió una mesa y la golpeó con los nudillos.

- ¿Qué ocurre? ¿No despachan? - preguntó mirando a la trastienda y oyó la voz de don Pascual:

- ¡Ya va...! ¿Tan temprano por aquí? - le preguntó sonriendo.

- ¡Al que madruga Dios lo ayuda! - contestó ella de buen humor - ¿Habrás un vasito de caña de la buena? Tengo un asiento en el estómago y me va a caer al pelo.

- Con mucho gusto, doña Felisa.

- No ando demasiado bien el último tiempo ¿sabe? Debe ser el hígado. Estoy vomitando mucho. Me agarran unas arcadas del diablo y largo todo lo de adentro.

- ¿Ah sí? ¡Parece vender *salú!*

La esposa del boticario solía divertirse con los amigos en el *Bar y Expendio de Bebidas*. Hablaban de la mujer del cerrajero en amores con el maestro de escuela, del comisario Brugenti envuelto en el *estofado* de la droga, del verdulero Minicucci casado con una mina preñada por otro tipo...

Se sucedían las bromas y todos reían a carcajadas aunque no tuvieran gracia. Felisa las festejaba durante horas pero, algunas veces, alguien debía acompañarla de regreso para no equivocarse el rumbo.

- ¿No le parece suficiente, doña? - le preguntó ese día don Pascual después de llenar el vaso.

- Sólo yo digo cuándo debo terminar - contestó indignada pero sin fuerzas.

Se levantó a duras penas y, antes de llegar a la puerta, un borracho intentó manosearla y ella le descargó toda su bronca:

- ¡Andá a tocarle la concha a tu madre! - le gritó golpeándolo con la cartera, mientras volaban al aire el sombrero y las margaritas.

Los parroquianos empezaron a arrojarse vasos y botellas, y aparecieron manchas de sangre en la ropa y en el piso. El comisario Brugenti consiguió calmarlos y quiso acompañar de regreso a doña Felisa:

- Ni muerta vuelvo a la botica - contestó ella.

- Entonces lo mando llamar a don Miguel o viene conmigo a la comisaría.

- ¡Prefiero el calabozo a volver a casa! - exclamó la mujer con voz aguardentosa.

Pedro y don Miguel fueron a buscarla. El marido estaba indignado:

- Es tu última barrabasada...

Al día siguiente la internó para un tratamiento de desintoxicación, y los Negri aceptaron costearlo.

Doña Felisa estuvo un año en una habitación pequeña sin ventanas y le quitaron el alcohol. Pasaba los días gritando, no probaba bocado, se lastimaba con la cuchara de madera y arañaba las paredes pidiendo auxilio. Cuando no podían controlar la excitación, le inyectaban *Gardenal* y la ataban a la cama. Una vez se escapó y casi se tira a la calle desde el segundo piso. Otra, se cortó las venas con la tijera de la mucama. La encontraron desangrada en el piso, y a duras penas le salvaron la vida.

Le dieron insulina y *electroshock*. Poco después empezó a decir frases sin sentido, tenía la mirada vaga y se orinaba encima.

Los días sábado venían los familiares pero ella se negaba a recibirlos. Sólo admitía a Pedro en la habitación calefaccionada donde instalaban a los pacientes cuando tenían visitas.

- Sáquenme de aquí - le pedía.

- Pronto te vas a curar, mamá, y vamos a llevarte a casa.

- A casa no. Prefiero vivir acá - respondía.

Los Negri quebraron un año después, y apenas alcanzó el dinero para internar a los viejos en un geriátrico. Sin contar con los suegros, don Miguel Larramendi trasladó la esposa al Neuropsiquiátrico de Mujeres en Lomas de Zamora donde las enfermas se amontonaban en pabellones para treinta, que alojaban a más de cien. Casi todas tenían procesos judiciales, estaban bajo la cautela de un juez o se quedaban a vivir para siempre porque no las recogían al darles el alta.

En diez años nadie se acordó de doña Felisa hasta que le avisaron a don Miguel que había muerto de pulmonía. Viajó a Lomas para hacerse cargo del cadáver pero ya lo habían enviado a la Facultad de Medicina de La Plata.

La anciana sor Atanasia de los Tormentos se acordaba de ella.

- No sufría - le dijo. - Era una loca linda. Hacía chistes y se reía sola. Le gustaba ponerse un sombrero de fieltro con margaritas, se hacía trenzas, caminaba con elegancia y pretendía usar ropa interior de seda y un tapado de visón. Usted sabe. Estaba chiflada. Acá nos ponemos contentas cuando conseguimos un poco de café. Me contaron que, en la autopsia, el cerebro tenía el tamaño de una manzana, y el hígado era un pedazo de grasa amarilla y dura.

Pedro se despertó sobresaltado. Ya estaba oscuro. Intentó ponerse de pie, perdió el equilibrio y se golpeó la cabeza en una columna. Casi se desmaya pero logró recuperarse, levantó el saco humedecido por el rocío, intentó huir pero tropezó con la puerta entreabierta de una habitación al final de la pérgola. Juntó fuerzas para entrar. La pieza tenía una cama de una plaza cerca de la ventana que daba al jardín. Trató sin éxito de prender la luz y alcanzó a distinguir una mesa y un arcón que le pareció

reconocer como uno de los muebles de su cuarto de adolescente. Se acercó intrigado, y examinaba una caja de madera que tomó del estante más alto cuando oyó una voz:

- ¡Hola! ¿Todavía está aquí? – escuchó al boticario parado en la puerta. - Hace una hora que lo perdí de vista.

- Estoy bien - balbuceó Pedro. - ¡Todo esto me trae tantos recuerdos! Algunos no muy gratos ¿sabe?

- ¿Encontró algo interesante? – el hombre señaló la caja de madera -. Ah sí, Griselda nunca se separaba de ella. Llévesela si quiere. Me hará un favor. ¡Algún día tendré que tirar todo a la basura!

- ¡Gracias, muchas gracias! A Maricarmen le encantará guardarla.

- La pondré en una bolsa de plástico.

- ¡Gracias otra vez!

- Tengo café recién preparado en la cocina...

- Lo siento, se me hizo tarde y debo regresar al hotel.

- Venga cuando quiera.

- Llámeme si alguna vez viaja a España - agregó Pedro mientras le entregaba su tarjeta y recibía la bolsa con la caja de madera.

El viaje de regreso al Sheraton fue el más largo de su vida, ansioso como estaba por ver a *sus mujeres*.

- ¿Cómo? - le preguntaron las niñas. - ¿Mamá no está contigo?

- No. ¿Le sucedió algo?

- Salió a dar un paseo hace tres horas y ya debería haber vuelto. Estaba triste y necesitaba caminar sola. ¿Te gustó tu casa, papá?

- Sí, mucho - contestó Pedro. - Pero más me agrada la nuestra en Barcelona.

- Volveremos pronto a Buenos Aires. Aquí hablan un castellano extraño - dijo Amparo. - ¡Pero todo es tan barato...!

- ¡Ojalá regresemos a menudo! - añadió Dolores.

En ese momento llegó Maricarmen, dijo que no se sentía bien, pidió descansar en su cuarto y no quiso contar dónde había estado. Le dolía la cabeza, tenía arcadas y se percibía un extraño olor en su aliento.

Al día siguiente, mientras preparaban las valijas, Maricarmen halló la bolsa de plástico con la caja, que Pedro había dejado en un rincón.

- Un recuerdo de mis padres – explicó -. ¡Veamos qué hay adentro!

Corrió la traba, levantó la tapa, y sacó un vestido de novia:

- ¡Qué antigualla! - exclamó Maricarmen -. ¿De quién habrá sido?

En el fondo de la caja Pedro encontró un sobre dirigido a una tal Griselda:

- ¡No sé si lo debo abrir!

- ¡Hazlo hombre que ahora es nuestro! – le indicó Maricarmen.

Pedro leyó:

Griselda querida,

Te pondrás este vestido el día de tu casamiento. Dios quiso que yo lo usara primero aunque no soy la mayor. Nunca se lo perdonaré a papá, y sólo viviré para criar el hijo que llevo dentro, el hijo de Pedro.

Besos de Mariana.

Ceñida historia del Calzado Espejo

La moda es una forma tan intolerable de la fealdad,
que tenemos que cambiarla cada seis meses.

Oscar Wilde

Estoy viejo y achacoso. Vivo con Celina en la casa de mis padres en Cañuelas donde nos mudamos después del desastre. Los chicos no aguantaron el impacto y se fueron, uno a Mozambique y el otro a Kuala Lumpur. Hablamos todos los días y vemos sus imágenes, y las de los nietos, en la pantalla de *Internet*. Gozamos de buena salud pero ya no estamos en condiciones de viajar. Aun cuando pagan el pasaje y nos tratan como príncipes, las dos horas en avión espacial desde Ezeiza son un desafío para nuestros huesos.

Yo, Luis Espejo, tuve mi momento de gloria cuando fui un innovador, a mi manera. Desde que aprendí a hacer palotes, jamás quise ser profesional, empresario, industrial o comerciante puesto que siempre ansié dedicarme a la literatura. Lo volvería a intentar pero es difícil. A esta altura de la vida, empiezo a mirar atrás porque el presente es efímero y el futuro no existe.

Hoy, precisamente, encontré el diario que comencé hace tanto tiempo y tropecé, al azar, con mis anotaciones del mes de junio de 2008. En esa época vivía en Buenos Aires y concluía un ensayo sobre la trascendencia histórica y antropológica de las vacas. Vaya uno a saber porqué.

Martes 23, 2 de la tarde. Sueño con deslizarme descalzo sobre un colchón de aire o tener alas aunque sólo sean de cera como las que se hizo Dédalo para escapar del

Laberinto. En cambio, me aburro mostrando zapatos y repitiendo frases convencionales (*le queda bonito, le sienta bien, es muy elegante, hace juego con el color de la cartera*) durante las doce horas que paso en el negocio. Tengo que ser mentiroso y adulator para ganarme la vida. Lo único que me interesa es leer y escribir:

La gente recurrió al cuero vacuno cuando escaseó la fauna silvestre y cayeron en desuso los zapatos de zorro, de león, de tigre y de elefante. En ese entonces, nadie pensaba en proteger a las especies en extinción.

En el siglo XX también se utilizó con éxito la piel humana cuando abundó, por razones conocidas, en el centro de Europa. Pero, a la larga, se comprobó que no tenía la resistencia ni la duración del cuero de vaca, y no era necesario salir con armas para conseguir la materia prima.

Miércoles 24, 10 de la mañana. Ayer don Félix casi me echa.

- ¡No estás aquí para andar garabateando! - dijo. - ¡Hay que trabajar! Tu viejo era un peón municipal y tu mamá sirvienta. A fin de mes tomaban mate para engañar al estómago, y sólo compraban la leche de los chicos. Te di seguridad y una posición social. ¡Así es como me retribuís!

Jueves 25, 4 de la tarde. No vino nadie. Don Félix anda de un lado a otro con la cara larga. Pero no me importa y sigo:

Las vacas son una parte substancial de la economía porque no tienen desperdicio: la carne sirve de alimento; con la grasa se produce jabón; con el intestino, suturas de cirugía; y con el cuero, zapatos y carteras.

Ni los nazis llegaron a comer seres humanos, si bien en algún momento consideraron hacerlo. El canibalismo nunca fue aceptado en Occidente aunque todavía se practica en el planeta.

Sábado 27, desayuno. Termina la semana y dispongo de tiempo para escribir porque Celina va a visitar a sus padres. Los míos murieron. De chico yo tenía que cuidar a mis hermanos mientras los amigos se divertían. Ambicionaba ser jugador de fútbol y mi sueño se transformó en obsesión. A los catorce años, don Félix me empleó como cadete en su zapatería. Gracias a él terminé la secundaria estudiando de noche. Después vino la universidad y, a los veintitrés, la licenciatura en Letras. Sin embargo, los viejos no estaban satisfechos:

- ¡Tanto sacrificio sin sentido! Tu vida estaría asegurada si te hubieras dedicado al deporte. Con ese título de morondanga no vas a ganar ni para la comida.

Lunes 3 de junio de 2012. El patrón me ascendió, me aumentó el salario, alquilé un departamento, me casé con Celina y tuvimos dos chicos. Buen tipo este don Félix. Debería tratarlo con más respeto.

Martes 10 de agosto de 2014, de mañana. Hoy cumpla años de graduado. ¡Qué manera de perder el tiempo! Mi destino es vivir rodeado de fantasías en este comercio elegante y soporífero.

Martes 10, de tarde. Me voy a comprar zapatos negros para conmemorar el aniversario sombrío. El par marrón está gastado y no brilla con el lustre. Por otra parte, don Félix me amenazó con postergar el aumento si no lo hago.

- Me parece bien - dijo el patrón al conocer mis intenciones. - Te regalé un cinturón negro para tu cumpleaños y, como es público y notorio, el tono de los zapatos no puede ser distinto. Marrón con marrón, negro con negro.

Miércoles 11, de tarde. Ayer revisé todos los modelos, con tiras y sin tiras, mocasines, con tacos más altos o más bajos, con adornos de metal, de cinta o sin adornos. Un cliente se sentó a mi lado pero no pude atenderlo.

- Don Félix se ocupará de él - pensé pero después de un rato, se levantó sin comprar nada.

Pasé media hora eligiendo. Me decidí y los coloqué en una caja para mostrárselos a Celina. Busqué los viejos bajo el banco pero no estaban allí. Revisé sin éxito en todas partes y sólo apareció el zapato usado derecho. Don Félix inspeccionó la estantería y me dijo sorprendido:

- Desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra.

- Mm... - contesté. - Apuesto a que se lo llevó ese señor...

- ¿De qué le serviría uno solo? - preguntó el patrón.

- ¡Quién sabe! - reflexioné. - ¡En estos días la gente roba cualquier cosa!

- Usá los negros - me indicó. - Voy a aceptarlos de vuelta si no le gustan a Celina.

- ¡De ninguna manera! ¡Déjeme arreglar las cosas a mi modo!

Me puse el zapato marrón derecho y caminé rengueando las diez cuadras hasta mi casa. ¿A qué otro testarudo podría ocurrírsele esa extravagancia? ¿Por qué no usar el

negro? Me lo impedía un detalle fundamental: llevaba un cinturón marrón. ¡Si me encontraba con algún amigo no hubiera sabido cómo justificarme!

Jueves 12, de mañana. Sigo con el incidente. Al llegar, me dolía el pie izquierdo y la media estaba destrozada. Abrí la puerta, critiqué en voz alta a la municipalidad por no arreglar las calles, y fui directamente a la cocina a besar a mi mujer:

- ¿Qué te sucedió? - me preguntó en seguida. - ¡No es posible andar de esa manera.

- Me robaron un zapato - confesé tímidamente.

- Siempre el mismo tonto. ¡Te ocurre cada atrocidad!

- Tenés razón pero es la primera vez.

- ¡Lo único que faltaba! Siempre estás distraído. Algún día te van a sacar la cabeza y no te darás cuenta.

Llevaba las de perder, cambié de conversación y exclamé triunfante:

- Me compré un par negro. ¿Te gusta?

- ¿Pero qué harás ahora con el marrón? - insistió ella.

Como impulsado por una fuerza arrolladora, abrí la caja y me puse un zapato negro en el pie izquierdo.

- ¿Vas a usar uno de cada tono? - me preguntó Celina, mirándome incrédula. - Entonces también necesitarás un cinturón mitad marrón y mitad negro.

- ¡Eso no existe! - exclamé.

- ¡Pero se puede inventar! - argumentó Celina.

Ni corta ni perezosa, fue al taller del zapatero y le hizo añadir la mitad del cinturón negro a la porción correspondiente del marrón.

Viernes 13, de mañana. Hoy subí al tren camino de Buenos Aires con un zapato marrón y otro negro. También me puse el cinturón marrón-negro preparado por Celina.

Don Félix creyó que era el colmo de la estupidez. Me llamó a su oficina y me dijo:

- ¡No puedo tolerar más tus pavadas!

Sin embargo, al primer cliente le pareció espléndido verme así y quiso llevarse un par igual al mío. Don Félix admitió no tenerlos en *stock* pero le hice señas, me fui a la estantería, cambié de lugar los zapatos de varias cajas y logré toda una variedad de modelos marrón-negros. El hombre estaba contentísimo y compró tres pares.

Lunes 23, de tarde. Se corrió la voz. El negocio está lleno de público ansioso por adoptar la nueva moda.

Viernes 27, de tarde. Aumentaron diez veces las ventas y tomamos otro dependiente. Don Félix reconoció que la combinación le agradaba, se miró al espejo, caminó de adelante atrás y de atrás adelante, le pareció bien y se llevó dos botines de distinto tono. Los demás empleados sonrieron despectivamente pero lo imitaron para no quedar malparados. De ahora en más, todos usarán zapatos de distinto color aunque ¡jojo!, debe ser negro el izquierdo y marrón el derecho. Soy el creador de esta moda revolucionaria.

Viernes 10 de septiembre, de tarde. Es indispensable anotar lo de hoy. ¡Decidí aprovechar el calzado negro derecho! De niño me enseñaron a no tirar lo que podría ser útil más adelante. Ahora voy a colocar indistintamente el marrón a la derecha y el

negro a la izquierda, o viceversa. La moda requerirá cinturones de diferente tono, según el lado del zapato. ¡Pero qué importa si así vendemos más artículos! Los clientes se vuelven locos por el nuevo *look*.

- ¿Cómo? ¿Se pusieron los tamangos al revés? - me preguntó uno.
- No, no - le expliqué orgulloso. - Es una cuestión de economía y de creatividad.
- Siempre trayendo problemas - me dijo don Félix contrariado. - Recién me habitué a lo anterior y ahora volvemos a innovar.

Lunes 10 de septiembre de 2017. Se cumplen tres años desde la última anotación. Fue el período más importante de mi vida. Me conocen como el creador del *Calzado Espejo*. Le compré el negocio a don Félix. No doy abasto con la venta de zapatos y cinturones de cuero marrón-negro, negro-marrón. También los fabrico. Celina es la gerente. Yo me encargo de las finanzas. Tenemos cincuenta empleados y otros tantos obreros.

Miércoles 10 de septiembre de 2018, de tarde. Encontré mi diario por pura casualidad y no puedo resistir la tentación de agregar algunas líneas. Abandoné mis proyectos literarios pero, en cambio, soy uno de los hombres de empresa más ricos del país. Abrimos sucursales e instalé *boutiques* en los *shoppings* y supermercados. El *dernier cri* llega ahora a los diferentes niveles de la sociedad. También impuse la moda en el resto de la indumentaria. El cuero marrón y el negro juntos se consideran un símbolo de elegancia. Los hombres usan camisas de uno de esos tonos con corbatas del otro o viceversa. Pantalones marrón-negros con sacos negro-marrones. Las mujeres lucen un vestido negro con sombrero marrón o una cartera negro-marrón con

guantes marrón-negros. Una blusa negro-marrón-negra con una pollera marrón-negra-marrón, etcétera, etcétera. Vendemos todos esos artículos en nuestras tiendas. Dejaron de ser zapaterías, en la acepción estricta. Ahora las llamamos *Centres pour l'Élégance Marron-Noire, Noire-Marron*.

Jueves 10 de septiembre de 2019, de mañana. ¡Otro año más! ¡Qué rápido pasa el tiempo! Hoy me encontré con este viejo diario. Felizmente, no se extravió al mudarnos a nuestras oficinas en *Catalinas Norte*. El dinero sigue entrando a raudales. Vivimos abrumados con el exceso de tareas, las finanzas, las entrevistas periodísticas, las invitaciones a la radio y a la televisión. Los chicos integran la firma y nos ayudan bastante. Soy el primer decano de la *Escuela Argentina de Arte Zapateril* que vamos a inaugurar esta tarde. No sé de dónde sacar tiempo. El mes próximo, Celina asumirá la presidencia de la *Asociación Mundial de Promoción Cuerovacúnica*. Nos llegó la hora de la consagración internacional.

Martes 27 de julio de 2020, de mañana. Estoy un poco triste y me acordé de ti, mi viejo diario. Las cosas están difíciles porque la gente ya no sigue la moda que yo impuse. Sólo consume lo indispensable y quienes aún compran zapatos, usan ambos del mismo color. El nieto de don Félix tuvo un éxito rotundo con su campaña publicitaria *Contra el Calzado Espejo*. En todos los medios se habla de la necesidad de volver a los buenos tiempos usando zapatos de igual color.

Martes 14 de abril de 2021, de tarde. El presidente se peleó con su ministro de Economía y designó a un amigo para ocupar el cargo. Hoy pagué mil pesos por un dólar.

Domingo 4 de diciembre de 2021, de tarde. Terminé mi ensayo sobre el ganado vacuno pero no logré superar los convencionalismos. Es como luchar contra los gobiernos corruptos o el narcotráfico. Siempre se lleva las de perder. ¿Qué importa eso frente a mi drama existencial?

Confieso que NO me resigné a NO escribir y luché contra el éxito de mi empresa. Intenté liquidarla fabricando pares de zapatos de distinto color aunque ya nadie los usa. Destiné un espacio en la oficina para mis proyectos literarios. Me molestaban a cada rato por lo que entregué a Celina y a los chicos el manejo de los negocios. No se puede ser empresario de calzado y literato al mismo tiempo.

Viernes 27 de julio de 2022, de tarde. Muy a pesar mío, la licenciatura no me convirtió en escritor. Como buen testarudo, fundé una editorial y luché para imponerme convencido de que, junto con la plata, me había llegado el turno de publicar libros. Nadie los aceptó y me transformé en un ente insoportable en lugar de ser honesto conmigo mismo.

Fue una pesadilla divulgar mi falta de talento. Llegué a contratar a un hombre de letras para que me ayudara pero, poco después, advertí que él estaba escribiendo mis obras.

Lunes 7 de julio de 2024, de mañana. Me costó trabajo pero lo logré. Un día me levanté dispuesto a suicidarme. Había dejado de escribir porque, de pronto, me quedé mudo, sin palabras.

- Sin lenguaje, sin verbo, sin palabras... Sin lenguaje, sin verbo, sin palabras... - pensé. - Voy a escribir sin verbos.

Ahí nomás me senté a la computadora y le quité todos los verbos a mi ensayo. La cosa quedó así:

La gente al cuero vacuno cuando la fauna silvestre y en desuso los zapatos de zorro, de león, de tigre y de elefante. En ese entonces, nadie a las especies en extinción.

En el siglo XX también con éxito la piel humana cuando, por razones, en el centro de Europa. Pero, a la larga, que no la resistencia ni la duración del cuero de vaca, y no necesario con un arma para la materia prima.

Las vacas una parte substancial de la economía porque no desperdicio: la carne de alimento; con la grasa jabón; con el intestino, suturas de cirugía; y con el cuero, zapatos y carteras.

Ni los nazis a seres humanos si bien, en algún momento. El canibalismo nunca en Occidente aunque todavía en diversas zonas del planeta.

Miércoles 20 de mayo de 2025, de mañana. ¡Exito, éxito, éxito asombroso! Publiqué mi ensayo de quinientas páginas sobre las vacas, sin verbos. Me sacan de las manos las ediciones de cien mil ejemplares y ya voy por la décima. Vuelve a entrar la plata a raudales. Los diarios y las revistas literarias se deshacen en elogios. Ni qué

hablar de los comentarios en *Internet*. La gente llegó a la conclusión de que no hacen falta los verbos para hablar y que se ahorra dinero eliminándolos de los textos.

Jueves 22 de octubre de 2025, de tarde. Podría sintetizar mi perversión en la historia del *Calzado Espejo*. Todo se puede inventar, todo se puede vender, nada tiene límites. Si logré crear una moda con los zapatos ¿cómo no fraguar libros y ganar dinero?

Comerciar. Negociar. He ahí el dilema: fijar un precio. ¿Cuál es el valor de las cosas?

Martes 20 de mayo de 2026, de tarde. Retomé la conducción de las dos empresas. La de calzado está en quiebra por las decenas de competidores que fabrican dos zapatos del mismo color para cada par. Pero *Libros sin Verbos* me sigue dando grandes satisfacciones. No sé cuánto tiempo durará mi buena estrella porque, al final, la gente terminará por cansarse. Tendré que seguir innovando si quiero tener éxito. Ya intenté escribir sin sustantivos. Es muy difícil. Mucho más sencillo es omitir los adjetivos, las preposiciones, las conjunciones o los adverbios. Diez equipos trabajan a mis órdenes para producir nuevas formas literarias. Hace poco descubrimos la manera de prescindir totalmente de las palabras utilizando imágenes, colores, sonidos y fragancias pero, en cuanto al contenido, a los temas, a las opiniones, a los juicios, a los conceptos, pareciera que ya todo está dicho y que no hay nada nuevo que agregar.

Racatracatrá

Aferrarse a la ira es como asir un carbón caliente para arrojárselo a otro.
Tú serás quien se queme.

Buda

Ese domingo, Ofelia Batisti visitó con sus hijos la *Feria de la Primavera*, admiraron los arreglos florales y se interesaron por las novedades técnicas. Almorzaron en el centro y, al atardecer, presenciaron los fuegos artificiales y el desfile de carrozas con las reinas de la fiesta.

Los cultivadores organizaban la muestra con gran despliegue de talento. Si el clima era propicio y no llovía, se vendían miles de plantas para los jardines de Villa Hermosa y de otras localidades muchos kilómetros a la redonda.

Era, sin duda, el acontecimiento más destacado del pueblo y los festejos promovían la llegada de público de todas partes. Las avenidas se llenaban de vendedores de chucherías, los restaurantes se colmaban a toda hora y los comercios bullían de gente ansiosa por comprar *souvenirs*.

Eugenio Batisti prefirió quedarse en casa actualizando los archivos de la oficina. Había un sol radiante y estaba de buen humor. Ubicó sus papeles y la computadora en la mesa de la galería, colocó un almohadón sobre la silla de mimbre y se sentó a trabajar. Pocos minutos después comenzaron a volar los *ultralivianos*.

No era nada nuevo para él porque regresaban, inexorablemente, todos los días. Había conversado con los vecinos, con el doctor Funes, con el intendente Sampetri, con el comisario Brugenti y con el cura don Severino. Visitó al dueño de la radio y al propietario de *Cable Hermoso*, la televisión local. También envió cartas a los diarios,

algunos de los cuales comenzaron a llamarlo *el loco de los aviones* por su devoción al tema. Algunos publicaron notas con dibujos y fotografías. Una de ellas mostraba la caricatura de un señor pelado, con la cabeza atravesada por una máquina. Otra representaba a un paseante dominguero descansando en una hamaca y a un monomotor hostigándolo como un perro rabioso.

Un día, Eugenio y Ofelia visitaron al titular del aeródromo, don Félix Muleiro. Los hizo esperar una hora y, después de escucharlos cinco minutos, les prometió enviar notas a los pilotos recomendándoles no sobrevolar las zonas pobladas.

- Le pido mucho más que eso - le dijo Batisti -. No debiera operar un aeropuerto en la oreja de los vecinos. Respeto sus intereses pero no puede beneficiarse a costa de nuestra calidad de vida.

- Me importa un bledo su *calidad de vida* - contestó enojado Muleiro -. Trabajé mucho tiempo para instalar el aeródromo y no voy a permitir que me lo quiten. Invertí millones en la obra, los galpones, las pistas y las coimas para construirlos sin respetar los reglamentos. Váyase y no vuelva más.

Los aviones continuaron surcando el espacio libremente. Había máquinas de todas formas y tamaños. Algunas tenían alas anchas en la parte posterior del fuselaje, como si volaran al revés. Otras parecían pájaros enormes deslizándose en todas direcciones, *un poco para un costado y otro para el otro lado*, perforando los oídos con su *racatracatrá*.

- Estas motocicletas corren encima de la gente – comentaban los vecinos.

El sueño de la familia había sido vivir en un pueblo suburbano, lejos del alboroto de Lavalle y Esmeralda y compraron un basural habitado por liebres, ratas y comadreas.

Trabajaron quince años para reparar un caserón viejo, limpiar el terreno y convertirlo en un jardín.

Un día decidieron mudarse y vendieron el departamento de Buenos Aires. Eugenio viajaba en ómnibus más de una hora para llegar al empleo. Los chicos iban caminando a la escuela del otro lado de la ruta. Ofelia, además de trabajar en la casa, se ocupaba del parque, de hacer las compras y de cocinar.

Se reiteraban los cortes de luz, a veces faltaba el gas en las garrafas, las calles se llenaban de barro después de las tormentas, pero eran males menores comparados con el placer de gozar de la naturaleza y el silencio. Esos años disfrutaron intensamente la paz de su paraíso levantado con el esfuerzo de todos.

Durante la *represión* comenzaron a aterrizar aviones livianos en una pista a pocos metros de la casa. Los vecinos pensaron en un *operativo* contra la guerrilla, se taparon los oídos y miraron para otro lado. Una vez la policía encontró drogas en una máquina.

Poco a poco se incrementaron los vuelos. Los aparatos rugían en el aire desde temprano. Al mediodía los pilotos iban a almorzar y a dormir la siesta pero luego regresaban una y otra vez hasta la noche. Eran un serrucho que pasaba por el cerebro y destrozaba los tímpanos.

Eugenio Batisti decidió vender la propiedad.

- No dejaré que me arruinen la vida - le dijo a Ofelia.

- ¡Gastamos tanta plata en nuestro rancho! - protestó la mujer. - No me resigno a tirarlo y que otros lo disfruten. Yo casi no escucho el ruido en la cocina. A los chicos tampoco los afecta. Vos estás nervioso. Andá a ver al médico para que te recete *Lexotamil*. ¡No seas tan intolerante!

De lunes a viernes Eugenio casi no oía las avionetas porque regresaba tarde del empleo, pero los fines de semana se convertían en un infierno. Tomaba vino en las comidas, y caña antes y después. No leía el diario ni se ocupaba de la huerta como en otros tiempos. Dormía borracho en las horas de sol y caminaba de noche disfrutando el silencio.

- ¡Nunca se puede saber! - pensaba. - ¡Mejor aprovechar ahora! ¡Con el adelanto de la tecnología, estos bichos aprenderán a volar en la oscuridad!

Se sentaba en la galería envuelto en una manta y miraba la luna rozando la copa de los árboles. Contemplaba las estrellas. Escrutaba la Cruz del Sur y la Vía Láctea. Escuchaba el canto de los grillos, el alerta de los teros y el croar de las ranas en el estanque. Se extasiaba al amanecer con el cielo rojizo, y se acostaba extenuado cuando no podía mantenerse en pie.

Ofelia comenzó a regañarlo:

- Durante la semana estás ocupado y volvés tarde. El sábado y el domingo te emborrachás y no te veo la cara. Hacés ruido toda la noche y no dejás descansar a la gente. No voy a aguantar mucho tiempo tus locuras.

El vecino de al lado los invitó a una reunión para considerar el problema. Añoraban la paz. Un antiguo residente echó de menos el tiempo sin máquinas infernales. Los pájaros huyeron y ya no se percibía el murmullo del viento entre las hojas. Algunos reclamaron acciones concretas y, unos pocos, venganza. Otro sugirió utilizar un altoparlante para ahuyentarlos con insultos o súplicas. Según el cura párroco, el estruendo ofendía los oídos de Dios. Eugenio propuso un control remoto para detener los motores un segundo nomás, pero sería peligroso. El doctor Funes se refirió a la ecología, a los cambios ambientales, a la polución sonora y al riesgo de sordera.

porque el ruido hace subir la presión arterial y provoca trastornos digestivos, neurosis, vértigos, zumbidos y otras enfermedades.

Sampetri puso en juego su sagacidad política:

- Mis amigos, esto sucede en todas partes como una expresión más de la violencia en las calles, en los hogares, en el trabajo, en los sitios de diversión. Será difícil erradicarlo sin educar antes a la gente. Les prometo ocuparme de la cuestión después de las elecciones.

Un sector se entrevistó en el Congreso con el diputado Arcangelo:

- Tienen razón - les dijo el legislador. - Vivo en una avenida y me atormentan los vehículos que frenan y aceleran en la luz roja, las sirenas de los bomberos, las ambulancias y la propaganda de los altoparlantes. Terminemos con todo eso recurriendo a la buena voluntad de los empresarios. Instalaré una oficina para organizar sus aportes.

Pero las cosas no cambiaron al asumir las nuevas autoridades porque Sampetri perdió su cargo y Arcangelo fue sometido a juicio por enriquecimiento ilícito.

Un día, el señor Muleiro invitó a almorzar al doctor Ubaldi, el nuevo gobernador, al licenciado Vivanco, ministro de gobierno, al ex-diputado Arcangelo, a autoridades partidarias y funcionarios de aeronáutica, turismo, ecología, salud pública y bienestar social. Los comensales se retiraron del ágape convencidos de que el ruido provenía de aviones llegados de otros sitios. Los pilotos locales y el propietario de las pistas eran inocentes. Nadie habló de trasladarlas adonde no molestaran ni representaran un peligro. Los prohombres reclamaron que los vecinos anotaran desde abajo el número escrito en las alas, y aconsejaron aplicar multas y retirar el breveté de aviador a los infractores.

Eugenio interrumpió su trabajo, caminó ansioso entre los árboles y aguardó el regreso de la familia. Después intentó serenarse dándole de comer al perro, sacó la basura de la cocina y regó las azaleas.

Era un hombre mesurado pero el estruendo se hizo insufrible, llamó a la policía y lo atendió el comisario Brugenti:

- ¿Cómo se atreve a pedir que lo proteja de los aviones? - suspiró - ¡Arréglese como pueda!

Batisti se encerró en la casa, corrió las cortinas para aminorar el ruido y decidió llamar por teléfono al aeródromo pero la operadora se negó a proporcionarle el número que no figuraba en la guía.

- Me quieren convencer de que yo, la víctima, debo sentirme culpable por tener el oído demasiado fino - recapitó. - Se equivocan si pretenden que abandone la lucha: moriré peleando.

Se asfixiaba en la casa. Sacó de la heladera una botella de cerveza y la bebió mientras fraguaba sus planes:

- El ruido me taladra la cabeza y no me deja pensar. ¿Tiene sentido esperar que un aparato me caiga encima? Debo defenderme y proteger a mi familia.

Afuera continuaba el implacable *racatracatrá*. Eugenio Batisti había hecho el servicio militar, era un buen cazador y frecuentaba los polígonos de tiro. Fuera de sí, buscó en el desván una vieja ametralladora Colt bien mantenida que adquirió por pocos pesos a un traficante. Acarició el arma, la llevó al parque, la ocultó en un matorral y colocó la banda de proyectiles. Buscó un trípode, lo instaló, organizó su bastión desde donde podía vigilar sin ser visto y escuchó como una música celestial el *racatracatrá* de los

aviones que se acercaban, se aferró a la ametralladora y apretó la cola del disparador. Por fin sabrían quién era él.

Envuelto en el himno majestuoso de las ráfagas de disparos, admiró las volutas de humo de las máquinas que se incendiaban y se extasió ante el espectáculo de luz y sonido de la que estalló inundando el cielo con fuegos artificiales. Otra se precipitó en picada como en las películas. Una más planeó alocadamente hasta caer quién sabe dónde. Había abatido tres.

- ¡Buena puntería! - se rió a carcajadas como no le ocurría desde hacía tiempo, y se sintió libre y satisfecho de vengarse de sus torturadores.

En medio de la fiesta de *ultralivianos* inutilizados, escuchó cada vez más nítida la sirena de la policía y la voz del comisario Brugenti:

- ¡Soltá el arma! ¡Entregate porque sos hombre muerto!

Eugenio Batisti volvió a disparar mientras los uniformados se cubrían de la andanada.

- ¡Largá la ametralladora, hijo de puta! - le ordenó Brugenti parapetado en el aljibe. -

¡No podés hacerte justicia con tus propias manos! ¡Animal!

- ¡Me importa un carajo!

Enemigos

Siempre vemos algo ridículo en la tragedia de los demás.

Oscar Wilde

La muerte de Eguren me sacó de las casillas aunque solo se trataba de un vecino más, ni siquiera un amigo. Sin embargo, cuando volví del cementerio sentí curiosidad por releer las cartas que intercambiamos durante muchos años y que, lo recordaba bien, había coleccionado en una lata de masitas Bagley que guardaba en la cómoda.

Colecciono muchos testimonios del pasado simplemente por no tomarme la molestia ni afrontar el dolor de acabar con ellos. ¿Qué oscuro presentimiento me hizo guardar tanta correspondencia?

Eguren pasaba un mes todos los veranos con su familia en una casa que alguien le cedía en Mar del Plata cerca de La Perla donde posiblemente escribió la primera carta:

15 de enero de 1992 señor jesús eiras defensa 1260 buenos aires de mi mayor consideración tengo el agrado de dirigirme a usted desde estas hermosas playas donde a dios gracias hemos llegado hace veinte días para manifestarle que temo que sean las últimas vacaciones que paso con mis nietos porque ya están grandes con decirle que vuelven de bailar a las 7 de la mañana** cuando juan manuel el mayor entró a la universidad el año pasado no sabía nada del proceso ni de la represión ni de los montoneros perón era una calle evita una ciudad una opereta o una película americana bastante mala juan manuel ignora que la radio se inventó antes que la televisión y que al principio sólo se veía en blanco y negro no sabe porque nunca lee*

los diarios que se acabó la unión soviética que cayó el muro de berlín ni que hubo dos alemanias cree que los patines siempre tuvieron las ruedas en fila que el sida existió eternamente, ya no hay que cuidarse porque la enfermedad es crónica raras veces mortal que pronto aparecerá la vacuna para no pasarle la peste a otros sólo tiene sexo con chicas conocidas y no usa lo que piden en la tv que se arreglen solitas si se embarazan es inútil entrar en discusiones con los jóvenes con mi mayor atención y subrayadas manifestaciones de amistad y respeto ignacio eguren

** mal que me pese.*

*** no preparo café con leche porque ya lo tomaron con medialunas al salir de la milonga.*

Le contesté el mismo día:

Sr. Ignacio Eguren

Casilla de Correo 2039

Mar del Plata

De mi mayor consideración,

Tomo la pluma en la mano derecha para desearle que al recibo de la presente se halle usted gozando de buena salud en compañía de los suyos.

Digo que tomo la pluma en la mano derecha aunque le escribo a máquina porque es una buena forma de comenzar las cartas, tarea siempre tan difícil para mí.

Cúmpleme responder a sus inquietudes con la frase de un médico francés: la única forma de vivir cien años es beber un vaso de coñac todas las noches durante mil doscientos meses.

Creo que Juan Manuel no toma en serio la peste del siglo. Espero que no se contagie y, mucho menos, que se muera.

Las cosas no han cambiado tanto, Eguren, y deseo que nuestros nietos despierten pronto de ese universo artificial. Somos más longevos que nuestros abuelos ¿pero vivimos en otro mundo?

Con mis mejores expresiones de afecto para su señora esposa y mis cordiales deseos de prosperidad para toda su familia,

Salúdale muy atentamente,

S. S.S.

Jesús Eiras

Me respondió una semana después:

don jesús eiras defensa 1260 buenos aires muy señor mío tomo la pluma en la mano izquierda porque soy zurdo para contestar su atenta de la semana pasada deseando que al recibo de la presente se encuentre usted gozando de buena salud y prosperidad en compañía de su respetable familia quiero manifestarle que no dejo de reprender a mi nieto por la ligereza con que juzga los peligros de la maldita enfermedad espero que su falta de mollera no le impida llegar a viejo y que no esté peor que nosotros cuando alcance nuestros años me doy cuenta de que soy de otra época porque algunas de mis partes pierden líquido y otras están muy secas dejé de mentir mis años eiras y les

cuento a los amigos que corro todos los sábados aunque saben que no es verdad y que solo me pongo el traje de jogin que me regalaron las nietas para darles el gusto y que me dejen de cargosear juan manuel quiere enseñarme computación y se ríe porque no comprendo qué demonios quiere decir algoritmos (o algo así) jamás nado pero ahora me compro ropa que me tapa el cuero y no la que deja ver detalles que en otros tiempos atraían las miradas mis amigos están canosos y arrugados no me reconocen porque tienen alsaime (qué difícil escriben los médicos) el doctor me recetó veinte remedios nuevos y caros no cubiertos por la obra social que no es obra ni es social porque solo sirve para que algunos se llenen los bolsillos que cuando volví a casa no supe cómo tomar las grajeas que ya había comprado la Dolores el jueves pasado fui al velorio de un amigo en humberto I me costó un ataque de gastrite y no recuerdo el nombre del finado también me olvidé cómo se abrocha la bragueta y mucho peor cómo se desabrocha** lo que me inquieta no ocurre y si algo anda mal paciencia cada día me preocupa más el costo de la vida porque con mis ingresos... sólo los ricos no calculan lo que gastan aguardé a ser viejo para disfrutar pero esperé demasiado saludo a usted y a su honorable familia con mi mayor consideración y respeto sss ignacio eguren*

* Le tengo miedo a la compu

** ¿Debo dar explicaciones?

¡Qué loco lindo este Eguren! ¡Las cosas que escribía!

Enjuagué una lágrima mientras guardaba las cartas y cerré el cajón de la cómoda pensando que, con buena parte del camino recorrido, hoy sólo me logra conmovier la

muerte de los seres queridos mientras acepto fríamente la de los demás como el límite natural de la vida, porque todo debe terminar y la existencia también.

Esta forma pragmática de ver las cosas me tendría que ayudar a superar la cuestión sin pena ni gloria, pero evidentemente no fue así, y me acusé de no haber hecho todo lo posible por evitar la tragedia cuando intuí que ocurriría tarde o temprano.

La presencia de Eguren se hizo notar de mil maneras desde que comenzó a administrar nuestra casa de San Telmo. Su familia había muerto durante la Guerra Civil, y lo evacuaron a Francia junto con miles de niños. Un hermano del padre completó los trámites de adopción desde Buenos Aires, logró embarcarlo en Marsella y lo trajo a su casa donde fue un hijo más del matrimonio de inmigrantes que ya tenía cuatro.

A los diez y ocho años terminó sexto grado en una escuelita de la Boca y consiguió trabajo como estibador en el puerto. Seis meses después se casó con Dolores Esquivel, una prima lejana, y alquilaron dos piezas en un conventillo cerca de la Vuelta de Rocha. Desde allí se mudaron al departamento de la calle Defensa durante la segunda presidencia de Perón, gracias a las gestiones del delegado sindical que consiguió vencer su resistencia a ser miembro del Partido.

Los primeros dueños de nuestro edificio construido en 1850 fueron un par de almaceneros de ramos generales que se instalaron en dos pisos con balcones y terrazas, unas cincuenta personas en total. Diversos propietarios lo remodelaron de acuerdo con sus gustos hasta que se dividió en propiedad horizontal a mediados del siglo XX y todos compramos nuestros departamentos con los créditos baratos que ofrecía el Banco de la Provincia. Por obra de los asombrosos vaivenes financieros de

esta tierra, en treinta años logramos saldar la deuda gracias a nuestro trabajo y a la inflación que arrasaba con frecuencia la economía.

Ignacio Eguren inició sus actividades tocando de oído porque se había jubilado como guarda de aduana con una magra remuneración, no tenía otra cosa que hacer y no había ningún otro interesado. Para algunos fue un administrador meticulado y honesto, un iluminado o un filósofo. Sus detractores lo consideraban en cambio un charlatán o un sabiondo que jamás explicaba sus decisiones ni admitía sus errores ni exponía la causa de las frecuentes e injustificadas demoras, fallas inadmisibles en quien maneja intereses ajenos.

No percibía sueldo alguno, pero las malas lenguas difundían que el vasco obtenía un retorno en las reparaciones del edificio. Me consta que no era verdad y pongo las manos en el fuego porque su rectitud y diligencia están fuera de toda duda.

Eguren tenía una particular resistencia a informar por escrito porque el trabajo no le daba tiempo, según él, para hacer "literatura". Odiaba sentarse frente a una hoja de papel en blanco, pero un grupo de vecinos amenazó con quitarle la administración y de ahí en más, nunca redactó nada corto, creíble, convincente o sensato.

Pocas veces adelantaba en el encabezamiento el motivo de su carta o mencionaba al final las soluciones posibles de ningún problema. Sólo pensaba en la forma de la correspondencia, nunca en el tema, agregaba largos cuadrículados con listas de los artículos de limpieza adquiridos los meses anteriores, o transcribía los detalles de una agotadora conversación con el jefe de correos por irregularidades en la distribución de la correspondencia.

Sus interminables apuntes siempre tenían un final inesperado, incluso para él. Comenzaba, por ejemplo, con que era necesario arreglar los techos y terminaba con

un presupuesto para reparar los sótanos. O señalaba la urgente necesidad de cambiar las cerraduras y giraba a cómo reparar las medianeras el año próximo. Dejaba volar su imaginación en varias carillas con un espacio mínimo entre líneas y escribía todo seguido porque las mayúsculas, las comas, el punto y el punto y aparte no se habían inventado para él. Una de sus manías radicaba en subrayar párrafos enteros y agregar aclaraciones al pie que no venían al caso ni aumentaban la precisión de lo que explicaba.

No era Cervantes, claro está, pero además le horrorizaban los términos técnicos incomprensibles para sus pocas luces tanto como para quienes, la mayoría, no habían completado la primaria y apenas sabían leer y escribir.

Sin embargo, a medida que pasó el tiempo, muchos propietarios terminaron por admitir que Eguren era el único capaz de resolver los problemas, entrevistarse con los obreros, plomeros y pintores o pedir presupuestos, y se descontaba que siempre elegía lo mejor o lo que más le convenía a los vecinos. De hecho, pocos leían sus interminables engendros retóricos porque ¿para qué enterarse de algo que, mal o bien, ya estaba resuelto?

Una característica común a todos los inmigrantes era que junto con nuestros talentos y defectos trajimos los antagonismos heredados de la Europa ancestral. Estoy seguro de que Eguren nunca pudo admitir serenamente mi estirpe gallega porque era vasco y yo siempre lo consideré con resquemor precisamente por la sangre celta que fluye en mis venas.

En general, los conflictos se desataban entre los de abajo y los de arriba. Para colmo de males, teníamos que compartir las dos plantas con gente de todo el mundo,

desde italianos de Cosenza hasta judíos de Esmirna, desde árabes de Medio Oriente hasta paraguayos de Caá Cupé, peruanos de Ayacucho y bolivianos de Villazón.

Recuerdo que no faltaron broncas durante las que no nos dirigíamos la palabra y yo cruzaba la calle cuando lo veía venir. Nuestra luna de miel epistolar sólo duró aquel verano ya que, cuando regresé al departamento de San Telmo, me volví a encontrar con los problemas que Eguren jamás resolvía. Decidí comunicárselo por escrito porque había dejado de responder a mi saludo y pensaba que me había unido a la “oposición” y que organizábamos una revuelta para desplazarlo en la próxima reunión del consorcio.

Volví a la caja de masitas Bagley buscando alguna evidencia de aquel conflicto:

Señor administrador,

Don Ignacio Eguren

Presente

De mi consideración:

Cúpleme informarle que estoy cansado de limpiar la basura de los vecinos de arriba, y de tolerar la única ley que usted aplica en este edificio: la ley del gallinero, es decir, que las aves del palo de arriba ensucian a las de abajo, lo cual no es lógico ni comprensible a pesar del privilegio que les otorga la gravedad.

Espero su contestación y que satisfaga mi pedido a la mayor brevedad.

Salúdalo,

Jesús Eiras

Alguien de la planta baja me contó que la carta le había caído mal a Eguren, que lo encontraba muy nervioso e irascible, que había visitado al médico para que le hiciera análisis y radiografías, que no pensaba tomar ninguna medida para resolver los problemas planteados, y que estaba dispuesto a renunciar para que aprendiéramos a apreciar su talento.

La respuesta no se hizo esperar:

señor jesús eiras presente acuso recibo de su antipática misiva y cúpleme dirigirme a usted para advertirle que la mugre no sólo baja, sino que también sube ustedes ensucian el aire con el humo de los cigarrillos porque fuman como chimeneas y no dejan dormir con la música foránea y los partidos de fútbol que sus nietos escuchan a todo trapo como si estuvieran solos en el mundo tengan más respeto y consideración por los vecinos no lo saluda ignacio eguren.*

**omito el olor del baño y el humo del asado.*

A lo cual contesté:

Señor administrador:

Tomo la pluma en la mano derecha para decirle que no sé si espero que se encuentre gozando de buena salud al recibo de la presente.

Dios quiera que alguna vez pueda responder por sus nietos como yo me responsabilizo por los míos.

Los suyos entran con los pies sucios cuando vuelven de jugar en la plaza y no usan la esterilla que hizo colocar en la entrada, artefacto que por otra parte provocará un accidente cuando alguien tropiece con ella porque los viejos arrastramos los pies y no siempre prestamos atención a los obstáculos en el camino.

Espero que estas reflexiones no caigan en saco roto y logren llegar a su cerebro raquítico y tozudo.

Jesús Eiras

Estaba claro que se lo advertí aunque sólo de paso y sin cargar las tintas. Sin embargo, al utilizar la palabra *alguien* revelaba mi oculto deseo de que él mismo fuera la víctima de su incapacidad para resolver el problema.

Según mi sano saber y entender, la solución hubiera sido colgar un cartel en la puerta de calle prohibiendo entrar con el calzado sucio, pero al pobre Eguren le había llegado el momento de renunciar para ceder su lugar a alguien más joven y capaz.

Precisamente como se lo advertí, unos días después tropezó con la esterilla que nunca quiso retirar. Se rompió la cadera, lo operaron, se enfermó de bronconeumonía y murió de un paro cardíaco.

Por cabezón, por vasco y por viejo.

¡Que descanse en paz!

La natación

Habiendo visto con qué lucidez y coherencia lógica ciertos locos justifican ante sí mismos y ante los demás sus ideas delirantes, he perdido para siempre la certidumbre de la lucidez de mi lucidez.

Fernando Pessoa

Una tarde calurosa de febrero decidí bajar las cortinas de la tienda y dar una vuelta por la ciudad antes de cenar.

Don Ruperto, mi patrón, estaba de vacaciones y yo pensaba tomar las mías cuando volviera. Había trabajado diez años sin descanso pero, en plena recesión, no me atrevía a proponérselo porque el viejo ladino habría podido aprovechar la oportunidad para despedirme por *abandono de tareas*. No quería darle ningún pretexto para esa canallada.

Había avanzado unos cien metros por la calle San Martín cuando advertí que un individuo me seguía.

Me detuve e hizo lo mismo. Caminé despacio y él también.

Me intranquilizaba su aspecto. Las alpargatas rozaban a cada paso las botamangas deshilachadas, la camisa sin botones conservaba precariamente un logo de *Lacoste*, un birrete rojo en sus tiempos le cubría la cabeza hasta las cejas, y el cabello largo entrecano caía despeinado sobre los hombros.

Decidí no arriesgarme y entré por precaución al bar de don Florio, desierto a la hora de cenar. Me senté a una de las mesas cerca de la ventana y le pedí al mozo un cortadito con más leche que café.

El tipo hizo como que no me veía pero entró al local y se sentó tres mesas más allá sin dejar de mirarme.

- ¿Qué carajo querés? – lo increpé entonces dispuesto a sacármelo de encima.

No se inmutó:

- Soy Eufrasio Galli – me contestó con voz aguardentosa y me extendió la mano que rechacé pensando en la mugre que habría acumulado desde que la enjabonó por última vez.

- Rudecindo Flores - me presenté -. ¿Por qué me seguís?

- Usted no es de Burzaco ¿verdad? - tartamudeó Eufrasio con acento correntino.

- No. Soy de Florencio Varela y trabajo en la tienda de don Ruperto frente a la plaza.

Mi mujer me espera a cenar y entré a tomar un café para hacer tiempo. No le gusta que llegue antes de que todo esté listo. Ahora ya sabe todo lo que puede interesarle de mí. ¿Se le ofrece algo más?

Eufrasio se mudó a mi mesa.

- Permítame que lo acompañe. Conozco bien a don Ruperto y lo aprecio a pesar de que hace años me despidió por una pavada.

- ¿Una pavada? - le pregunté con indiferencia.

- No tenía ganas de trabajar y falté todo el mes.

- ¡Don Ruperto siempre tan injusto! - contesté mirándolo de reojo.

- No vaya a creer que fui siempre un infeliz - balbuceó.

- ¡De ninguna manera! - me puse frenético - Pero dudo de que tenga derecho a molestar a cualquier persona decente sentada en un bar de Burzaco.

- Perdóneme... Usted me inspira confianza y no tengo con quien hablar.

- Mm...

- En una época tenía guita y no la pasaba mal pero desde que enviudé hace seis meses...

- ¡Mi pésame! - atiné a decir.

- ¡Santa mujer! - me respondió.

- Cuénteme de una buena vez - le pedí resignado a escuchar aunque mi esposa se enfurece cuando tiene que recalentar la comida.

- Siendo niña, Atanasia...

- ¿Atanasia?

- Atanasia Caprile, la difunta.

- ¡Ah!

- Como le digo, Atanasia vivía en un rancho cerca de la laguna Chascomús. Los padres trabajaban en una fonda pero antes la llevaban a la escuela Domingo Faustino Sarmiento cerca de la ruta 2 ¿sabe? Ella los esperaba sentada en el umbral después de clase.

- Es peligroso dejar solos a los chicos, pero en aquella época...

- Cuando la niña cumplió ocho años, Zenón Bolatti, hermano de la madre, se instaló en la casa porque los militares lo despidieron del ministerio de Turismo donde lo había nombrado Perón por su devoción al Partido. Zenón cooperaba en los quehaceres domésticos, traía de regreso a Atanasia de la escuela y jugaban en un bosque de eucaliptos hasta la hora de cenar.

- ¡Un tío como la gente!

- Ya verá. Un día de calor hizo flotar a la niña boca abajo sumergiéndole la cabeza, deslizó la mano entre los muslos y la mantuvo apoyada en la panza. Ella sintió un

calambre y a duras penas consiguieron llegar a la orilla porque Atanasia no separaba las piernas.

- ¡Casi no cuentan el cuento!

- Zenón sabía que su método podría ser criticado y le pidió a la sobrina que no mencionara el incidente.

- Me parece sospechoso, pero continúe.

- Gracias. Las clases de natación prosiguieron sin éxito porque Atanasia no separaba las piernas dentro ni fuera del agua hasta que, un día, el profesor la empujó sobre el césped y le sacudió las nalgas. Como por encanto los muslos de la sobrina se separaron y fue así como aprendió a nadar...

- ¡El fin no justifica los medios! - lo interrumpí.

- Entrado el verano, el tío Zenón consiguió trabajo en la playa de Miramar y desapareció sin despedirse.

- ¡Qué suerte sacárselo de encima! - exclamé.

- Ya lo creo. Con el tiempo me casé con Atanasia, mi amiga de la escuela secundaria. Éramos felices, nos amábamos pero no lograba consumar el matrimonio porque las piernas se le crispaban cuando yo intentaba hacerlo.

- Ahora comprendo. ¿Y después?

- Comencé a beber más de la cuenta y un día, borracho, la acosté sobre mis rodillas y le sacudí el trasero. Atanasia aflojó los muslos, hice lo que anhelábamos y tuvimos nuestro primer hijo.

- ¡Qué bien! ¡Un final feliz!

- ¡Nada feliz porque a mi mujer se le contraían las piernas cada vez que yo...!
Pasaron cinco años y la dicha parecía estar cada vez más lejos. Consultamos

inútilmente a los médicos de Chascomús, a los mejores psicólogos, curanderos, quiroprácticos, acupunturistas, a Don Corfaro el cura sanador, y llegamos hasta monseñor Sfogliatella, el arzobispo de La Plata, pero las cosas andaban de mal en peor. Yo seguía bebiendo y discutíamos todos los días hasta que una vez ¡santo remedio! la volví a acostar boca abajo sobre mis rodillas, le di otra paliza en las nalgas, separó los muslos y así fue como nació nuestro segundo hijo.

- ¡Increíble!

- Continué castigándola aunque Atanasia compró un revólver para defenderse, pero jamás lo usó porque estoy seguro de que no le caía mal recibir unos golpes.

- Lo dudo.

- ¡Creer o reventar! El tío Zenón comenzó a visitarnos con frecuencia, y los días domingo acompañaba a mi mujer. ¡Cómo le gustaba la natación a Atanasia! ¡Llegó a ser campeona nacional! Conservo sus copas, trofeos y medallas.

- Un tío devoto y una sobrina meritoria. Usted iba con ellos a la laguna ¿verdad?

- De ningún modo. Atanasia no quería que estuviera ahí mientras se entrenaba. Mi presencia la ponía nerviosa.

- Mm...

- Tiempo después el tío Zenón murió ahogado en Chascomús y nunca se conocieron los detalles del accidente.

- ¡Qué contrariedad!

- Jamás logré que mi mujer separara los muslos sin darle antes unos chirlos en la cola, aunque ya era en vano porque, viejo y enfermo, se había agotado mi virilidad. Las piernas de Atanasia se pusieron rígidas y terminó sus días sentada en un sillón.

Eufrasio lloraba a todo trapo cuando el reloj de la iglesia dio ocho campanadas.

- Lo siento, pero me espera mi mujer - le recordé -. Arma un escándalo cuando llego tarde a cenar.

Eufrasio se puso de pie con una crisis de llanto espasmódico, y don Florio y el mozo se acercaron a ver qué pasaba.

- Atanasia está en el cielo - le aseguré - y Dios la perdonó.

- Calmesé señor - le pidió el mozo - ¿Quiere un Fernet? ¡Va a ver qué bien le hace!

- ¡Qué Fernet ni Fernet! ¡Tanto como yo quería ayudarla! - sollozó Eufrasio.

- Por suerte tiene hijos y debe confiar en ellos - insistí.

- ¡Mis hijos! ¡Si usted supiera! – exclamó.

Pero yo no quería saber más, pagué la cuenta, salí apurado del bar, caminé a buen paso las tres cuadras hasta mi casa y cerré la puerta con llave.

Úrsula, mi mujer, me había preparado un plato de mondongo a la andaluza con garbanzos, jamón crudo, tocino, longaniza, chorizos, cebollas y ajíes picantes, mi comida favorita, y lo remojé con un litro de vino blanco.

Salí a la vereda después de cenar. Eran las once de la noche, estaba alegre aunque algo cansado, pienso, porque Don Ruperto me hacía trabajar como un esclavo.

Se veía poca gente en la calle a pesar de la canícula que suele durar hasta bien entrada la noche, y enfilé hacia el bar de don Florio para averiguar cómo se habían sacado de encima al infeliz de Eufrasio.

¡Cuál no sería mi sorpresa cuando lo vi sentado todavía en el mismo lugar con un vaso de vino tinto en la mano y una botella llena hasta la mitad sobre la mesa!

- ¡Usted me tiene que ayudar! – exigió después de darme la mano y señalarme la silla que yo ocupaba antes.

- Ya lo hice - le contesté serenamente.

- Pero no le conté la historia de mis hijos.

Lo único que faltaba, pensé, y le dije rotundamente:

- No quiero conocerla.

- Mis dos hijos son médicos - comenzó -. El mayor, Cipriano, trabajaba en el sindicato de pescadores en Mar del Plata por un salario de hambre. Decidió escribir a los hospitales de Europa y Norteamérica para mandar su curri... ¿Cómo se dice?

- Creo que currículo.

- Sí. Un solo lugar lo aceptó a pesar de haber hecho su carrera en la Universidad de Chascomús.

- Dicen que ahí se gradúan médicos excelentes - aporté.

- Más adelante se instaló en Chestesbury, o algo así, en los suburbios de Londres, y nunca regresó a la patria. ¡Pobre Argentina! ¡Qué desagradecida la gente joven! ¡Después quieren que estemos en el primer mundo!

- Algunos países no se preocupan... - lo interrumpí.

- El capitalismo nos chupa la sangre y se lleva nuestros mejores cerebros - continuó el hombre, parándose frente a mí.

- Sin duda - contesté mientras lo empujaba a un costado.

- Ya verá - continuó Eufrasio sin inmutarse -. Mi otro hijo médico, Aurelio, revisaba diariamente a más de cuarenta afiliados en la obra social de los envasadores de pescado en Mar del Plata. Al principio le interesaban pero después de unas horas los oía a medias y les pedía análisis, radiografías y exámenes para sacárselos de encima. Le importaba un pito la gente y pasaba el tiempo garabateando planillas y fabricando recetas sin sentido. Pero lo despidieron cuando insultó en público al secretario del

sindicato que no quería pelear con un agitador cuando era tan fácil reemplazarlo con la mano de obra barata de las escuelas de medicina.

- Lamentable - señalé, pero él continuó la lata.

- Aurelio se mudó frente a La Perla porque le gustaba la natación, como a la mamá ¿sabe? y se ganaba la vida aplicando inyecciones y tomando la presión a los clientes de una farmacia. En esa época, su colega Torcuato Ortelli le propuso comprar un sistema electrónico que acortaba a menos de veinte minutos el tiempo entre los primeros dolores de un cardíaco y la llegada de un médico de auxilio.

‘- Ahora tardamos más de tres horas - le contó -. Ganaremos un millón de pesos por año. Los enfermos podrán llamar cuantas veces quieran aunque sólo sea para calmarse los nervios.’

‘- Pero yo no tengo un centavo partido por la mitad - se sinceró mi hijo.’

‘- No importa. Me pagarás con tu trabajo.’

- Aurelio aceptó la propuesta y, dos años después, Torcuato y él perdieron los millones que habían ganado porque otro grupo empresario compró un sistema electrónico más veloz.

- ¡La economía de mercado! – comenté.

- Aurelio volvió a su cuarto frente a La Perla, nadaba cuatro horas todos los días y tomaba sol en la playa. No tenía amigos pero un golpe de fortuna lo sacó de la pobreza.

Eufrasio me empezaba a interesar.

- Cuando la epidemia de SIDA, vaticinó que los condones serían la única manera de salvarse y compró los trescientos mil que se habían acumulado en Mar del Plata desde que los antibióticos terminaron con la sífilis y la blenorragia. Le contó su estrategia a

Torcuato Ortelli, por entonces ministro de salud de la Provincia, se asociaron en el negocio y lograron la venta exclusiva de preservativos en la Ciudad Feliz.

- ¡Qué ingenioso! - exclamé.

- Poco después Pedro Vacca, el ministro de economía, se incorporó a la empresa usando un testafarro y organizaron una campaña para explicar al público la conveniencia de usar condones. La demanda era enorme, no alcanzaba con la producción nacional, importaron cientos de miles de los países del primer mundo y lograron un descuento de la fábrica de *Velo Rosado* en Hong Kong.

‘- ¡Pensar que yo estaba loco por ejercer la medicina...! - le dijo un día mi hijo Aurelio a Torcuato Ortelli.’

‘- ¿Para qué?- le preguntó el socio -. La solución de nuestros problemas estaba en el SIDA.’

‘- ¡Si la epidemia hubiera empezado antes! - suspiró mi hijo.’

‘- La vacuna tardará años en llegar.’

‘- Para esa fecha seremos multimillonarios.’

‘- ¡Dios te oiga!’

Me despedí resuelto a que me dejara de molestar con sus historias, me levanté resueltamente de la mesa y salí a la calle seguido claro está por el pesado de Eufrasio que no paraba de hablar.

Le aconsejé prescindir de los hijos y buscar alivio en la religión. Pero no era piadoso. Odiaba a Cipriano porque se había esfumado y al otro porque no atendía a los enfermos y sólo pensaba en la plata.

- Aurelio es un triunfador - afirmé -. El dinero no huele mal, y en el comercio es difícil salir del paso sin recurrir a ciertas tácticas que los ingenuos critican pero terminan aplicando.

El hombre lloraba a mares y mis argumentos no lo conseguían aplacar.

Habíamos caminado unas cinco cuadras en dirección a la plaza cuando, de pronto, arrojó a la vereda el birrete rojo, se sacó de un tirón la camisa *Lacoste* que no aguantó el insulto y se descosió en el cuello, y comenzó a agitarse con el torso desnudo insultando la sagrada memoria de Atanasia:

- ¡Vieja de mierda! ¡Hija de puta! ¡Me las vas a pagar!

Finalmente se detuvo como paralizado por un rayo y cayó al pavimento sacudiendo las piernas hasta que se le encogieron en un calambre feroz.

- ¡Ay Dios mío! ¡Me apestó Atanasia! ¿Y ahora qué voy a hacer?

- Tranquilícese, mi amigo – exclamé desesperado -. ¡Son los nervios!

- ¡Qué nervios ni nervios! – me gritó - Quedé tullido como la difunta. Ella tiene la culpa. ¡Me contagió la peste! ¡Haga algo!

¿Qué podía hacer yo en una calle oscura de Burzaco a las 12 de la noche?

No se veía un alma a la redonda.

Ni vecinos ni policía ni un teléfono público para llamar a la Asistencia.

- ¡Haga algo! ¡Haga algo! - insistía el infeliz - ¡Estoy igual que la difunta!

- ¿Se habrá contaminado? - pensé mientras hurgaba en mi mente los consejos de medicina del doctor Zinn.

A grandes males, grandes remedios, decía mi padre.

Hice de tripas corazón, arrastré a Eufrasio como pude hasta el cordón de la vereda, me senté, lo puse boca abajo sobre mis rodillas y le di tantos chirlos en la cola como pude hasta quedar exhausto.

Él no ofreció resistencia. Por el contrario, el castigo había dado sus frutos porque, alegre como unas pascuas, se levantó por sus propios medios.

- Gracias, señor - exclamó rebotando felicidad mientras se acomodaba la ropa y hacía un nudo en la soga que usaba como cinturón -. ¿Vio? ¡Se me curó la parálisis! ¡Sabía que usted me iba a ayudar!

La cosa pasaba de castaño oscuro y tenía que terminar de una vez. Saqué un billete de diez pesos y traté de ponérselo en el bolsillo. Él lo rechazó al principio pero luego estiró la mano y sujetó el dinero mientras giraba la cabeza para no ver lo que hacía. Terminó de recomponer sus harapos, acomodó el birrete y se alejó hacia la plaza San Martín tarareando un chamamé.

Pensé qué le diría yo a Úrsula para que no me regañara por andar suelto hasta tan tarde, lo seguí de lejos y observé que se paraba en la fila del 208.

- ¡Los muchachos me esperan en el café! - gritó agitando el birrete cuando me reconoció desde la ventana del colectivo, camino de Buenos Aires.

Flagelia

Porque los dioses perciben las cosas futuras,
 los hombres lo que ocurre ahora,
 pero los sabios perciben las cosas que se acercan.
Filostrato, Vida de Apolonio de Tiana, VIII-7.

De pronto todo se puso oscuro y ya no pude oír a Juanjo.

- Otro corte de luz - pensé mientras acomodaba los huesos y volvía a escuchar a mi vecino gracias a las variaciones del campo magnético:

- No soy un blandengue - me dijo - pero estoy bolao.

Hace años que identifico la voz y el acento caribeño de Juanjo. Lo conocí en la facu por los 70 cuando estudiábamos entomología social.

- En Flagelia cortaban la electricidad todos los días, pero estamos en Buenos Aires, ¿no? – se aseguró mi amigo.

- Claro. Debe haber ocurrido un lío, una tormenta, una manifestación o tal vez un piquete.

- Parece antier lo del accidente.

- Yo no lo llamaría accidente.

- ¡Fue un bochinche, pero cómo cambian las cosas!

- No cambian tanto pero no aguanto más este lugar.

- Yo tampoco. Odio esta gentuza empercudida y este cerco inmundo.

- Rodeados de ratas y alimañas.

- ¡Como si fuéramos trastos viejos!

- ¿Acaso contagiamos?

- Pudieron abandonarnos a los perros.
- ¡Tiernos animalitos!
- Mis abuelos lo hacían en Dahomey.
- Somos civilizados. No supieron simular un suicidio o quemarnos con kerosén.
- O moler los huesos y tomarnos con alcohol.
- Como en Dahomey, ¿no?
- ¡Mejor en la panza de un amigo que en la tierra fría!
- No veo la diferencia. Morir es igual en todas partes.
- Los guaraníes juntaban energía comiéndose a los enemigos fortachones.
- ¡Ignorantes! Creían escapar así de las enfermedades y de la muerte.
- Acá nos recuerdan cuando alguno de los nuestros aparece en los diarios.
- Nos traen flores.
- ¡Tremendos discursos de tipos con mucha labia!
- También nos traen noticias de la familia.
- ¡Un familión! Suerte que no vienen todos.
- El resto del tiempo no se acuerdan de nosotros.
- Depende del brete de turno.
- ¿Les convenimos ahora?
- No sé. Yo dejé Flagelia camino de Buenos Aires con una beca del gobierno revolucionario.
- Exportaban la ideología, ¿no?
- Pasábamos hambre. No nos alcanzaban las lombrices ni los insectos. Le pregunté al jefe si podía hacer algo por mí. Me miró con desconfianza pero me dijo que presentara la aplicación y prometió ayudarme.

- Las cosas andaban mal en la Argentina pero no estaban mejor en Flagelia.
- Ahí nunca anduvieron bien.
- En Buenos Aires nos hacían desaparecer, nos picaneaban y nos tiraban al mar desde aviones de la Fuerza.
- Un día ampliaron las medidas de seguridad.
- La gente caminaba apurada por las calles, no se miraba a los ojos, pincharon los teléfonos, la censura leía las cartas, había torturas y asesinatos.
- A punto de terminar los estudios llegó la orden de actuar, ¿no?
- Alquilábamos un departamento en Villa del Parque cerca de Agronomía, ¿te acordás, Juanjo?
- Un barrio tranquilo, vecinos nada curiosos, buena gente aunque a algunos les molestaba el color de mi piel.
- Quedaron pocos negros en el país después de las guerras y de la tuberculosis, pero abundan los racistas.
- Coloqué una jarra vacía en una palangana con hielo.
- Hielo en invierno. ¿Quién no tiene una torcedura o un dolor de muelas? Los vecinos miraban el fútbol.
- Eché en el cacharro un cuarto litro del ácido sulfúrico de las baterías que les sacábamos a los carros.
- Con mucho cuidado le metimos un chorro del ácido nítrico birlado en la facu. ¡Ojo que podía explotar!
- Le agregué sal al hielo para bajar 10 grados la temperatura.
- Faltaba un detalle.
- Añadí glicerina al líquido con un cuentagotas.

- ¡La capa que se formó era nitroglicerina!
- No perdí tiempo, puse la mezcla en un tacho con agua, la nitro se fue al fondo y vacié el resto.
- ¡Me moría de miedo!
- Le metí bicarbonato hasta que el tornasol se puso neutro.
- Bicarbonato de la farmacia. A nadie le llamó la atención.
- Le pusimos torundas de algodón a la nitro y le agregamos pólvora y arena que nos dieron los muchachos.
- ¡Y lista la dinamita!
- Faltaba una mecha y ¡adelante!
- Una mañana de invierno tomamos el ómnibus para el centro llevando una bolsa de mercado vacía.
- No soy alcoholifan, pero tuve que tomarme un azuquín antes de salir.
- Me quedó un gusto horrible cuando vacié la copa.
- Nos revisaron la bolsa vacía en la entrada pero apenas miraron el paquete de libros atados con una soga.
- ¡Qué julepe!
- Los boludos no se percataron de que llevábamos la dina encuadernada como ejemplares de La Biblia.
- ¿Qué harán estos pendejos si nos descubren?, me preguntaste al oído y un tipo de mirada congelante nos gritó cállense la boca.
- ¿Para qué quieren tantas Biblias? preguntó otro.
- Un regalo del obispo para el ministro de culto, dijiste muerto de miedo, impresas en el Vaticano, ¿sabés?

- Tomamos el ascensor hasta el cuarto piso.
 - En la antesala nos detuvo una monona buena para templar que rezongó: “¿traen libros para la biblioteca?”
 - Sí, de parte del “doctorazo”.
 - No entendió.
 - Del doctor argentino, se me ocurrió decirle.
 - ¡Una salación! Sospechó, se le agrandaron los ojos, dio media vuelta y se fue a los piques como disparada por un rayo.
 - No había tiempo que perder.
 - Encendí la mecha en el pasillo...
 - ...y bajamos la escalera a los pedos. Teníamos el tiempo justo para escapar.
 - En el segundo piso nos encontramos con los ursos que alertó la monona del cuarto.
 - Empezaron a jugar con los chimbos.
 - Y el mundo se vino abajo.
 - Un ruido infernal. Gritaban: “¡hijos de puta!”.
 - Escombros, sangre y cuerpos mutilados por todas partes.
 - Después, silencio sepulcral.
- De pronto amaneció.
- Se acerca la hora de la limpieza. No aguanto el ruido de las escobas.
 - Los condenados municipales limpian las veredas y riegan los canteros sin importarles que mis huesos no resistan la humedad.
 - Mejor me vuelvo a dormir.
 - ¡Ah, si nos hubiéramos quedado en casa aquella mañana de invierno!

Chicabún

La ideología es una teoría social que permite al malvado blanquear sus actos ante sí mismo y ante los demás, y oír loas y honores en lugar de reproches y maldiciones.

Alejandro Solzhenitsyn.

Carta de un usuario al gerente de la Compañía de Electricidad

Apreciado señor Web:

Ya retiré mi conexión ilegal con los cables de la calle y le pido que no me denuncie a la policía ni me deje sin luz porque las velas son pestilentes, no tendría agua para beber, bañarme o cocinar ni podría entretenerme con la radio o la televisión.

Su carta estaba dirigida al señor Chicabún, pero me llamo Juan Pérez aunque muchos me conocen como Chicabún desde que tocaba el tambor en las procesiones.

Mis abuelos adoraban a los dioses africanos. Cuando la iglesia los evangelizó identificaron a los orishas con los seres divinos de la nueva religión y practicaban la santería. Dios era Oludumare. El Espíritu Santo, Ashe. La Virgen, un orisha más, y Yemanyá, la Diosa de los Mares y de la Fertilidad. Los babalaos celebraban misa y exorcizaban en yoruba, adivinaban el futuro y ahuyentaban con hechizos a los espíritus del Mal.

Gobernaba Vergelia el Partido Conservador, y el país se regía por el derecho consuetudinario, basado en las costumbres. Escaseaba la comida y no abundaban los fondos para la salud, la educación y la vivienda. La policía y el ejército eran corruptos y estaban subordinados a los políticos. Reinaban la ignorancia y la pobreza. Había

libertad de cultos pero el gobierno financiaba la religion oficial y pagaba el sueldo de los sacerdotes.

Abandoné la escuela primaria para ayudar a mi madre viuda a cultivar frijoles. Trabajé luego como lavaplatos en una posada y, a los veinte años, pasaba el tiempo seduciendo muchachas en la aldea mientras soñaba con una vida mejor.

- Confía en Oludumare - me sugirio Renato Lumumba, un amigo que estudiaba para babalao -, pero afíliate al Partido Conservador.

Poco despues seguí su consejo, terminé la escuela primaria e ingresé al colegio militar gracias a una carta de recomendación del diputado Mandela. En pocos años ascendí en las filas del ejército, pronto llegué a capitán, luego a coronel y, como ministro de defensa, instalé misiles en la costa para proteger al país durante la guerra fría.

Una vez encontré a Renato Lumumba en una visita a la cárcel donde cumplía una condena a diez años por vejar a los santos que había arrancado del altar de una iglesia católica. Casi no lo reconocí, murmuré un saludo y le grité:

- ¡Confía en Oludumare!

Yo también me encomendé a Oludumare y en esos días se presentó la gran oportunidad de mi vida. Alguien le disparó un tiro en la cabeza al presidente Calixto, el más corrupto entre los corruptos de Vergelia, y lo dejó seco ahí nomás. Los diputados y senadores del congreso títere temblaron por sus privilegios y organizaron una manifestación espontánea que me llevó en andas a la casa de gobierno. Entonces los jefes militares se pusieron a mi disposición porque Calixto se había negado a construirles un cuartel con agua caliente y aire acondicionado.

Cuando tomé las riendas del poder se me subieron los humos, asumí las atribuciones de un monarca, impuse la santería como religión de estado, saqué de la cárcel a mi amigo Renato Lumumba y lo nombré ministro de asuntos religiosos. El país se llamó entonces República Artropófila de Vergelia.

- ¡Artropófila! - anticipo su exclamación, señor Web.

Siempre me gustaron los insectos, especialmente las termitas, las orugas, las crisálidas de cigarra y los gusanos de la madera, y estaba convencido de que serían un buen ejemplo para el pueblo por su resistencia física, su perseverancia y su laboriosidad.

Muchos vergelios me odiaban entonces pero callaban por temor, y pronto supieron que no estaba dispuesto a hacer concesiones. Confiaba sólo en Oludumare para gobernar y ambicionaba pasar a la eternidad con una estatua de buenas dimensiones en la plaza mayor.

Mis partidarios iniciales no tenían cultura política y profesaban ideologías foráneas pero aprendieron las primeras letras en mi libro *Días de Lucha*, que recitaban de pe a pa en las escuelas.

La batalla fue dura al principio aunque logré implantar mi autoridad y, a medida que pasó el tiempo, todos los vergelios aceptaron mis ideas sobre la sociedad, la economía y la educación.

Luego de dos generaciones se convencieron de que mi régimen les proporcionaba un presente halagüeño y un futuro esperanzado, y que la ideología chicabunista merecía exportarse a todo el mundo.

Fui el líder único e imbatible del Partido del Pueblo. Centralicé el poder y combatí a los subversivos para garantizar el orden amenazado por los enemigos de la patria. Los

obligué a depositar su dinero en cuentas del estado, les quité las propiedades que habían robado al pueblo y tuve que encarcelar y torturar a muchos porque se negaban a revelar el nombre y la dirección de los traidores. Otros desaparecieron, se fueron del país y sólo Oludumare sabe dónde se encuentran. Juro por Ashe, mi Espíritu Santo, que si alguna vez mandé fusilar a alguien sólo fue para salvar las instituciones de Vergelia.

Agradezco la ayuda que me brindaron mis dirigentes sindicales, mi policía, mis fuerzas armadas, mi televisión, mi radio, y mi diario *El Mundo de Chicabún*. Casi sin excepción los habitantes de Vergelia me amaban, les sobraba el dinero y lo gastaban sin necesidad de ahorrar ni de invertir porque el estado les brindaba todo lo que necesitaban para ser felices.

Por otra parte, yo era un macho robusto que enloquecía a las mujeres. Tengo la piel blanca de mis antepasados europeos aunque se descubren rasgos africanos en mi nariz chata, en mis labios gruesos y en las dos hileras de dientes impecables que adornan mi sonrisa. Mi cabello entrecano caía sobre los hombros, y mi barba y mis bigotes despertaban envidia y admiración cuando los lucía con el uniforme de Dictador por la Voluntad del Pueblo en Armas.

Me encantaban todos los deportes aunque era un decidido entusiasta del fútbol y un gran admirador del campeón de mi país, Patricio Motumbo, a quien otorgué el título de Héroe Eterno de la Nación, con un sueldo mensual de cien millones de pesos vergelios, o sea quinientos dólares, depositados puntualmente en un banco de Nueva York.

Patricio representaba la síntesis de nuestros valores sociales y espirituales. En mis viajes al extranjero la gente sólo me preguntaba por él, y yo ensalzaba su dedicación a

la familia, su visión solidaria del mundo, su firme actitud contra las drogas, su amor a los pobres y a los desamparados, y su fe en la revolución chicabunista. Motumbo le debía a sus piernas la fortuna que jamás habría conquistado con el cerebro. Era un ídolo pero ¡ay de los ídolos! porque su destino inevitable es caer y eso le ocurrió a Patricio cuando huyó al extranjero sobornado por el capital internacional.

Los vergelios estaban convencidos de que no podían vivir sin el Partido Único que se ocupaba de cada uno de los habitantes y planificaba la economía. Pero cuando cayó el precio internacional de los frijoles y la gente dejó de estar satisfecha, hicimos una apertura encubierta antes de pedir socorro al mundo y puse a mis parientes al frente de la producción a pesar de que alguno pretendía dar la salsa hasta el final.

Apreciado señor Web:

Me duele contar que dos años después de la fuga de Motumbo, los militares subversivos tomaron el poder luego de un bombardeo que destruyó casi toda la ciudad.

Ya no les alcanzaba la calefacción y el aire acondicionado en los cuarteles que yo me apresuré a construir poco después de instalarme en el gobierno. Ahora pretendían televisión satelital, teléfonos celulares, hornos de microondas, lavavajillas, autos de último modelo, tres meses de vacaciones en Europa todos los años, me pedían y me pedían y no había pesos vergelios que alcanzaran para satisfacer todas sus demandas.

Mientras aguardaba una corte marcial me alojaron en una celda de máxima seguridad en la cárcel que yo había llamado Centro de Reflexión para Incredulos.

- Temo que te condenen a muerte - me confesó llorando Renato Lumumba en la prisión -. Confía en Oludumare porque Él siempre sabe lo que hace aunque sus designios sean difíciles de comprender.

- Oludumare es divino pero las religiones también buscan el poder y se desangran en luchas fanáticas - le contesté -. Ya verás lo que hacen con la santería estos traidores.

Al día siguiente un tribunal me impuso cadena perpetua porque habían abolido la pena de muerte.

Tiempo después un nuevo gobierno eliminó la palabra Artropófila del nombre del país, prohibió la santería, volvió a financiar la religion oficial y a pagar a sus sacerdotes, y ordenó mi libertad gracias a la ley del olvido y de la obediencia debida.

Partí entonces con gran dolor camino de Buenos Aires y resido ahora en este pueblo de provincia amparado por la buena voluntad de su gobernador, un correligionario y amigo que aspira a crear una republica artropófila en la región.

Tengo cáncer y sobrevivo gracias al esfuerzo de un médico vergelio que hice torturar en otro tiempo. Me acompaña hoy en el exilio y me cuenta que está enfermo de algo que llama síndrome de Estocolmo (los suecos inventan cosas raras).

Redacto mis memorias y disfruto de una modesta pensión de Vergelia como militar retirado. La diferencia en el cambio me pone al borde de la miseria aun cuando recibo una ayuda discreta desde Suiza, los intereses de mi capital, triste migaja de las sumas que deposité en los buenos tiempos. La cuenta no está a mi nombre y figura con un número que yo y ellos hemos olvidado, por ahora.

Sé que algún día volveré al poder a pesar del cáncer. Entretanto pongo a Ashe como testigo de que a partir de hoy pagaré puntualmente mi electricidad.

Muy cordialmente,

Juan Perez,

Ex Dictador de Vergelia por Gracia de Oludumare y del Pueblo en Armas.

Amores ciberéticos

... habían progresado tanto en el amor que ya no les alcanzaba el mundo para otra cosa, y lo hacían a cualquier hora y en cualquier parte, tratando de inventarlo otra vez cada vez que lo hacían...

Gabriel García Márquez,

El rastro de tu sangre en la nieve, en Doce cuentos peregrinos.

Juli dejó el bolso playero sobre el sillón del living y se sentó a revisar los mensajes. El primero era de una tal Celia:

- Hola Juli, una amiga me habló de vos. ¿Dónde te ubicás? Yo estoy en Palermo, me gustaría chatear y te mando una foto. ¿A qué hora entrás?

Sin pensarlo mucho, Juli Blanco Encalada le envió un par de vistas:

- Me gusta tu pic - escribió -. Vivo en Punta, pero mi corazón sigue en la city.

Normalmente estoy en el chat tipo 9 o 20.

Después leyó las noticias de La Nación, se enteró de que su gran amigo Paco Cimbrón viajaba en esos días a Punta y se apresuró a mandarle un mail invitándolo a su casa. Paco era un gran cocinero y él se proponía aprovechar sus artes culinarias para devolver atenciones a los Acevedo Campos y a los Urquiza Velloso.

Luego puso en el *freezer* seis botellas más de champán previendo las visitas de fin de año, se sentó en el living para escuchar a Madonna en el iPod y superar el aburrimiento de un día de lluvia. A las doce se fue a dormir, se levantó a las diez de la mañana y volvió a entrar al correo que empezaba con un mail de Celia:

- Gracias por escribir. Me gustaron tus fotos. Intrigada por conocerte cuando vuelvas a Buenos Aires. ¡Feliz Navidad!

Diez años antes Juli se había radicado en Punta para hacer un cambio de vida y estaba satisfecho aunque el tiempo no acompañara ese año, y hubiera poca gente en la playa por los piqueteros de Gualeguaychú. Se oponía al cierre de los puentes porque la pavada de algunos chiflados iba a afectar el turismo. La Barra de San Juan también estaba cerrada para los argentinos que tanto disfrutaban del lugar.

- Nada más pacífico que navegar por el río – escribió sin criticar a las pasteras ni a la polución -. Ayer aparecí por la Brava, bastante potable cuando te ponés lejos de los párvulos que molestan de lo lindo.

Al día siguiente Celia se interesó por el Año Nuevo:

- ¿Cómo lo vas a pasar? Entraron bien tus adjuntos. Hay un buen lejos, y los alambrados y el frente están impecables. Me gustaría verte más grande en las fotos si pudieras. Me intriga hasta dónde podemos llegar vos y yo. Quiero decirte todo lo que se me ocurra y compartir nuestras fantasías. Siendo sinceros nada nos caerá mal. Somos humanos con defectos y virtudes. De paso, ¿tenés pareja?

Juli no se había sentado en todo el día a pesar del calor infernal, le cayó mal la pregunta y prefirió omitir la contestación. Había desayunado con prudencia pensando que iba a almorzar con los Marcó del Pont en el chalet del Cantegril. Ellos no cuidaban las calorías pero lo habían invitado y no podía zafar porque andaban juntos todo el año.

- Anoche tuve cinco comensales en casa – le escribió a Celia el día siguiente - y terminamos con un Tía María *on the rock* después de las doce.

No le gustaba recibir a más de tres personas pero tenía que devolver atenciones y aprovechar la visita de Paco que cocinaba como los dioses.

- Empezamos con una terrina de carne, *rilette de porc* y queso de cabra con ensalada verde – siguió contando en el mail -. Después pato confitado con papas *sarladaise* y un salmón *rosé* con manteca, *noisette*, alcaparras, limón y *croutons*. De postre *crème brûlée* y *fondant de chocolat*, un bizcochuelo por fuera que le metés la cuchara y ¡zas! chocolate líquido cayendo en catarata. Todo acompañado por un *Veuve Clicquot* que *va bien avec tout* según Paco ¡y con qué razón! Pero es la última vez que invito hasta el año que viene. Prefiero toda la vida agasajar fuera de casa y no tener que pedirle a la cocinera que lave los cacharros, los cubiertos de plata y los Limoges. ¡Una sola pieza que se rompe me cuesta más que toda la cena!

En la playa lo impresionó la cantidad de gente que había llegado a Punta los tres últimos días, la mayor parte *brazucas* porque les favorecía el cambio. Estaba loco por volver a Buenos Aires, pero su amigo Paco aceptó quedarse en su casa hasta el 8 de enero para volar a Europa desde Carrasco y participar en las olimpiadas invernales de ski en Davos.

- Hola Juli – escribió Celia el 28 de diciembre -. ¡Día de los Inocentes, tengo que festejar mi santo... jaja! Estoy convencida de que lo nuestro será posible mientras alimentemos el imaginario con nuestros diálogos y vistas. La base es el respeto mutuo.

Juli volvió al gimnasio para mejorar su físico ante la perspectiva de entablar una relación con Celia. No estaba en su ánimo empezar nada serio con una desconocida pero quería renovar su *stock* con chicas menos copetudas. No iba al golf desde el 15 de diciembre porque el juego se demoraba por los turistas y había colas para salir a los links. Extrañaba la paz y la tranquilidad del invierno.

De tarde le deseó lo mejor a Celia y, un poco en broma, le sugirió no exagerar con el champán en los brindis de fin de año.

- *Ich bring dir*, brindis en alemán, *yo te lo traigo* – le explicó.

Ella se admiró de las cosas que sabía Juli, y le mandó más fotos, algunas no muy actuales, tratando de imaginar el fin de año juntos.

El 31 de mañana Juli abrió la compu, bajó las vistas y ...*what a surprise!* Otras pics de Celia más hermosa que nunca. Le escribió que ardía en deseos de encontrarla personalmente.

Dos horas después se dio una zambullida en Chihuahua, pero el infierno de gente lo disuadió de quedarse hasta la tarde, y resolvió mudarse a la parada 23 de la Brava. A todos les parecía que se acababa el mundo, pero él se sentía feliz por no tener que aguantar el tráfico ni el mal humor de los apurados en Buenos Aires como si algo cambiara después del 31.

De noche fue a la inauguración del *building* de Vignoly y le relató a Celia que le habían parecido maravillosos los departamentos de más de mil metros cuadrados a 900.000 dólares el más barato. Juli no solía concurrir a esos eventos pero lo había invitado Polola Argüelles, una amiga de la familia que trabajaba en el *show-room*.

Celia le contestó el 1 de enero:

- Es difícil que me compre un depto de Vignoly sin tu ayuda jaja. Ayer tuve que laburar como una enana en lo de Cristina Pucciarelli colgando cosas porque la pobre no da pie con bola y dice que mi gusto es mejor que el de ella. Me vino bien hacer el curso de decoración de interiores en la universidad de Munro el año pasado. Suerte tener tus noticias, mi amor. Sabés que te quiero de corazón pero escuché que Chihuahua es nudista, y deseo que te desnudes sólo para mí. Ese lugar me cae mal. No te rías de lo posesiva que soy jaja. Nada me agradaría más que conocer la fecha de tu llegada.

A Juli lo apasionaba su relación con Celia aunque sólo fuera una fantasía cibernética. Por otra parte, no había regresado al departamento de Palermo desde hacía varios meses aunque pensaba hacerlo después de Navidad para cubrir las expensas y pagarle a la mucama que ya lo había llamado por teléfono. Le contó a Celia que habían entrado ladrones a una casa de Punta y que robaron 500.000 dólares. Forzaron una ventana y se llevaron una caja fuerte con brillantes, perlas, oro blanco, anillos, relojes Cartier, piezas de colección, plata en efectivo y una laptop. Lo sentía por Poroto Ezcurra, su gran amigo, el propietario. La policía andaba detrás de un Chevrolet pero aún no había detenidos. Los delincuentes conocían bien la casa. Poroto estaba en la Argentina y había colocado en vano un cartel de "Propiedad con alarma". Una mujer de la vida le prestó el auto a los ladrones y fue la entregadora. ¡Qué estarían haciendo los caseros que no oyeron nada! Jamás volvería a Chihuahua en el verano aunque la playa era agradable con una laguna simpática que desemboca en el mar. ¡Mucha gente conocida! Punta no queda tan lejos de BA, reconoció, pero había que manejar más de 500 kilómetros, por lo menos 6 a 7 horas. No era fácil pero estaba dispuesto a hacerlo para encontrarse con su amor cibernético del que sabía muy poco: en qué trabajaba, qué gente conocía, cómo era su casa, si tenía amigos. Detestaba los chismes y los comentarios. La gente lo llamaba *escondedor*. Pero allá ellos.

Celia suspiraba por su fantasía ciberética, le escribió. Había llegado el momento de hacer cambios radicales y de resolver su futuro. Haría un respiro espiritual para pensarlo mejor porque no le interesaba seguir en Jumbo y cobrar un sueldo que apenas le alcanzaba para el alquiler. Sería estupendo vivir con Juli en Palermo y comenzar una nueva vida.

- *Dear, dear!* - le contestó Juli unas horas después - *Surprise, surprise!* Mañana tipo 10 hs. parto camino de BA, y ahora veremos qué hay de cierto en esta fantasía cibernética *I hope*. Será como un retiro espiritual porque Moni se marchó sin aviso para visitar a la mami enferma en la estancia de Chascomús. Nunca te hablé de ella. La verdad es que ya no me importa porque sólo me interesás vos.

Celia estaba loca de contenta:

- Me encontré con la sorpresa. ¡Así que nos veremos pronto mm! Una siempre dudando de todo. Hoy me iré a descansar temprano. Te deseo un buen viaje sin piqueteros. No sé cómo está la cosa, pero por los puentes ni loco. Con el buquebús anda todo bien. Tendremos que enfrentar la realidad luego de esta etapa. En la PC luchamos contra la distancia y el tiempo, pero nos conocemos poco. Mi imaginario se alimenta con tu foto de cerca. Yo siempre lista para recibirte, haré buena letra hasta que llegues, mm. Tal vez me arregle un poco, nada más.

Juli se levantó a las 6 asombrado de madrugar sin el despertador. ¿Dios lo ayudaba a salir temprano? A las 10 le puso llave al equipaje y arrancó el BMW que había hecho preparar en el garaje la noche anterior.

Manejó todo el día y llegó a Palermo muerto de cansancio después de veinte horas de viaje y de luchar contra los piqueteros. No quiso molestar a Celia de noche ni presentarse con el aspecto deplorable que tenía cuando se miró al espejo en el hall. Durmió hasta las tres de la tarde, se bañó, se afeitó, y la llamó por el fono. Ella acudió amorosa media hora después, y él abrió la puerta de calle desde arriba.

Bien de madrugada Celia pasó como una exhalación frente al portero que limpiaba los bronceos y, más tarde, Juli prefirió mandarle un mail en lugar de llamarla al celular:

- Lamento lo de anoche pero creo que lo nuestro es un *love impossible*. Sentí que nos habíamos equivocado los dos cuando perdí mi fuerza natural. Le tengo miedo a los virus por mí y por Moni. Nunca tomo precauciones con ella y las cosas andan bien. Pensé que teníamos que cuidarnos en nuestro primer encuentro y me fastidió intentar una y otra vez hasta que, como seguramente recordás, abandoné por puntos en el décimo *round*. Regreso hoy a Punta porque la mamá de Moni ya se curó y ella volvió anoche para darme una sorpresa. Hasta cualquier momento.

Celia dejó pasar unos días:

- Ahora tenemos la oportunidad de hablar de todo. No me preocupa lo que sucedió porque ocurre cuando se recalienta la máquina. Espero volver a nuestras fantasías ciberéticas. Me corre un frío por el cuerpo al pensar en tus caricias y tus besos.

La respuesta de Juli no se hizo esperar:

- Estoy arrepentido y te pido perdón. Releí nuestros mails y descubrí la verdadera causa del fracaso: jamás podría compartir nada con alguien que dice *respiro espiritual* y *ciberético*. Te lo hice notar discretamente escribiendo bien las palabras. Habría muchas dificultades en nuestra relación, y preferí interrumpirla antes de comenzar.

Celia contestó dos horas después:

- ¿Qué quiere decir ciberético? No lo encontré en el diccionario.
- ¡Chau y hasta nunca!

Zulema al mediodía

Puedes olvidar a alguien con quien has reído
pero no a aquél con quien has llorado.

Yibran Jalil Yibran

Beto se despertó más temprano que de costumbre, tomó unos mates y no resistió la tentación de entrar al MSN y encontrarse con Susana, su amiga madrugadora:

- ¿Todo bien? - le preguntó anticipando la contestación.

- Sí ¿y por allá?

- Con ganas de chatear un poco. En otra época se lo contaba todo a Zulema, pero ahora...

- ¡Dale!

- ¡Ay Dios! Ayer fue un día difícil.

Le habían recortado horas, echaron veinte tipos a la calle, otros trabajarán medio día de lunes a jueves, suspendieron las tareas programadas y lo pusieron a estudiar cómo encontrar clientes.

- Es para preocuparse - reflexionó Susana -. ¡Pensar que yo quería cambiar mi Ford Sierra por un Audi cero kilómetros!

- Rescaté unos mangos prestados a los amigos y compré dólares.

- ¿Recuperaste toda la plata?

- No. Ismael, un chico de Junín de treinta años y dos metros de facha fue el único que falló. Es un tiro al aire. Un día entré a su chat sin darme a conocer.

- ¡Qué mal!

- La gente no sabe a cuánto se expone escribiendo cosas íntimas en Internet - sentenció -. Es como si las publicaras en los diarios. Con un poco de cancha cualquiera entra a tu MSN. Me enteré de que Ismael sale con Blanca.

- ¿La conocés? - preguntó Susana.

- Sí. Me interesan sus vinculaciones aunque lo otro también. Somos parecidos, los dos de Piscis. Hace tiempo la visité con Eugenia en Junín, camino de Buenos Aires, ¡y usamos la cama donde durmió Perón!

- ¿Perón ya no estaba? - preguntó Susana.

- No. Había salido a tomar un trago, eh...

- ¿Te acostaste con Eugenia en la cama de Perón?

- Así es.

- ¡Qué caradura!

- Eugenia se sentía feliz de compartir algo con el General.

- ¿Sos fiel?

- Sí, pero no por imposición.

- Si conquistás a Blanca la vas a perder como cliente. Los ricos y poderosos no son boludos.

- ¡Ya lo creo!

- Tu vida va a cambiar si le ganás la batalla al lindo.

- No va a ser fácil. Conozco varias mayorcitas de buena onda, triunfadoras y sin rollos, pero hay situaciones tenebrosas en mi vida de soltero: corté con mi noviecita de veinticinco aunque continuamos amigos. Ella esperaba, ¡pobre!

- Quería tener hijos.

- No me interesan.

- ¡Pero tu mamá exige nietos!
- Es tradicionalista y ya "estoy en edad". No duda de mí aunque la preocupa que sea tan solitario. Trata de ser discreta pero las reuniones familiares no son las mismas. Mis hermanos van con sus parejas y sus proyectos. Piensan que soy un rebelde sin causa.
- Hasta los cuarenta tratarán de que no sigas soltero. Después los vínculos familiares se relajan y te dejarán en paz.
- ¡Espero que no pase tan rápido esta década! Las mayorcitas me enriquecen en experiencia, en conocimiento de la gente, en contactos.
- Te gusta lo que te gusta y tenés el privilegio de vivir como querés.
- Veo a mis amigos con sus rutinas monótonas y no me da ganas de copiarlos. No hay vuelta atrás.
- Sí hay vuelta atrás, ¿pero tiene sentido?
- Hay que patear pa delante. No puedo ir contra mi cerebro. A veces quiero publicarlo en los diarios para que no me rompan las bolas pero después entro en razón.
- ¿Publicar que sos gerontófilo?
- ¿Qué quiere decir gerontófilo, ante todo?
- Que te cautivan los viejos. ¡En tu caso, las viejas! Pero tenés que agregar qué tipo de gerontófilo sos, si preferís las muy viejas, las medio viejas, la no tan viejas, las altas, las bajas, las gordas, las flacas, las... La variedad no tiene límites.
- ¡Qué problema!
- ¡Contáme qué pasó cuando descubriste que sólo te gustan las maduras!
- Siempre me atraieron aunque algunas no le hacen honor a la palabra.
- Hay muchas viejas inmaduras. No es un cumplido.

- Mi interés apareció poco a poco como la fantasía de un chiflado hasta que descubrí que la cosa iba en serio.
- Al tiempo comenzaste a salir con Eugenia ¿no? ¿Se llevan bien?
- Maso.
- ¿Porqué maso?
- Sólo tiene cincuenta, un poco joven para mí, pero no quiere comprometerse. La veré el martes para aclarar algunos puntos.
- ¿Comprometerse en el sentido de convivir? ¿Estás enamorado?
- Pretendo que sea en serio y que de vez en cuando me susurre algo lindo al oído. Creo que le pesa la relación. Se lo pregunté y lo negó.
- ¿Vivirían juntos?
- Eugenia no quiere. Dice que es demasiado pronto.
- ¿Cómo se conocieron?
- Nos presentó Zulema, el gran amor de mi vida.
- ¿Otro gran amor? No dejás títere con cabeza.
- Lo de Zulema fue distinto. Entonces yo tenía veinte años y ella cincuenta y cinco. Era mi profesora de historia en la secundaria. Un día fui a buscar un libro a su casa, pasó lo que tenía que pasar y nos enamoramos.
- Te violó. Eras menor y podías denunciarla.
- En todo caso yo fui quien la violó. Sentí que mis veinte años todos juntos tenían necesidad de poseerla, y ella no se resistió. Después charlamos varias horas y volví a mi casa lleno de ilusiones y proyectos.
- ¡Un chiquilín!
- Un chiquilín convertido en hombre por ella. ¡Éramos muy felices!

- ¿La familia sospechaba?
- No creo. Tenía dos hijos casados que vivían en otro barrio.
- ¿Y el marido?
- No le importaba. Hacía mucho que sólo compartían la casa.
- ¿Vos y ella estuvieron juntos como diez años, no?
- Ocho maravillosos años hasta que se enfermó y las cosas cambiaron. Zulema ya tenía sesenta y algo más, y la acompañé hasta el final.
- ¿Hasta el final?
- Era todo para mí. La extraño terriblemente.
- ¿El apellido de Zulema empezaba con H?
- ¡Me caigo y me levanto! No lo puedo creer. ¡Vos la conocías!
- Sólo de nombre. ¿Supiste algo de aquel marinero?
- Es sereno de un hotel en Usuhaia. Siempre tuve celos. Zulema lo quería mucho y la cuidó cuando me fui dos meses a Caleta Olivia para auditar a una petrolera. Yo la admiraba por su cultura impresionante. Me encantaba estar a su lado y hablar horas y horas. Fueron las charlas más lindas de mi vida.
- El marinero me contó tu devoción por ella. Me enterneció y tuve ganas de conocerte.
- ¡La quería más que a mamá! El 25 se cumplieron dos años del fallecimiento.
- ¿Nunca hablás con la familia?
- Pensé llamarlos para las fiestas pero tuve miedo.
- ¿El marido es chiflado o se hace el sonso?
- No creo que le pasara por la cabeza que Zulema y yo...
- Me gustaría ser Zulema resucitada.
- ¡Qué cabeza la tuya! No quiero hacer comparaciones.

- ¡Tenéme en cuenta si se te hace un lugarcito!
- Estás en la lista.
- Gracias.
- Trataba de entretenerla cuando la visitaba ya en las últimas, pero me iba del sanatorio con la sensación de que yo era quien necesitaba distraerse. Me pareció una actitud egoísta.
- ¿Distraerla?
- La animaba leyéndole libros y poniendo música clásica que la fascinaba. Nos mirábamos a los ojos sintiendo cosas inconcebibles.
- ¿La acariciabas?
- Claro. Nunca había tenido antes una relación sexual con lágrimas. Fue un lazo indeleble, una felicidad única, un placer infinito.
- ¿Orgasmo con llanto?
- Muchas veces llorábamos a gritos. Siempre quiso que yo fuera feliz y luchó por eso.
- Me hiciste lagrimear.
- Tengo que aceptar que las mujeres que quiero se mueran antes que yo, pero no aflojo y siento profundamente cada relación.
- ¿Te abusabas de Zulema, le robabas algo porque lo hacías por vos y no por ella?
- Siempre traté de que disfrutáramos los dos.
- ¿Sabía que su enfermedad era incurable?
- Creo que sí pero hablábamos de vivir juntos para siempre. Me aterraba serle infiel porque se estaba muriendo. Ella quería que yo siguiera con Eugenia cuando...
- ¡Qué nobleza!

- Siempre me hacía regalos, yo los rechazaba y ella se reía. Guardo una frazada que me trajo una vez de Calamuchita. También me compró un traje cuando la acompañé al Colón.

- ¿Quería pagarte los servicios prestados?

- No seas mala. Estábamos enamorados. Siempre valoró el esfuerzo que yo hacía por ganarme la vida, por afianzarme, por aprender más.

- Te vio crecer y fue feliz con tus logros. Era una parte de ellos.

- Aprendí a agradecer cuando me dan algo sin decir NO NO. Ahora acepto lo que venga... ¡Así que ya sabés!

- ¿Lo que venga?

- ¡Cosas materiales, claro!

- Todos tenemos un precio. Lo que vale es el mensaje detrás del regalo.

- Si querés darme ese Ford Sierra que vas a tirar ¡todo bien!

- ¡Te lo doy a cambio de una ayudita para comprarme el Audi!

- ¡Qué tentador!

Volvieron al chat después de cenar:

- Conservo algunos obsequios de Zulema como si fueran una parte de su cuerpo o de su alma sobre todo cuando intuí que eran una despedida. ¿Te conté cuál fue su último regalo?

- No.

- El marido y los hijos habían ido a pasar el domingo con los nietos y nos dejaron solos. A las doce del mediodía le di la sopita y el puré de papas chirle del sanatorio, ella una cucharada y yo otra para alentarla porque estaba inapetente. A veces se nos escapaba una caricia o un besito.

- ¡Qué romántico!
- De pronto me dijo que sentía frío y me pidió que cerrara la puerta con llave.
- ¡Epa!
- Lo hice y me acosté con ella para abrirla. Pidió que me desnudara y que le sacara el camisón. Me dio miedo cuando empezamos a abrazarnos y acariciarnos como locos. Entonces la penetré y lloramos los dos a lágrima viva en el orgasmo. Quedamos exhaustos, agotados, felices con nuestro amor, pero de pronto suspiró, giró los ojos y dejó de respirar. Le forcé mi aliento en la boca frenéticamente tratando de mantenerla viva. Fue inútil.
- ¡Te regaló su último orgasmo!
- No sabía qué hacer. Salté de la cama, me vestí a los piques, abrí la puerta y llamé a gritos a la enfermera.
- No me cuentes más.

Para Z *in memoriam*.

Juan Estévez

Soapy confiaba en sí mismo
desde el botón más bajo de su chaleco
hacia arriba.

O. Henry.

Conocí a Tristán Ramírez la noche en que Florencia fue a jugar al bridge con sus amigas, y yo me calé el saco negro de rigor para ensayar con el coro de Santo Domingo.

Antes de volver a casa hice la parada de costumbre para tomar café y escuchar tangos en el Tortoni pero lo encontré repleto de turistas que habían emprendido el camino de Buenos Aires aprovechando las rebajas del *default*.

- Soy de Dominicana – me dijo Tristán sentado a una mesa – y en mi país tenemos por costumbre invitar si no hay más sitio. Espero que no se incomode.

- Todo lo contrario. ¡Muchas gracias!

- ¡Qué parecido asombroso! – agregó.

- ¿A quién?

- A Juan Estévez, mi amigo de tantos años.

- Con ese apellido, no me extraña que tengamos un abuelo común - traté de interpretar su perplejidad -. Acá dicen que todos los *gallegos* somos iguales. ¡Soy Eugenio López Asensio, mucho gusto!

- ¡Encantado!

- ¡Los porteños llamamos gallegos a todos los españoles!

Tristán había comprado varias toneladas de mercaderías, según me dijo, las depositó en su habitación del hotel, y el conserje le sugirió que rematara la noche escuchando tangos.

- Todo es tan barato que da ganas de adquirir cuanto mercancía se pone al alcance de los ojos...

- ...y de las manos – completé la frase -. Pero no crea que siempre fue así. El país dejó de pagar sus deudas, la moneda local se devaluó, los argentinos apostamos al dólar y los bancos cerraron para evitar una corrida.

- Ahora las cosas andan mal para los pobres - acotó Tristán tratando de comprender la situación.

- La clase media golpea ollas en los barrios, y los piqueteros cortan rutas y toman bancos y ministerios. Son víctimas de los políticos fraudulentos, dicen, y piden a gritos que se vayan todos.

- Leí que la gente saquea mercados, trenes y camiones mientras que los legisladores, los jueces y los directores de las grandes compañías se asignan sueldos extravagantes.

Le pedí al mozo un cortado y seguimos charlando mientras Tristán engullía un tostado de jamón y queso con un chopp de cerveza Quilmes bien *tirada*.

- Antes pagábamos las deudas devaluando la moneda, vendiendo las empresas del estado o con inversiones extranjeras – comenté -. Ahora se terminó el crédito.

- Debían mucho y seguían gastando. Por eso nadie les presta plata. Yo tampoco lo haría. Producir deja de ser competitivo cuando aumentan los costos y no se puede exportar. El FMI desembolsó 1.200 millones y se comprometió con otros 5.000

millones de dólares. No lo hacen por filantropía sino porque muchos estadounidenses tienen intereses en la Argentina y dejarían de cobrar.

Pancho Cutulli terminó de tocar los últimos acordes de *Adiós nonino*, Tristán apuró su chopp, pidió uno más, y le hice señas al mozo para que me trajera otro cortado:

- ¡Muy chévere este Buenos Aires! - dijo Ramírez.
- Una ciudad macanuda. ¡La mejor del mundo, a pesar de todo!
- Me cuentan que los argentinos son llorones, como el tango.

Seguimos charlando hasta que el mozo nos pasó la cuenta cuando estaban por cerrar. Pagó sin escuchar mis protestas y le propuse acompañarlo a su hotel en la Avenida de Mayo poco menos que desierta a esa hora.

- Con mucho gusto. No me agrada caminar solo de noche en una ciudad que no conozco.

- Buenos Aires es muy segura – afirmé - aunque en estos tiempos nunca se sabe...

- ¡Cómo se parece usted a Juan Estévez! ¡Hubiera jurado que son hermanos! - insistió con el *amigo de tantos años*.

- ¿Ajá?

- Conocí a Juan una tarde de agosto paseando por la costanera de Puerto Ángel, en Dominicana.

- ¿Puerto Ángel?

- Sí, una playa hermosa de arena blanca y suave no lejos de un aeropuerto internacional.

- ¡Ni de nombre!

- El viento había soplado todo el día, y se veía poca gente en la costa. Algunos saltaban sobre el asfalto para alcanzar la arena y dar unas brazadas en el mar azul verdoso de aguas transparentes.

- Lamento que Buenos Aires no tenga playa, como en otros tiempos. ¡Qué chapuzones aquellos! La arena era arcillosa pero nos divertíamos como locos junto al espigón. La reserva ecológica empujó la costa río adentro.

- ¡Si no conoce Puerto Ángel hágase un viajecito que vale la pena!

- ¡Algún día será!

- Le sigo contando. Los negocios junto al malecón siempre hormigean con turistas y público del lugar, pero a esa hora estaban desiertos y sus dueños dormitaban bajo los cocoteros. Algunos se aireaban con un ventilador. Otros con abanicos de cáñamo o doblando una página del *Diario de Santo Domingo*.

- La humedad me mata - comenté.

- Más tarde sopló una brisa fresca del norte, ondularon las palmeras de la orilla y, como por encanto, aparecieron centenares de angelinos para refrescarse y danzar al compás de la música tropical de los parlantes.

- ¡Qué lindo, pero para mí no hay nada mejor que el tango!

- La sed me devoraba el alma, me acerqué a un bar y pedí un ron- tonic, y después otro. Es la única bebida que me refresca en verano, ¿sabe?

- Me bastan un par de mates para sentirme bien. En eso salí a mi abuela Asensio que se bajaba dos pavas de agua por día.

- ¡Ah sí, su abuela Asensio!...

- ¡Una gran mujer!

- Me entusiasmó la algarabía del lugar, me puse a bailar como un chiquillo hasta caer rendido en la arena y dormí un par de horas a pesar del bochinche.

- Yo no puedo conciliar el sueño cuando hay ruido.

- Mm. Cuando me desperté quedaban pocos angelinos en el malecón, más interesados en las vidrieras que en el reflejo de la luna sobre las olas.

- Jamás voy a ver la luna a la costanera. En invierno porque hace frío, y en verano porque los mosquitos me matan.

- Entonces apareció Juan mirándome de reojo junto a un negocio de abalorios.

- ¿Juan? ¿Quién es Juan? - pregunté despreocupado.

- Juan Estévez. Usted no me escucha - protestó.

- ¿Cómo no lo voy a escuchar? Siga, siga.

- ¿Nos conocimos en alguna parte? me preguntó distraídamente.

“- No sé. Quizá nos vimos alguna vez.

“- ¡Qué calor! – se lamentó tratando de iniciar un diálogo.

“- ¿Calor? ¡Como siempre! – respondí.

"- No me quejo – comentó él -. Tengo buena salud y me doy algunos gustos: de cuando en cuando tomo vacaciones, y tengo aire acondicionado en mi apartamento.

"- Me conformo con un ventilador – respondí.

"- Te invito a charlar al fresco – sugirió entonces Juan."

- Subimos los seis tramos de la escalera hasta los Altos del Malecón. El apartamento tenía cuatro dormitorios, dos baños completos, un balcón frente al mar, muebles importados de Europa y alfombras orientales.

- Un ricachón – comenté yo, pero Ramírez continuó como si no lo hubiera interrumpido:

- Había heredado una fortuna. Conectó el aire acondicionado y continuamos platicando hasta que me dijo que no iría a trabajar al día siguiente porque la compañía estaba de balance. Propuso entonces que me quedara a dormir y así comenzó una relación de diez años. Renuncié a mi empleo, viajábamos de vacaciones a Europa, pasábamos los fines de semana en la playa y visitábamos a la madre de Juan en La Pinta, a pocos kilómetros de la ciudad. Fue una amistad profunda, intensa, leal, que terminó cuando mi amigo se enfermó de SIDA y murió unos meses después en el Hospital de la Costa. Ahora vivo en el apartamento de Juan con aire acondicionado.

Habíamos llegado a la puerta del hotel y Tristán sugirió que subiéramos a su habitación para seguir charlando.

- Muchas gracias – le dije -. Ya es tarde y Florencia me espera.

- ¿Florencia? – preguntó intrigado.

- Sí, Florencia, mi esposa.

- ¡Media horita nomás para platicar al fresco!

- Usted no conoce a mi mujer. Se pone difícil cuando llego tarde. Mejor un cortado en el restaurante del hotel.

Tristán se dirigió al conserje que dormitaba en la recepción:

- ¿Dónde podemos tomar café?

- Lo siento, el comedor cierra a las once. Pero se lo llevo a su habitación si quiere.

- Gracias, mándeme dos cortados.

- Bueno, lo acompaño diez minutos nomás - acepté -. Mañana es feriado y no voy a trabajar.

Tristán pidió las llaves del cuarto y abrió las puertas del ascensor. Yo lo seguí mientras una gota de sudor frío se abría paso desde el cuello hasta la cintura en medio de la espalda. Debo haber hecho un gesto de fastidio porque Tristán me preguntó:

- ¿Se siente bien?

- ¡Claro! – vacilé - ¡Sólo que hace un poco de calor!

Cerró ambas puertas, apretó sin éxito el botón del sexto piso y salió indignado en busca del conserje que se acercó atraído por el bochinche.

- ¡Este cabrón no anda! – le espetó de mal modo - ¿Puede hacer algo?

El hombre probó el elevador y explicó sin inmutarse:

- Lo siento, no funciona.

- ¡Mire qué novedad!

- Nunca se descompone pero hoy estuvo baja la tensión y se debe haber quemado el motor.

- ¡Qué desgracia! – exclamé listo para aprovechar el incidente y hacerme humo.

- ¿Se anima? – me preguntó Tristán señalando la escalera -. Son sólo seis pisos.

- ¡No hace falta subir corriendo! – aportó el conserje.

- ¿Me acompaña? – insistió Tristán.

- Mm – susurré antes de aceptar.

Iniciamos el repecho, escalón por escalón. Al llegar al segundo piso nos libramos de los sacos, en el tercero desabrochamos más botones de las camisas y nos sentamos a descansar en la escalera. En el quinto sentí que el corazón estaba apunto de estallar pero en el sexto me aguardaba lo peor: Tristán se detuvo de pronto y me dijo:

- ¡No lo puedo creer! ¿Fueron seis pisos, no?

- Parece que sí.

- ¡Exactamente los que subimos con Juan Estévez en los Altos del Malecón!

- Mier... – me contuve.

- ¿Usted cree en el destino? – me preguntó Tristán.

- No – lo paré en seco -. Dudo de que el conserje suba por la escalera a traernos café.

- No se preocupe. No será café pero tengo bebidas y hielo en el frigobar.

La gota de sudor había llegado a destino mientras varias más se deslizaban en la misma dirección.

Tristán abrió la puerta del cuarto, prendió la luz e hizo andar el aire acondicionado mientras nos sacábamos las camisas y yo me tiraba en un sillón. Acto seguido abrió el frigobar, destapó una botella de ron, llenó hasta la mitad dos vasos altos, colocó hielo hasta el tope y completó los tragos con agua tónica.

- ¡Ron- tonic! – exclamó triunfante Tristán Ramírez ofreciéndome uno de los vasos - ¡Nada mejor para calmar la sed!

- ¡Gracias! – murmuré.

- A la *salú* y por el encuentro! – brindó antes de beberse la mitad del vaso.

Le respondí con un tímido *salú* mientras él se sacaba los pantalones y se acostaba a lo ancho en la cama de dos plazas donde la corriente de aire agitaba el cobertor.

Me invitó a ponerme cómodo mientras disfrutábamos el trago, y a quitarme la ropa si quería. Me negué, preguntó si le tenía miedo, y respondí con un tímido *no* sin resignarme a decir la verdad.

Se levantó entonces de la cama y, de pronto, sonó el timbre del teléfono. Tristán no se apresuró a atender:

- Dice el conserje que una mujer pregunta por nosotros en el hall.

- ¿Una mujer? – le pregunté arrebatándole el aparato.

- ¡Hola! ¿Florescia? - me cercioré cuando escuché su voz - ¿Querida, cómo me encontraste?

- Me dijiste que ibas al Tortoni, ¿no?

- Sí, claro.

- Se me ocurrió darte una sorpresa cuando terminó la reunión de bridge. Estaban cerrando, le conté a un mozo cómo eras y que llevabas un saco negro. Le pareció haberte visto y escuchó que ibas a acompañar a un señor extranjero hasta un hotel en la Avenida.

- ¡Estos mozos no se pierden una palabra de los clientes!

- Volví al auto y vine a buscarte al único hotel decente de la Avenida de Mayo. Me tiré un lance y la pegué.

Las explicaciones de Florescia me tranquilizaron y le pedí que subiera a la habitación. Me contestó que eran muchos pisos y le propuse encontrarnos en el hall.

Aceptó, me puse la camisa y el saco negro, y saludé a Tristán desde la puerta del cuarto:

- ¡Buenas noches!

-¡Que le vaya bien!

Florescia me recibió sonriente y subimos de buen humor al Chevrolet estacionado en la puerta.

No me hizo preguntas y mencionó algo trivial sobre la partida de bridge. Parecía no estar interesada en los detalles de mi encuentro con Tristán. Yo tampoco tenía ganas de contarle.

Pasaban los días, y las cosas no se terminaban de aclarar: no creí una sola palabra de la historia de Ramírez ni me convencieron sus aires de turista ingenuo y preguntón.

Creo que le recordé a alguien que él conocía, pero había inventado lo demás: Juan Estévez, la playa, el calor, el aire acondicionado, el SIDA...

¿Qué se proponía ese tipo cuando empezó hablándome de economía como un genio de las finanzas y terminó contando una novela rosa porno gay?

¿Me habría invitado a su cuarto para...?

Florencia siguió sin mencionar el suceso, pero días después murmuró entre dientes mientras traía a los chicos de la escuela:

- ¡...Entrar en confianza con un desconocido!

Terminé dándole la razón, como siempre.

El Jefe

Si hay luz en el alma, habrá belleza en la persona.
Si hay belleza en la persona, habrá armonía en la casa.
Si hay armonía en la casa, habrá orden en la nación.
Si hay orden en la nación, habrá paz en el mundo.
Proverbio chino.

Era peligroso andar de noche entre los ranchos de Villa Aparecida hasta que Malbrán, un vagabundo que llegó a ser guardaespaldas del gobernador, se impuso en las elecciones como candidato del Partido y consiguió que instalaran luz eléctrica, gas y cloacas aunque la basura siguió acumulándose en los baldíos.

Una Nochebuena el cura Profumo encontró a un mocoso que alguien había dejado junto a la puerta de la parroquia de Santa Indigencia.

El cura escuchó el llanto del pibe muerto de frío y lo acostó junto a la estufa de la sacristía, pero sintió asco al meterlo en la bañera para sacarle la mugre de quién sabe cuanto tiempo.

Al día siguiente decidió entregárselo a algún rico del pueblo para que lo protegiera y educara, y lo bautizó como Braulio en honor del santo que aborrecía el lujo y la vanidad, y donaba a los pobres y a los ignorantes las limosnas que recibía.

El Domingo de Gloria se acercó al Jefe después de misa y le propuso que se hiciera cargo del chico:

- Nadie mejor que usted para cuidarlo. Todos saben que es un hombre de bien y que le gusta ayudar a los necesitados. Dios se lo va a pagar.

El hombre aceptó a regañadientes pero se lo regaló a las mujeres de la *familia*.

Los abuelos del Jefe habían emprendido el camino de Buenos Aires desde el sur de Italia antes de establecerse en Villa Aparecida. Los comienzos fueron difíciles pero no

perdieron el contacto con la Madre Patria, viajaban todos los años para mantenerse unidos, y aprendieron a hablar en argentino aunque preferían usar el siciliano con los hijos.

El Jefe heredó el talento de la parentela, era el más fuerte y lo respetaban como amo indiscutido. Casó a las tres hermanas con miembros de otras tantas *familias* que le guardaban consideración y se instaló en una casa señorial en el centro de Dolores desde donde ejercía su poder y se ensañaba con los enemigos.

En poco tiempo simpatizó con Braulio, le obsequiaba caramelos y chokolatines y le permitía jugar en el patio cerca de la puerta principal hasta que se cansaba de oír los gritos.

El pibe pronto demostró sus cualidades y se hizo amigo de los otros chiquilines que lo admiraban por su destreza para manejar la honda cuando cazaba pajaritos en el bosque.

A los diez años lo autorizaron a comer pasta los domingos en la mesa grande, y aprendió a usar los cuchillos y los facones que abundaban en la casa. A los diez y ocho ganó los concursos de tiro al blanco con rifles y pistolas en la fiesta patronal, y cuando cumplió veinte, el Jefe le ordenó que se casara con Asunta, la hija de uno de los acólitos, porque sabía que era virgen.

Braulio pronto fue el preferido, se sentaba a su lado durante las reuniones privadas de la *familia* y poco a poco le enseñó a planear con minuciosidad los operativos, a usar siempre las armas apropiadas y a hacer los trabajos chicos como si fueran grandes para planear los grandes como si fueran chicos.

Aunque vivía rodeado de una corte de aduladores y le costaba mantener los afectos, el Jefe captaba todo lo que sucedía alrededor, percibía las más ocultas

intenciones, exigía obediencia y subordinación y no le importaba despertar antipatía cuando mostraba sus preferencias.

Por otra parte, le resultaba imposible tener en cuenta a todos los agradecidos. ¡Eran tantos! Pero si alguien osaba acercarse demasiado, lo empujaba decididamente fuera de su entorno.

Llegó a ser el hombre más rico de la ciudad, y su fama y poderío aumentaron con los años, pero no quería que lo reconocieran en público y una vez le ordenó a Braulio que asesinara a un fotógrafo porque publicó su imagen en los diarios de Dolores.

Tenía amigos en el gobierno y en la policía, y obligaba a colgar del techo la foto del enemigo de turno para que lo insultaran cada vez que chocaban con ella en su camino.

Recibía coimas de los servicios públicos de varias ciudades de la Provincia. Cuando el país entró en la economía de mercado se convirtió en un enemigo temible en las licitaciones, no había político que se atreviera a combatirlo y no ponía reparos en untar a nadie por más honrado que pareciera.

Pasaron los años, hacía buenos negocios y llegó a ser el dueño indiscutible de Dolores. Sin embargo, para que no lo encarcelaran como a Salvatore Riina en Italia, decidió jubilarse después de liquidar a varios policías y jueces peligrosos.

A los ochenta años conservaba la piel morena, los ojos chispeantes, la nariz aguileña, los labios finos, la frente amplia y el cabello renegrido.

En su retiro continuó rodeado por un grupo escogido de acólitos hasta que Braulio lo encontró durmiendo con Asunta una noche que salió a festejar el cumpleaños de un amigo.

Volvió de madrugada, escuchó un ruido sospechoso en el cuarto del Jefe, entró por la puerta entornada para averiguar lo que pasaba, prendió la luz y, loco de furia, sacó

de la cintura el facón verijero que usó para comer el asado, y ahí nomás los degolló a los dos.

Lo metieron por vida en la prisión de Sierra Chica, cerca de Olavarría.

La *familia* se dispersó luego de la muerte del Jefe.

Benito y Blas

... Cristo no había venido por los justos, sino por los pecadores... quería a los justos, habitaba las buenas conciencias, pertenecía a los hombres de bien, a la gente decente, a las buenas reputaciones. ¡Que cargara el diablo con los humildes, con los pecadores, con los abandonados, con los rebeldes, con los miserables, con todos los que quedaban al margen del orden aceptado!

Carlos Fuentes.

Benito y Blas asistieron un par de años a la escuela de Santa Indigencia donde aprendieron a rezar y hacer cuentas.

Pasó el tiempo y, a los quince, mendigaban por las calles pidiendo limosna para los amigos presos aunque usaban el dinero para comprar paco.

Un día tropezaron con el cura Profumo en la plaza de Dolores. Él los reconoció y los oyó cantar una cumbia sobre los negros que vagan por las villas esperando el momento de robar y escaparse de la policía.

- ¡No me van a decir que ser delincuente es algo natural!

- ¿Quién piensa eso? – preguntó tímidamente Jacinta cuando el cura se los entregó para que los cuidara.

- Escuchalos y te vas a enterar.

- Los ricos meten presos a los pobres. Se los sacan de encima para que otros pobres se ocupen de ellos - opinó Jacinta.

- ¡Qué me contás!

- Los muertos de hambre inventaron la cumbia villera para entretener a los pudientes y que no los jodan – se desahogó la mujer.

- No me parece cuerdo ni inteligente lo que decís.

- Mire bien y verá que es así - insistió haciendo como que pensaba -. De cualquier manera voy a tratar de que estos chicos vayan a la escuela.

- Si no, te los quito - le advirtió el cura enfurecido.

- Me hacen falta, padre. Féretro es un haragán, un borracho, y ellos me pueden ayudar.

- Bueno, pero no quiero que anden por la calle pidiendo limosna - le advirtió.

Parecían gemelos, dormían en un camastro del altillo y se entretenían midiendo sus tamaños, apostando a salpicar lejos o jugueteando en silencio para no fastidiar a los mayores.

Esa noche Blas empezó a cantar bajo la ducha mientras se despegaba la mugre del baldío donde iban a juntar botellas:

- ... *si el yuta viene cruzado nos patea las costillas...*

- ...*borracho soy, no importa lo que digan....*- cantó Benito retorciendo en un tacho la ropa que acababa de enjuagar.

- ... *ocho loco nos juntamo y a la birra le pegamo...* - seguía Blas bajo la ducha con una voz que despertaba a los muertos.

Jacinta aguantó todo lo que pudo pero finalmente cerró la llave del gas, y el agua se enfrió de golpe.

Blas se apartó tiritando y Benito le alcanzó una toalla para secarse:

- ¡Vieja cretina! ¡Lo hizo a propósito!

Salieron dispuestos a liquidarla:

- ¡Hija de perra! ¡Piojosa, pelo de alambre! - le gritaron.

- ¡Gastan mucho gas! Las monedas que trae Féretro no alcanzan para pagar la cuenta - se quejó Jacinta -. ¡A ver si se ponen grandes de una vez y juntan unos pesos!

- ¡Yo la mato! - dijo Blas, en voz baja.

- ¡No, ahora no! - terció Benito.

Se metieron en el camastro del altillo muertos de frío y apagaron la luz mientras Jacinta seguía protestando.

- ¡Callate la boca, perra! - se quejó Blas.

- ¡Déjense de molestar! – gruñó Féretro.

- ¡Cerrá la jaula vos también, gordo vaca! ¡Orejudo!

Se durmieron abrazados para entrar en calor. Se despertaron una hora después y bajaron las escaleras.

Jacinta intentó defenderse pero Benito le metió la cabeza en la bolsa de plástico del mercado y la ató con fuerza en el cuello mientras la violaba.

Blas lo ahorcó a Féretro con la soga de colgar la ropa, e intentó sin éxito ser tan feroz como el hermano.

- ¡No pensé que esto también servía para matar! – exclamó mientras se limpiaba el arma.

Tendieron una frazada cerca de los cadáveres y durmieron hasta la aurora ostentosamente, como Billy the Kid junto al mejicano en un libro que les regaló Profumo.

Cuando despuntó el alba los arrojaron a un basural, rociaron los cuerpos con querosén, les prendieron fuego y enterraron las cenizas.

Nadie se enteró jamás.

Quintino

El "camino de Buenos Aires", del que hablaba Albert Londres, hacía estremecer a las madres europeas, que les decían a sus hijas: "Si sigues así terminarás en Buenos Aires".

Alicia Dujovne Ortiz.

El cura Profumo se detuvo en el rancho de Villa Aparecida para saber si Jacinta y Féretro habían cumplido su promesa de mandar a la escuela a Benito y a Blas, pero se encontró con otra gente.

- ¿Y los de antes?

- ¿Quiénes? - le preguntaron.

- Los que vivían aquí.

- Siempre estuvimos nosotros. Papá construyó la casa cuando lo echaron del centro.

- ¡Mienten! - gritó Profumo, volvió al Ford, lo estacionó en la carretera para no salpicarlo con barro y siguió preguntando a pie.

Nadie los había visto jamás, pero el cura no cejó en su esfuerzo y golpeó las manos en otro lado:

- ¿Qué hace por acá? - le preguntó un hombre flaco y macilento que dijo llamarse Quintino y le contó que vivía con cuatro hermanas.

Profumo le explicó el propósito de su visita.

- Esta vez acertó, padre – se sonrió Quintino mostrando sus dientes ennegrecidos mientras le ofrecía un banco para sentarse y cerraba con llave la puerta -. Soy el único que le puede hablar de Féretro en este barrio. De chico pasaba horas con él en un rancho aquí cerca. La gente lo odiaba y las malas lenguas habían echado a correr rumores. Le

aseguro que era un buen tipo. Traté de encontrarlo cuando volví al país después de muchos años, pero se esfumó misteriosamente.

- Tengo que localizarlo a él y a Jacinta, su mujer - lo interrumpió Profumo.

- La villa está llena de Féretros y perdí la esperanza de volverlo a ver.

- No exagere don... Si no salió en los diarios es porque anda en alguna parte.

- Antes respetaban a los viejos – comentó Quintino -, pero hoy no valemos nada. Lo habrán metido en un geriátrico o estará internado en el manicomio. Los jóvenes tienen la batuta y nos desprecian.

- ¿Usted dijo que se llama Quintino, verdad?

- Sí, fui el quinto hijo después de cuatro mujeres.

- Linda familia.

- Hace mucho mis hermanas se afiliaron y llegaron a ser diputadas y senadoras en la Provincia. Viven de las glorias pasadas y me mantienen porque no estorbo y hago las compras en el mercado.

- ¡Los ancianos elegían a los reyes en Roma! – intentó congraciarse Profumo.

- Jamás se equivocaban pero hoy los jóvenes tienen la sartén por el mango, solo piensan en pasarla bien sin trabajar y en hacer el amor.

Quintino había llegado al mundo poco antes de que el padre perdiera su vigor juvenil. “Vos tenés la culpa” - lo acusaba -. “Desde que naciste nunca más pude tener una hembra”.

- ¡Lo siento pero me aguardan en la iglesia! – exclamó entonces el cura alarmado por el cariz que tomaba el diálogo.

- Escúcheme por favor. ¡Hace días que no hablo con nadie! - le imploró Quintino.

- Mm... - murmuró el sacerdote.

- Tenía quince años cuando me aconsejaron ingresar a la escuela militar para hacerme hombre. Aprendí a manejar tanques y carros de asalto aunque seguía jugando con muñecas a escondidas. A los veinte me recibí con las mejores notas. Los compañeros de curso me envidiaban pero no hablaban conmigo ni me invitaron al baile de egresados.

- ¡Canallas! - exclamó Profumo intentando abrir la puerta.

Quintino lo hizo sentar a la fuerza y siguió contando que, a los veinticinco, su compañero de pieza lo sorprendió con bombachas negras, moviéndose frente al espejo al compás de un tema de *Cabaret* cantado por Liza Minelli.

Lo denunció al capitán, le hicieron un sumario, pero el militar prefirió actuar con discreción para no involucrarse. No lo sancionó y, en cambio, lo puso a cargo del área de comunicaciones en el regimiento de Iguazú.

Hizo méritos y, a los treinta, entró a la división de informaciones del ejército.

A los treinta y cinco, pasó a trabajar en los Servicios de Inteligencia. Viajó por la Argentina, Europa y Estados Unidos, consiguió informaciones preciosas para todos los contendientes de la Guerra Fría y ganó miles de dólares con el contrabando de armas.

Era el espía más solicitado por los países en guerra aunque, por otra parte, algunos ofrecían fortunas por su cabeza. Recorrió el mundo cubierto de gloria y lo condecoraron varias veces por servicios distinguidos.

A los cuarenta, en Brazzaville, se le ocurrió exhibir la cola desnuda en la ventana del hotel.

Nunca había gozado tanto.

Repetía la hazaña en todas las ciudades que visitaba hasta que lo denunciaron en Moscú. La policía examinó sus pertenencias y encontró artefactos grandes, largos, rígidos y cimbreados.

- Herramientas de trabajo - explicó a los uniformados.

Tenía pasaporte diplomático y regresó a la Argentina donde Videla lo designó jefe de la oficina de reclutamiento de espías especiales.

Recibió ascensos y distinciones pero no era feliz y soñaba con el viejo Féretro, su camarada de la infancia.

Finalmente, publicó un aviso en *La Nación* y en *Clarín*:

Hombre mayor de buena presencia

búscase para tareas específicas.

Garantizo la mayor discreción.

Preguntar por el señor Q.

No pensó que acudirían tantos. Los anotó en su agenda y comenzó a incorporarlos a una empresa ficticia hasta que alguien lo denunció por abuso de ancianos.

Perdió rangos y honores, y sobrevivió gracias a las cuatro hermanas en el rancho familiar de Villa Aparecida.

El cura Profumo hizo un esfuerzo decisivo para huir, y regresó angustiado al templo de Santa Indigencia. Oró junto a la Virgen y, finalmente, decidió consultar al obispo Carámbano en Buenos Aires.

El obispo se santiguó:

- Ese pobre desgraciado sufre de gerontofilia. Sólo ama a los hombres viejos.

- ¿Amar a los...? ¡Cosa de Satanás!

- Muy de cuando en cuando una muchacha se casa con un anciano por amor – reflexionó el obispo -. Menos frecuente es que un jovencito se enamore de una vieja porque todos piensan que le quiere robar la plata. ¡Pero es horrible que un tipo ame solamente a los hombres viejos!

- ¡Un pecado mortal!

- ¡Por supuesto! Dios destruye el cuerpo y el alma de los viciosos en la Guehena, el sumidero de Jerusalén. Jesús usó el nombre de ese basurero como símbolo del lago de fuego donde llorarán los malvados, crujirán sus dientes y se quemarán sus cuerpos y sus almas hasta desintegrarse.

- ¡Pero Dios es amor y no un verdugo sanguinario! – se atrevió a rebatir Profumo.

- ¡El Señor quemará a los perversos en el fuego de su ira! – insistió el obispo Carámbano - Un fuego que es fuego aquí y en el planeta Marte, el mismo que destruyó a Sodoma y a Gomorra. ¡Es tiempo de que se lo recuerdes a ese vicioso!

El cura manejó su Ford de regreso a Villa Aparecida, no había barro y lo estacionó en un callejón cerca de la casa de Quintino. Decenas de chicos jugaban en las acequias con olor a agua estancada. Uno ofreció cuidarle el auto.

Profumo caminó veinte metros hasta la casa de Quintino y golpeó las manos.

- ¿Usted de nuevo? Pensé que nunca volvería.

- Vine por encargo del obispo Carámbano para decirte que estás en el Guehena y que Dios te quemará en el fuego de su ira, un fuego que es fuego aquí y en cualquier planeta, el mismo que destruyó a Sodoma y a Gomorra.

- Dígale al obispo que hace tiempo me instalé en el Guehena de Villa Aparecida y que no me importa el infierno porque fui feliz mientras vivía como vivía. ¡Quién me quita lo bailado! ¿Usted qué piensa, padre?

- Yo hago lo que Dios manda y voy a ir al Paraíso cuando me muera – gruñó el padre Profumo mientras se alejaba a buen paso.

El chico de la calle le abrió la puerta del auto y agradeció la moneda que le regaló el cura.

-¡Vuelva pronto, padre! – le pidió.

Pero

Poema de Chung Chu Lin,
nieta del militar y político Lin Chu Chung.
Traducción al castellano de Salvador de Corretejuelo,
profesor de chino en la Universidad de Buenos Aires.

Los antepasados enseñan a colocar los pies en el camino

pero las generaciones futuras son las que cuentan.

Los que no se engendraron aún miran desde las entrañas de la tierra

pero esperan su turno para nacer.

Los justos luchan contra los descarriados

pero la humanidad paga los platos rotos.

Los buenos superan en número a los perversos

pero no importa cuántos son los malos sino cuánto pueden destruir.

Cada acto abominable se neutraliza con miles de altruistas

pero muchos de éstos pasan inadvertidos.

Construir requiere años

pero las catástrofes ocurren en un instante.

Las religiones chocan con el escepticismo

pero su objetivo final es dominar.

Un dios ordena actuar contra los impíos

pero un ser humano es quien ejecuta sus órdenes.

Algunas creencias predicán el amor o el odio

pero quienes no las siguen son heréticos.

Unas repudian la violencia

pero no se oponen decididamente a la guerra.

Otras rechazan el terrorismo

pero aceptan matar por adulterio, por apostasía o en la guerra.

Predican que asesinar a un hombre es como exterminar a toda la humanidad

pero quienes se suicidan en nombre de la fe van al paraíso.

Mi abuelo Lin Chu Chung era noble y partidario del emperador reformista

pero los oficiales manchúes lo decapitaron.

Mi padre Chu Lin Chung nació en la abundancia

pero una tía viuda lo recogió muerto de hambre.

Pretendieron enviarlo a la escuela

pero tuvo que trabajar como mandadero.

Aprendió a leer y escribir estudiando de noche

pero el dinero no alcanzaba para comprar lápiz y papel.

Quería ser poeta y encontró un maestro mandarín

pero él sólo hablaba cantonés.

Quiso dedicarse a la política con SunYat-sen

pero entró a la escuela del ejército para salir de la pobreza.

Peleó junto a Chiang contra Japón y llegó a ser general

pero cansado de las matanzas ingresó a un monasterio budista.

Quiso vivir en soledad y pedir limosna

pero el gobierno desalojó los monasterios.

Los monjes fueron obligados a envasar tomates

pero él sólo deseaba dedicarse a la religión.

Regresó junto a Chiang se casó y formó una familia
pero tuvo que abandonar la vida monacal.

Chiang lo nombró gobernador y ministro de guerra
pero no quiso continuar en Taiwán.

Huyó camino de Buenos Aires, abrió un restaurante y ganó dinero
pero no sabía cocinar y odiaba servir al público.

Se presentó en quiebra y desde Beijing lo invitaron a regresar
pero sordo y casi ciego huyó durante Tiananmen.

Instaló un mercado en Floresta
pero la mafia china defendía sus intereses y quebró cuando la desintegraron.

Plantó un parque con wisterias y floripondios
pero la sequía, las heladas y las hormigas devastaron su obra.

Murió a los noventa y dos en un geriátrico de Villa Urquiza
pero lo enterraron sin honores en la Chacarita.

Dejó un testamento:

Aprendí que el tiempo parece ilimitado
pero no lo gasten, hijos míos, viviendo la vida de otros.

No se dejen atrapar por dogmas que parecen seductores
pero ahogan el impulso de ser lo que quieren ser.

Planeamos cada momento
pero la vida transcurre mientras imaginamos el futuro.

Vivimos corriendo detrás del tiempo

pero sólo lo alcanzamos al morir.

En un cofre bajo la cama hay mil monedas del Imperio Chino

pero no tienen ningún valor.

Se podrán vender por un millón de dólares dentro de cien años

pero ustedes habrán muerto y ya no los necesitarán.

Nimrodia

Al final, conservaremos solo lo que amamos. Amamos solo lo que comprendemos. Comprendemos solo lo que nos han enseñado.

Baba Dioum

Añoro el tiempo en que le dictaba mis textos a Artemio desde la madrugada mientras Marta, el ama de llaves, nos cebaba mate con galletitas de grasa que sacaba de una lata de bizcochos Canale, regalo de mi madre. Descansábamos unos minutos al mediodía para almorzar, trabajábamos luego hasta bien entrada la noche, charlábamos un rato después de cenar y nos íbamos a dormir muertos de cansancio para reanudar la tarea con idéntico fervor cuando amanecía.

Los días sábado hacíamos las compras temprano, almorzábamos una parrillada que Artemio preparaba magistralmente en el quincho y dormíamos una siesta de dos horas. Después volvíamos al mate con galletitas de grasa, íbamos al cine, al teatro o a algún concierto de música clásica o popular.

Los domingos paseábamos por la ciudad y visitábamos al cura Eufrasio Ustáriz en la iglesia del Carmen. Después de misa, el clérigo nos agasajaba con un succulento almuerzo en la sacristía y, entre vaso y vaso de un buen vino riojano, me pedía que le contara detalles de la vida de mi familia y de mis estudios universitarios en Buenos Aires. Los relataba sin rodeos, pero callaba lo que Eufrasio no había logrado comprender en otras conversaciones porque su idioma materno era el vasco, hablaba y entendía mal el castellano y desconocía detalles elementales de la cultura y las costumbres argentinas.

Hace poco volvimos a recordar los sucesos que casi le dan un golpe de gracia a lo que con justicia suelo llamar nuestro paraíso terrenal. Sufrí entonces un intenso desbarajuste espiritual que me hizo descuidar las actividades académicas y, como tardaba en reponerme, decidí tomar una largas vacaciones.

Siempre me intimidaron los viajes a lugares remotos aunque desde que vivo en Córdoba lejos de mi Chilecito natal, participo a menudo en peregrinaciones a los lugares sagrados de la Argentina, que no son pocos. En mayo último, por ejemplo, acompañé al obispo Salustiano Carámbano al Santuario de la Virgen de Luján en la Provincia de Buenos Aires junto a varios miles de fieles a quienes no detiene la fatiga, la lluvia, las tormentas, el calor ni el frío.

Frecuento al obispo desde poco después de nacer puesto que fue él quien me bautizó en la iglesia de Nonogasta en 1936, poco después de que vine al mundo en una casa blanca rodeada de viñas, olivares, manzanos y cítricos al pie del cerro Famatina, no lejos del cablecarril, testigo de la fiebre del oro a fines del siglo XIX.

Los riojanos tenemos excelentes razones para sentirnos orgullosos de nuestro abolengo aunque algunos resentidos estimen que no son tan buenas. Mi abuelo Nicandro, el Tata, como lo llamábamos, nació en La Rioja capital a principios de 1890, y trazaba su linaje hasta don Juan Ramírez de Velasco, quien fundó la ciudad en 1591.

Velasco se había enrolado en las armas siendo casi un niño y, con el tiempo, llegó a General de Mar y Tierra encargado de la custodia de los barcos mercantes, con lo que aprendió el arte de sobrevivir y prosperar matando gente. Cuando Felipe II lo nombró gobernador de Tucumán, usó su experiencia en el arte de la guerra para exterminar a miles de diaguitas y calchaquíes mientras fundaba estancias y alentaba la llegada de

familias peninsulares tales como los Benegas, los Ponce, los Herrera, los Velasco y los Vitoria, cuyos descendientes viven aún en La Rioja.

Los indígenas y los conquistadores tenían una concepción similar del Universo. Los aborígenes suponían que todo fue igual desde que algún dios creó el mundo y que solo una divinidad lograría modificar lo que era estable y permanente. No podían transformar la naturaleza, y habían nacido para contemplarla y para gozar el privilegio de estar vivos.

Los conquistadores, por su parte, esperaban que la Divina Providencia les regalara una larga vida con abundantes recursos para cultivar la indolencia ya que los premios y las recompensas venían del Cielo. El trabajo productivo era una ocupación de los nativos por lo cual se dedicaron a conquistar sus tierras y a esclavizarlos perpetuando la propia pereza. Juan Bautista Alberdi afirmaba en 1855 que “los argentinos hemos sido ociosos por derecho y holgazanes legalmente” y que “se nos alentó a consumir sin producir”.

Nicandro conoció a mi abuela Eufemia Ponce en un acto académico de la Universidad de Buenos Aires cuando el Tata se doctoró en Historia con una tesis sobre el general San Martín en la batalla de Bailén. Ella, riojana también y con ínfulas aristocráticas, era un par de años menor y había completado su licenciatura en Letras con un trabajo que resaltaba la espiritualidad de Nuestro Señor y la comparaba con la férrea actuación de Moisés y de Mahoma en sus respectivas gestas, aporte que mereció el premio *Sursum Corda* de la Universidad Apostólica de Belém do Pará.

Mis abuelos se enamoraron a primera vista y decidieron casarse apenas lograran mantener un hogar sin depender de sus familias venidas a menos después de gastar lo heredado durante años de desidia. No dejaron una puerta por llamar ni un amigo por

recurrir entre los numerosos con que contaban en el clero, la política y las fuerzas armadas, pero a comienzos del siglo XX las cosas habían cambiado en la Argentina que trataba de incorporar laboriosamente a un aluvión de inmigrantes europeos.

La *generación del 80*, conservadora y liberal, impulsaba el arribo de forasteros a las regiones despobladas pero no deseaba convertir a los recién llegados en ciudadanos de primera clase ya que la Nación no estaba *preparada para recibir extranjeros, ofrecerles trabajo e incorporarlos a la vida de la República. Vienen a conquistar - afirmaban - y el conquistador no admite las tradiciones locales.*

En 1876 el gobierno dictó una ley que sólo consideraba inmigrantes a los *jornaleros, artesanos, industriales, cultivadores o profesores que con menos de 60 años de edad, buena moralidad y aptitudes suficientes, lleguen en tercera ó segunda clase (en barco) al territorio de la República para establecerse en ella.*

Desde 1887, en algunas capitales europeas se organizaron oficinas para divulgar los adelantos del país empeñado en expandir la agricultura y la ganadería, construir ferrocarriles e instalar frigoríficos y elevadores de granos para almacenar los frutos de la tierra.

La propaganda en Europa y el subsidio de los pasajes durante el gobierno de Juárez Celman alentó la llegada de inmigrantes, pero subió el precio de la tierra, comenzó la especulación, se hizo más difícil asentarlos y muchos regresaron a sus países de origen.

En 1891 se eliminó el subsidio, se limitaron a encauzar la inmigración espontánea y los recién llegados sólo recibían ocho días de alojamiento y manutención en el Hotel de Inmigrantes. Sin embargo, en pocos años aumentó la población en las vastas extensiones de pampa húmeda apta para la agricultura y la ganadería.

Los recién llegados consiguieron trabajo en Buenos Aires, Mendoza, Entre Ríos y Santa Fe, y también en Misiones, Santiago del Estero, Salta, Jujuy y Chaco, donde la *Forestal Land, Timber and Railway Company* y otras empresas explotaban quebrachales mientras cientos de galeses se instalaban en Chubut buscando un lugar para practicar libremente su fe.

La masa laboral creció a grandes pasos, y la población llegó a cerca de cuatro millones de habitantes en 1870. Escaseaban las viviendas, y muchas casonas se convirtieron en *inquilinos* habitados por proletarios, anarquistas y sindicalistas.

En las altas esferas argentinas creció el prejuicio hacia *los peligros de la inmigración*, y el Estado dictó medidas represivas como la Ley de Residencia en 1902 y la de Defensa Social en 1910, que responsabilizaban a los inmigrantes por las huelgas y los castigaban con la expulsión y hasta con la pena de muerte para los mayores de 18 años si las disputas alteraban el orden o la seguridad social.

El *peligro* se hizo más notorio cuando, protegidos por la Constitución, los extranjeros naturalizados y sus hijos nativos comenzaron a votar en las elecciones y a ocupar cargos en el gobierno. Aumentó entonces la virulencia del conflicto y avanzó el racismo y el nacionalismo combatiente.

En diciembre de 1918 se declararon en huelga ochocientos obreros en la empresa metalúrgica de Pedro Vasena que reclamaban aumentos de salario, la reincorporación de trabajadores despedidos y una jornada laboral de ocho horas. Vasena exoneró a los revoltosos y contrató rompehuelgas, el litigio se profundizó y el 24 de diciembre incendiaron el automóvil del jefe de policía.

Días después, los huelguistas se concentraron frente a los talleres donde la Policía mató a seis obreros e hirió a otros treinta y cuatro. Se luchó en el cementerio de la

Chacarita y sus cercanías durante el entierro, y así comenzó la Semana Trágica reprimida también por el Ejército Argentino entre cuyos oficiales se encontraba un joven militar que décadas después influyó notablemente en el destino del país: se llamaba Juan Domingo Perón.

El presidente Yrigoyen decidió entonces evitar la propagación del incendio que amenazaba la estabilidad de su gobierno, instó a la patronal a aceptar los reclamos sindicales, y el conflicto se resolvió con la rendición del empresario.

Los anarquistas y los golpistas conservadores contrarios al presidente intentaron entonces derrocarlo aprovechando el caos, y un sector del Partido Radical organizó una cacería de judíos o pogrom como parte de un plan para mantener a Yrigoyen en el poder. Convocaron a dos mil activistas con instrucción militar, y entró en acción la Liga Patriótica Argentina integrada por oficiales del ejército, la marina y grupos del Orden Social y de la Guardia Blanca de Manuel Carlés, cuyos objetivos eran estimular el sentimiento de argentinidad y combatir teorías subversivas como el marxismo y el anarquismo.

En virtud de estos acontecimientos pero con el título universitario en el bolsillo, el Tata aguardó hasta que se agotaron sus reservas, y cuando la familia riojana dejó de enviarle dinero, regresó a su provincia donde finalmente consiguió un empleo de maestro y más adelante otro de escribiente en el Banco Municipal de Cortaderas.

El sueldo no le alcanzaba para comer cuando Dios quiso que cayera en sus manos un ejemplar de *El Comercio de Patquía* en el que leyó que el gobierno francés ofrecía becas para inventariar las gárgolas de Notre Dame de París. El corresponsal daba todos los detalles y señalaba que el o la cónyuge del favorecido o favorecida podría cursar estudios universitarios en la Sorbona. Nicandro y Eufemia hicieron los trámites

de inmediato y, cinco semanas después, la embajada francesa en Buenos Aires les informó por carta certificada que les habían concedido la beca.

Se casaron en la Basílica de Nuestra Señora del Socorro en Buenos Aires poco antes de salir de viaje y la ceremonia reunió a lo más distinguido de la sociedad riojana congregada junto al gobernador don Juan Velasco y a tres de sus ministros.

Mis abuelos viajaron a Europa en un camarote de primera clase del barco *Conte Biancamano*, un presente del padre de Eufemia, a quien un triunfo electoral había encumbrado sorpresivamente.

En Marsella tomaron el tren expreso a París, se alojaron en el *Hôtel des Nations* junto al Sena y gastaron buena parte del dinero de los regalos de boda, de modo que apenas les alcanzó para alquilar un pequeño departamento en La Villette donde antes de fin de año nació Gervasio, mi padre.

Poco después Eufemia se inscribió en la Escuela de Artes de la Sorbona, pero todo fue más difícil para Nicandro porque no lograba catalogar las gárgolas como correspondía.

El mal tiempo, el frío y la humedad, los setenta metros de altura de la catedral y los resbalones junto a las cabezas repulsivas de los monstruos en los desagües menguaron poco a poco el interés por su labor y pasó lo que tenía que pasar: reprobaron sus informes académicos y suspendieron la beca.

Nicandro se ocupó entonces de las tareas domésticas, de hacer las compras y de cuidar al niño, en tanto que Eufemia conseguía un cargo de profesora en el Colegio de La Divina Gracia en Montparnasse.

Se mudaron a un departamento más amplio en los altos de una taberna de la *Rue du Bac* y todo marchó viento en popa hasta que invitaron a cenar a Paul Dupont, un profesor de latín en la escuela donde trabajaba Eufemia.

Paul era un soltero empedernido de esos que prefieren hacer felices a muchas mujeres en lugar de desgraciada a una sola. Había nacido en Andorra y cursó Humanidades en Seo de Urgel. A punto de obtener su grado decidió conocer el mundo y se incorporó a la Legión Extranjera cuyos miembros podían adquirir la ciudadanía francesa una vez finalizado su contrato.

Dupont participó en incontables combates contra los árabes y los bereberes en el norte de África pero tres años después, hastiado de la vida militar y de la sangre que corría a raudales, abandonó las armas, invocó su derecho a la ciudadanía y alquiló una casa en la *Banlieue*.

Paul dominaba tanto el francés como el castellano, lo atraía el tango que había aprendido a bailar en una *academia* de Montmartre y viajaba con frecuencia a Buenos Aires para gozar del encanto de la metrópoli sudamericana empeñada en parecerse a París. Se alojaba en un departamento de lujo del hotel Castelar en la Avenida de Mayo, recorría extasiado los negocios de la calle Florida, escuchaba ópera italiana en el Colón y se reunía a tomar café con los amigos en el *Tortoni* después de cenar en la *Tour d'Argent*.

También le encantaba escuchar a Gardel en el Abasto y bailar en el *Palais de Glace* al ritmo del cuatro por cuatro de las orquestas típicas porteñas. Bien de madrugada y destilando Napoleón, Courvoisier y Remy Martin, descargaba su lujuria incontenible en los burdeles frecuentados por jóvenes de la aristocracia porteña. Sin embargo, tanta

actividad no le impedía visitar a una hermana recepcionista en el Hotel Alvear Palace de la Recoleta.

Dupont hizo buenas migas con mi abuela Eufemia en París y dedicaban los fines de semana a estudiar el arte bizantino mientras Nicandro sacaba a pasear a Gervasio por los jardines de Luxemburgo.

Unos meses después nació María del Carmen, y Eufemia le pidió al marido que durmiera en la otra habitación alegando que roncaba como un energúmeno.

Mi abuelo aceptó sin ofrecer resistencia ya que desde hacía tiempo la mujer lo trataba como a un extraño y él sólo estaba a gusto con los amigos en la taberna de donde a menudo lo rescataban rezumando alcohol.

Un día de primavera, Nicandro salió a caminar por la ciudad luego de beber más de la cuenta y, sin saber cómo, se encontró en la estación Saint-Lazare donde subió a un tren que lo llevó a Le Havre y alquiló una habitación en un hotel del puerto. Visitó la ciudad y los bosques entre los acantilados, escaló el Calvados y el Contentin, y exploró los canales, los almacenes y los astilleros navales. Admiró la Catedral de Notre-Dame y supo que el *Impresionismo* había nacido en Le Havre donde Claude Monet pintó su cuadro *Impression, soleil levant* que originó el término *impresionista*.

Tanta actividad hizo que en una semana gastara los francos que le quedaban y tuvo que pedir limosna en la puerta de la Catedral hasta que se enganchó como cocinero en el *Bon Dieu de la France*, un barco de carga que partía hacia Buenos Aires.

Llegó con el ánimo desquiciado luego de un mes de navegación tocando todos los puertos desde Vigo hasta Montevideo, desertó antes de terminar la estiba en el Dock Sur y vagó por los cafetines de la Boca y el Paseo Colón hasta que lo recogieron sin conocimiento en la costa del Riachuelo donde intentó suicidarse tirándose de un

muelle. Guiados por la Divina Providencia, unos marineros lo trasladaron al Hospital Tornú, permaneció internado tres meses enfermo de tuberculosis y finalmente regresó a la casa paterna en La Rioja para completar su convalecencia.

Mi abuelo no se resignaba a la lejanía de los hijos y telefoneaba diariamente a Francia, pero Eufemia cortaba la comunicación en cuanto reconocía la voz y él colgaba el auricular sollozando.

Dispuesto a hacer lo imposible para recuperar a Gervasio y a María del Carmen, regresó a Buenos Aires, se empleó en un negocio de antigüedades de la calle Juncal y alquiló un cuarto en Barracas.

No habían transcurrido seis meses cuando conoció a Amanda Dupont mientras visitaba a un anticuario en el Hotel Alvear Palace, y se enteró de que había tropezado con la hermana de Paul.

Quizás habría muchos Paul Dupont en el mundo pero precisamente éste vivía con una profesora argentina en Montparnasse. Por su parte, Amanda le confesó que se sentía feliz porque su hermano había sentado cabeza junto a una viuda que tenía dos hijos.

Nicandro le ocultó la verdad, lloró su propia muerte decretada por la esposa infiel y pensó denunciarla por bigamia aunque le llevara años litigar por la tenencia de los hijos al otro lado del océano.

Entretanto y con la ayuda de su nueva pareja, mi abuelo adquirió el negocio de antigüedades de la calle Juncal, compró una casa de tres plantas frente a la plaza Vicente López y tiempo después la finca cerca de Chilecito, en La Rioja.

Pero no pudo guardar su secreto indefinidamente. Rechinaba los dientes, se quejaba dormido y se despertaba sollozando en medio de horribles pesadillas en las

que lo condenaban a muerte por asesinar a sus hijos y arrojarlos a un torrente de lava ardiendo. Se sentaba luego en la cama llorando a gritos y pedía perdón a Dios por sus pecados sin que Amanda lograra serenarlo.

La mujer lo obligó entonces a consultar a un médico de los nervios que tampoco consiguió aliviar su calvario y, a punto de arrojarse de un balcón, el Tata decidió un día contarle la verdad y relatar los detalles de la beca en Francia, de su fracaso y del éxito paralelo de Eufemia, sin ocultar la infidelidad, el menosprecio ni la huída del hogar.

Poco tiempo después ambos viajaron a Francia donde trataron vanamente de hallar a la familia, y regresaron temiendo que jamás los volverían a ver.

Sin embargo, hacia octubre de 1935 recibieron una carta de dos franceses de apellido Dupont que querían conocerlos y, a vuelta de correo, los invitaron a pasar la Navidad en Buenos Aires.

Germain y Marie, él de unos diez y seis años y ella algo menor, llegaron a mediados de diciembre y se hospedaron en la casa de mi abuelo.

Hablaban castellano con acento francés y relataron que sus padres los habían dejado al cuidado de unos vecinos antes de unirse al grupo terrorista que asesinó en Marsella al rey Alejandro de Yugoslavia. Poco después supieron que el papá había muerto en una refriega con la policía y que la mamá estaba enferma de cáncer en un hospital de Niza.

- ¿Cómo se llamaban los Dupont? - preguntó Nicandro.
- Paul y Eufemie - contestaron los jóvenes.
- ¡Bendito sea Dios! - suspiró el abuelo mientras los abrazaba. - ¡Hijos míos!
- ¡Papá! - exclamó el joven.
- ¡Por fin los hallamos! - lloriqueó la muchacha.

Poco antes de fallecer, Eufemia les había entregado una carta llena de incongruencias donde se mencionaba al Tata como un tío lejano que residía en Buenos Aires.

- En Montparnasse visitamos a unos amigos que nos otorgaron la patria potestad que necesitábamos por ser menores... - siguió diciendo él.

- ...y ubicamos los documentos de identidad donde se afirma que somos hijos del matrimonio Dupont - interrumpió ella.

Festearon el encuentro con un viaje en automóvil a Mar del Plata y, al regresar, los jóvenes manifestaron su voluntad de casarse.

- ¡Qué bien! - exclamó Nicandro -. Celebraremos ambas bodas en La Rioja.

- No, papá. Será una sola boda porque nosotros somos los contrayentes.

- Están locos. Son hermanos.

- No. Eufemia lo confesó en su lecho de muerte - contó Gervasio -. Mi verdadera hermana falleció en el hospital y mamá reemplazó el bebé muerto por uno vivo mientras la madre auténtica dormía.

- ¿Entonces la verdadera María del Carmen...? - preguntó Nicandro.

- Sí - le contestaron.

Germain y Marie decidieron recuperar sus nombres de bautismo, Gervasio y María del Carmen, y se casaron el 24 de diciembre en la iglesia de La Puntilla cuyo párroco se interesaba más en salvar almas que en aceptar los códigos de la vida civil, y no le prestaba atención a los documentos de identidad de quienes deseaban consagrar su matrimonio ante Dios.

Un año después, fracasado el intento de adaptarse al ajetreo de Buenos Aires, la pareja prefirió construir su hogar en una finca de La Rioja que les regaló mi abuelo.

Al principio, mis padres disfrutaban de la vida burguesa junto a un puñado de propietarios dedicados a la alfarería, a cultivar frutillas y hortalizas y a envasar vino patero, grapa y anís.

Los atraía la honestidad y la candidez de los provincianos, y papá administró hábilmente sus negocios hasta que comenzó a sufrir terribles jaquecas.

Mamá era hermosa y nunca pasaba desapercibida cuando recorríamos el pueblo. Sin embargo en casa se mostraba rigurosa, detallista e intolerante con el personal doméstico que tenía a maltraer. A pesar de todo, mi padre seguía enamorado de su esposa modelo, ella lo amaba y la gente los ponía como ejemplo de un matrimonio bien avenido.

A medida que pasaba el tiempo, mamá se interesaba cada vez más por mi educación, tenían pocos amigos y en casa sólo cambiábamos las palabras indispensables. Mi padre trabajaba hasta la medianoche, se levantaba tarde, pasaba los fines de semana leyendo en la cama y raras veces jugaba conmigo.

Alguien me contó que, por esa época, se había enamorado de una joven de Chilecito con la que sintió que volvía a ser hombre. Mamá advirtió el cambio pero lo atribuyó a su segundo embarazo. No obstante, consultó a una abogada que hizo vigilar a papá, confirmó las sospechas, aconsejó que lo echara de la casa y prometió obtener la separación en un par de meses.

Él aseguró que nadie lo haría abandonar la finca, y mamá y yo fuimos a vivir con los abuelos en Buenos Aires.

Mi padre recuperó el buen humor, dejó de sufrir jaquecas y le permitieron que me visitara cada quince días. Yo acababa de cumplir cuatro años, comía poco, tenía berrinches y preguntaba cuándo volveríamos a casa.

Papá propuso que pasara una semana con él todos los meses pero la abogada se lo prohibió alegando que había cometido adulterio y debía afrontar las consecuencias. Por otra parte, su letrado le aconsejó esperar porque el pleito terminaría por resolverse fuera de los tribunales.

Mamá dio a luz a mi hermano y no permitió que papá lo conociera. Él comenzó entonces a dedicarle menos tiempo a la amiga de Chilecito cuya familia se oponía a la relación de la muchacha con un hombre casado y con hijos.

En Buenos Aires yo hacía pasar las de Caín a todo el mundo y un día logré que mi padre nos sacara a pasear en auto con mamá y mi hermanito. Lloré a lágrima viva, pregunté por qué no vivíamos como antes, y esa noche arañé la cara del abuelo que trataba de consolarme.

Fue la gota de agua que colmó el vaso porque, al día siguiente, mi familia decidió reintegrarse a la finca, despidieron a la abogada, yo regresé a mis juguetes y mi madre (mamá) a la añorada cama matrimonial aunque papá volvió a sufrir jaquecas y pasaba acostado los fines de semana.

Poco después mamá anunció su tercer embarazo, en tanto que recurría una y otra vez a la historia de la amante insultando al autor de mis días en presencia de todos para obtener sabe Dios qué ventajas y vengar los ultrajes del pasado. A los seis años yo intervenía para calmar los ánimos mientras mi hermano ensordecía con sus juegos hasta bien entrada la noche.

A pesar de los problemas de familia, crecí rodeado del cariño y el fervor de mi madre que se dedicaba a promover mi desarrollo espiritual.

El cura Salustiano Carámbano fue mi guía y consejero desde los primeros años y confié en él cuando alguien me reveló las circunstancias oscuras que rodearon al casamiento de mis padres.

El abuelo Nicandro se había apresurado a reconocer como válida la confesión de Eufemia, no se opuso a una boda que pudo haber consagrado una relación incestuosa y le bastó con aceptar el testimonio de una mujer nada confiable, a punto de morir.

Llegué a convencerme de que mis viejos eran realmente hermanos y que todos vivíamos en pecado. Una vez más pensé suicidarme para terminar con mi tortura pero el padre Carámbano me aseguró que las sospechas eran infundadas y me amenazó con el castigo eterno de quienes contradicen los designios del Señor.

En su momento mamá insistió en que me consagrara a la Iglesia pero yo encontraba intolerables los vicios del mundo y deseaba con toda el alma convertirme en anacoreta o entrar a un monasterio para vivir en soledad, celibato, pobreza y obediencia.

En esa época me ocupaba exclusivamente de mi vida interior sin interesarme en la realidad cotidiana, y leía apasionadamente la *Escala del Paraíso* de San Juan Clímaco, el célebre escritor ascético del siglo VI de nuestra Era.

La *Escala*, clímax en griego de donde viene el nombre Clímaco, tiene treinta peldaños o capítulos que condensan las virtudes y los vicios desde la renuncia al mundo y a los afectos terrenales, la penitencia, la muerte y el don de las lágrimas, la dulzura, el perdón, la maledicencia, la mentira, la pereza, amar el silencio, la templanza y la castidad para la que conviene recurrir a Dios pues no vencemos a la naturaleza sólo con nuestras fuerzas. Inspirado pues en San Juan Clímaco, pasaba los días escribiendo poemas con imágenes luminosas transformadas en símbolos que

delataban mi arrebató espiritual y mi fe en la reconciliación de los seres humanos con Dios a través de la mística y la renuncia a los detestables placeres terrenales.

Un día presenté mis cuadernos al padre Carámbano y fuimos a mostrárselos a mamá quien nos recibió junto a una estatuilla de Judas Tadeo, el santo de su devoción, e hizo señas de que esperáramos mientras concluía sus oraciones. Luego nos contó el martirio de este primo hermano de Nuestro Señor asesinado en Persia mientras convertía a los paganos, y recién entonces tomó las páginas que le alcanzaba mi asesor espiritual, las recorrió ávidamente, me abrazó y dijo con voz entrecortada:

- ¡Hijo del alma! Jamás pensé que elegirías aislarte para servir a Dios. Yo no quiero que seas monje sino que te consagres a la religión y la prediques como Jesús de Nazaret.

Lloré toda la noche y, a la mañana siguiente, hice un atado con una camisa, ropa interior, mis poemas, un ejemplar de los Santos Evangelios y la *Summa Theologica* de Santo Tomás, y huí a las montañas para orar, preservar mi fe y vivir en austeridad.

Estaba dispuesto a seguir el ejemplo de aquel San Simeón a quien llamaban Estilita porque columna se dice *stilos* en griego. El santo varón había nacido en Cilicia y muy joven se ató a la cintura una rama con espinas, llamada desde entonces cilicio, para sufrir y dominar la tentación. Luego se encadenó a una roca en el desierto, y cientos de peregrinos le pedían consejo, lo tocaban y le quitaban pedacitos de su manto para hacer reliquias. Entonces hizo construir una columna de tres metros, luego una de siete y más tarde otra de diez y siete donde pasó más de treinta años lejos del mundo, mortificando su carne envilecida. Nunca respondió a los insultos de los malvados, murió rezando de rodillas y sólo un batallón del emperador logró impedir que la gente se llevara el cadáver para adorarlo.

Con la perspectiva que da el tiempo, admito ahora que el único propósito de mi rebeldía fue darle una buena lección a mamá porque ella depositaba en mí el cariño que debía haberle brindado a mi padre. No sé si él lo merecía aunque, según las Escrituras, la mujer está obligada a amar y servir al marido. Es cierto que papá la había engañado pero también estaba claro que regresó junto a la familia cuando tuvo tiempo de reflexionar y comprender sus deberes conyugales.

Por otra parte yo ya no era un niño. Me sentía maduro y, como todo hombre de diecisiete años, con el derecho de organizar mi vida como se me antojara.

Caminé muchas horas por los valles y quebradas admirando los milagros de la Creación, el imponente Famatina, los escuálidos arroyos, los árboles achaparrados, el cardón, el algarrobo, los espinillos, chañares, talas y retamas, las cabras entre las rocas, y las vacas y caballos pastando en los campos del Señor.

Pero al atardecer, mi soledad se transformó en tormento cuando escuché el ladrido cercano de los perros salvajes y el canto misterioso de los pájaros nocturnos.

En resumidas cuentas, pasé en una cueva mi primera noche de eremita, y la última, y muerto de miedo y de hambre, regresé al día siguiente para implorar perdón.

En casa habían alertado a la policía que se lanzó a buscarme con armas, perros y caballos y, cuando me devolvieron sano y salvo, mis padres me abrazaron y consolaron sumidos en un llanto incontenible mientras les prometía no volver a incurrir en semejante desatino.

Inicié los estudios en el seminario diocesano de Catamarca poco después del malogrado intento de huir de casa. La crisis espiritual me acompañó todo ese año y decidí no tomar los hábitos por el momento y dedicarme a predicar y enseñar la

Verdadera Fe para llevar paz y alivio a los pecadores señalándoles el camino del Creador.

- *Los postulados de Cristo y los seculares son compatibles y complementarios* - razonaba con Santo Tomás -. *Algunos, como la encarnación, son revelados. Otros, los materiales por ejemplo, se captan mediante la experiencia. Dios se conoce a través de ambos. Las sociedades humanas se organizan en naciones que como todo lo que existe deben subordinarse al Señor.*

Poco después obtuve el título de Doctor en Teología en la Universidad Pontificia Santa María de los Buenos Aires, y asumí todas las precauciones para no involucrarme en la vida disipada de la gran ciudad donde la impudicia ofrecía abundantes oportunidades de destrozar el alma.

Había alquilado un cuarto en Palermo y compartía la cocina y el baño con una docena de hombres y mujeres dejados de la mano de Dios que se dedicaban al negocio de la lujuria y vendían revistas y libros prohibidos por nuestra Santa Madre, ante la indiferencia de las autoridades.

Escribí entonces una nota en el *Semanario Ilustrado de la Parroquia de Guadalupe* donde recordaba que lo procaz ataca la dignidad del hombre creado a la imagen de Dios, y que la exaltación de la sensualidad eleva el número de violaciones, aumenta la culpa por el pecado, disminuye la autoestima, crea pensamientos obsesivos y fomenta el erotismo, la perversión, la permisividad social y las relaciones *non sanctas*, al tiempo que disminuye la felicidad y el amor de las parejas porque falta el compromiso emocional.

En el número siguiente, el obispo coadjutor monseñor Ovidio Buonocuore advirtió que la Iglesia condena las relaciones pre y extramatrimoniales, y los pensamientos que

afectan la moral porque el sexo es de Dios. Por eso, cuando las Escrituras se refieren a los órganos de la reproducción usan un lenguaje indirecto que menciona los pechos y el vientre de la mujer sin llamar por su nombre a la anatomía íntima.

Entretanto no se modificó mi interés por la unidad del ser como objeto primigenio y adecuado al intelecto. Rezaba y me confesaba una vez por semana y mantenía la mente concentrada en la naturaleza de la Lógica, el problema del conocimiento, la evidencia y el voluntarismo ético, base de mi trabajo *Dei gentium lumen et spes* cuya lectura recomienda hoy la *Comissione Interdicasteriale per la formazione dei candidati agli Ordini Sacri*.

Algunos colegas dudaron de la originalidad de mis conceptos pero finalmente logré aclarar los puntos cuestionados con la ayuda de Dios y de mi maestro monseñor Carámbano, obispo entonces en Tierra del Fuego, quien se refirió a los temas contenidos en su *Tractatum Vitae Aeternae*.

Diversas instituciones académicas reconocieron después mi honradez intelectual y completé mi formación en la Facultad de Derecho Canónico Santo Toribio de Mogrovejo con la tesis *De absolutio et remitio peccatorum* galardonada con el premio San Pedro y San Pablo del Consejo Mundial de Iglesias del Segundo y el Tercer Milenio.

Gracias a ese honor y a los buenos oficios del arzobispo de Buenos Aires, monseñor Ovidio Buonocore, a los diez y nueve años logré la cátedra de Historia de las Religiones en la Universidad de Córdoba, que ocupó hasta el presente más de treinta años después.

No soy ambicioso, vivo holgadamente con mi sueldo y me complace el respeto y la consideración de los alumnos y colegas de la alta casa de estudios fundada por los

jesuitas. En mi hogar y en la labor cotidiana impera el raciocinio, el sentido común y el amor al prójimo que modera las tendencias destructivas de los instintos. Jamás me interesó la política porque no me cautivan los cambios sociales basados en cuestionables fundamentos teóricos ni me atrae el interés de algunos por redistribuir la riqueza y hacerse de los bienes de quienes gozan razonablemente de ellos.

Nunca me sedujeron los estadistas ni me preocupó saber de dónde provienen los recursos para financiar sus despilfarros. Atienden las necesidades del país con lo que les sobra, y dicen servir a la comunidad aunque lucran a sus expensas. Para colmo de males, someten a privaciones al pueblo en lugar de usar sus escasas luces para el bien común, ya que su única habilidad reside en cobrar más impuestos que sólo dejan de aumentar cuando nadie los paga porque no alcanza el dinero.

Hay más hombres públicos perversos que decentes pero su capacidad para corromper no depende sólo de su número. Muchos estados deben su existencia a los conquistadores que exterminaron a los habitantes autóctonos y se convirtieron en la clase privilegiada. Enarbolando la bandera de la religión, los invasores se apropiaron de las tierras y pusieron la educación en manos de clérigos leales mientras que una clase media de comerciantes, profesionales, técnicos y artesanos sobrevivía a la sombra de los poderosos. Algunos países quedaron adheridos a esta fase de su evolución en la que garantizar la salvación del alma impedía equilibrar las diferencias sociales. Por mi parte, sigo al pie de la letra la Epístola a los Filipenses cuando nos enseña a pensar sólo en lo verdadero, lo honesto, lo justo, lo puro, lo amable, en lo que tiene buen nombre y es digno de alabanza, aunque reconozco que mi viaje para asistir a la Coronación de Nuestra Señora de Luján en 1955 me perturbó hasta el punto de

que tardé años en recuperar la ponderación tantas veces elogiada en los medios académicos.

Partí camino de Buenos Aires cuando se sucedían una serie de acontecimientos que cuestionaban la legitimidad de un régimen enemigo de la religión que debía sostener, según la Constitución Nacional.

La cosa tenía su historia. Ya en 1942 unos agitadores utilizaron como señuelo a una señorita para atraer cadetes del ejército a un departamento donde un varón los seducía mientras alguien fotografiaba las escenas degradantes. La policía detuvo a treinta amorales y el periodismo divulgó los pormenores.

Las crónicas apabullaron a la sociedad tradicional y muchos porteños hostigaban en las calles a los cadetes que transitaban en grupos agrediendo a quienes los observaban con interés. Se dio el caso de unos uniformados que atacaron a un menor, y la policía lo detuvo sin tomar medida alguna contra los agresores.

En ese momento se atribuyó la tendencia de los jóvenes a incurrir en la masturbación, la homosexualidad y la pederastia a la falta de prostíbulos por lo cual, a partir de 1944, el gobierno militar permitió instalar casas de lenocinio cerca de los cuarteles y años después, en 1954, el propio presidente Perón legalizó por decreto los burdeles municipales.

La hostilidad del régimen hacia nuestra Iglesia ya no tuvo límites y, en junio de 1955, un grupo de militantes peronistas agredió a los fieles durante una misa en la Catedral. La policía detuvo a los defensores del templo, dos curas fueron expulsados del país, y el Vaticano excomulgó a los responsables de la profanación.

Algunos civiles y militares decidieron entonces bombardear desde el aire la casa de gobierno para matar al Jefe del Estado mientras la Infantería de Marina intentaba tomar el edificio y copaba las emisoras de radio.

El 16 de junio la neblina demoró el ataque previsto para las diez de la mañana. Los aviones bombardearon entonces la casa de gobierno poco después del mediodía, pero los revolucionarios en tierra habían recibido ya la orden de retirarse, el Presidente recuperó las bases insurrectas y los últimos aparatos depositaron en Montevideo a muchos comprometidos en el alzamiento.

Las víctimas civiles alcanzaron a mil entre muertos y heridos, en su mayoría transeúntes sorprendidos en las calles próximas a la Plaza de Mayo.

Logré acercarme a los cuerpos descuartizados de tantos infelices y ayudé a cargar en ambulancias a quienes parecían respirar aún mientras la voz de Perón en los altoparlantes alababa al Ejército y responsabilizaba a la Marina por los heridos y los muertos.

La Confederación General del Trabajo convocó a un paro general en apoyo del gobierno, los bribones hicieron el resto y no sé cómo logré salvarme de los maleantes que con cuchillos, palos y armas de fuego robaron reliquias, destruyeron archivos e incendiaron el edificio de la Curia y su colección de volúmenes históricos.

Los sacrílegos destrozaron los altares y los confesionarios de la Catedral en tanto que el fuego consumía el convento y la iglesia de San Francisco, y los maleantes saqueaban los templos de San Ignacio, Santo Domingo, La Asunción, San Miguel, La Merced, San Nicolás, La Piedad, el Socorro, San Nicolás, San Juan Bautista y Jesús del Huerto.

De madrugada me uní a los fieles que intentaban proteger las imágenes y los objetos de culto al tiempo que los bomberos y la policía dejaban la ciudad a merced de la turba que maltrató a centenares de sacerdotes y feligreses.

No hubo que lamentar muertes ese día aunque Perón fue excomulgado por el Vaticano a las pocas horas, y el vandalismo mereció el repudio mundial que comparó la quema de las iglesias con el incendio del parlamento alemán por los nazis en 1933.

El impacto de esos acontecimientos en mi ánimo fue devastador y cuando regresé a *La Docta* describí en un ensayo el horror que había vivido, al tiempo que reflexionaba sobre la violencia tantas veces manifestada en nuestra tierra desde que los invasores aniquilaron a los indígenas en nombre de la civilización y de la fe. Ese verdadero canibalismo social empañó la historia de la conquista de América y vulneró el prestigio de nuestra Santa Madre.

Había avanzado bastante en la redacción de mi trabajo cuando advertí que los textos me involucraban más de lo previsto. Recordé entonces que Heródoto, Tucídides y Plutarco habían descrito sociedades en conflicto sin implicarse personalmente en sus relatos. ¿Pero lograría yo descubrir ejemplos edificantes en medio de las fechorías que había presenciado en Buenos Aires?

Mientras organizaba mis ideas relaté a los amigos algunas de mis peripecias pero no me prestaban más atención que la que surgía de un ocasional “¡Qué interesante!” ratificado por compromiso.

Un día le pregunté a mi amigo Eufrasio si compartía mi visión apocalíptica de lo ocurrido en Buenos Aires y si le parecía apropiado interpretar los hechos como actos de canibalismo.

- ¿Canibalismo? - me respondió con una sonrisa - A mucha gente civilizada le agrada mordisquear la carne de sus semejantes y gustar de sus jugos y perfumes.

- ¡Puerco! ¡Cuáles son tus jugos y perfumes favoritos! - exclamé indignado.

- ¡Jamás se me habría ocurrido...!

- ¡Libertino!

- Algunas personas dicen, por ejemplo, está para comérsela o comérselo o para chuparse los dedos, refiriéndose a algo o alguien que los cautiva - acotó el cura.

Eufrasio se interesó entonces por saber si había corrido peligro de ser asesinado o engullido por los porteños y agitó la mano que extrajo de su hábito:

- Jamás me pondría yo en esos trances. Nada mejor que pasar el invierno bien abrigado en Córdoba, entre rezos y sermones.

- Tuve que superar algunas situaciones de aprieto, pero tú nunca conocerás el mundo encerrándote en tu cuarto.

- Me conformo con predicar ante los fieles del Carmen - respondió tratando de terminar el diálogo.

Pero yo insistí:

- Los caníbales eran unos antropófagos en las Antillas cuando desembarcó Colón. Heródoto ya mencionaba ese hábito en otros pueblos de la antigüedad, y Marco Polo lo comprobó desde el Tíbet hasta Sumatra.

- Me aterra que alguien se ensañe con mis huesos...

- La antropofagia era común entre los aztecas - proseguí sin reparar en las fantasías de Eufrasio -. Todos los años sacrificaban veinte mil víctimas humanas al dios del sol y les devoraban hasta las entrañas.

- ¡Desdichado Cortés si lo hubieran vencido! – exclamó el clérigo.

- Por lo menos - continué - en la India sólo comían a los enfermos y a los ancianos para satisfacer a Kali, una diosa negra, desnuda, con una guirnalda de calaveras humanas y los dientes manchados de sangre. La ciudad de Calcuta, Kalighata en el idioma del país, recibió el nombre de la divinidad.

- Los banquetes de carne humana ocurrieron también en África, Australia, Polinesia y Sudamérica - agregó Eufrasio -. Para esa gente consumir la carne de un enemigo valeroso incorporaba sus cualidades y privaba del sostén corporal a los espíritus hostiles.

- ¡Vamos! ¡Por qué no llamarlos por su nombre! ¡Son homicidas que devoraban a sus víctimas! - exclamé.

- ¡No exageremos! - prorrumpió Eufrasio -. Para nosotros, sacrificar no quiere decir asesinar sino sacralizar mediante una ofrenda que nos une a Dios. Decimos, por ejemplo, el sacrificio de la misa. Ten en cuenta que el Señor se sacrificó en la cruz para expiar los pecados de la humanidad.

- Así es – le respondí -. Por otra parte, en la celebración de la Eucaristía se transubstancia, o sea, se transforma el pan en el cuerpo, y el vino en la sangre de Cristo.

- El vino representa la sangre, y la hostia la carne del Salvador que ingerimos para simbolizar la unión de Cristo con los fieles – confirmó el religioso.

- Pero no la masticamos - le recordé.

- ¡Bueno estaría! - protestó Eufrasio.

- Sacralizar... Sacrificar... - me quedé pensando.

- Hacedlo en mi memoria, ordenó Jesús en la Última Cena - me interrumpió el cura volviendo al tema de la Eucaristía.

- Mm... ¡Me huele a sangre y a sacrificio humano...! - murmuré.

- ¡Esto te costará el Infierno! – dijo y se alejó enfurecido.

Unos meses antes, el obispo de Córdoba, monseñor Salustiano Carámbano, me había otorgado un subsidio que utilicé para renovar los escritorios, los sillones, las alfombras, y emplear a Artemio Flores, mi secretario.

La cátedra estaba impecable desde que lo contraté porque lo obsesionaba la higiene y la prolijidad. Se encargaba de las compras, no gastaba un centavo más de lo estipulado, vigilaba la limpieza y no había una partícula de polvo en la biblioteca ni en los escritorios. Mi correspondencia se contestaba todos los días y la agenda de clases y conferencias anticipaba todos los compromisos académicos y extracurriculares.

Si bien Artemio no era un modelo de sabiduría y cometía errores ortográficos, siempre fue un gran admirador de Borges y leía *La Historia Universal de la Infamia* subido a la escalera de la biblioteca donde también luce mi tesis *De absolutio et remitio peccatorum*.

- ¡Qué bien escribe Jorge Luis - me dijo un día, tratando a Borges con increíble familiaridad - aunque me cueste comprenderlo! Las letras jamás fueron mi fuerte ¿sabe don? Nací para el fútbol. Papá murió cuando yo era pibe y tuve que trabajar desde cuarto grado. Pero me interesan los libros.

Tiempo después me volví a encontrar con Eufrasio en el Museo Histórico donde guardan centenares de documentos de la Revolución Libertadora, puesto que el movimiento se inició precisamente en Córdoba.

- Mis padres contaban que Guernica olía a sangre fresca después del bombardeo alemán durante la Guerra Civil - me dijo -. La crueldad de los humanos no tiene límite.

- Tampoco la estupidez - le contesté -. Los animales se engullen unos a otros pero, en general, respetan a sus congéneres. Tengo la nariz impregnada aún por el olor a sangre de aquel 16 de junio.

- Las bestias matan cuando tienen hambre. No asesinan por placer o en nombre de ideas o principios. ¡El hombre es el lobo del hombre!

- Es posible que nuestros abuelos remotos fueran antropófagos - insistí en el tema -. Algunos lo niegan o fingen no saberlo pero el pasado resurge en las guerras, el terrorismo, la violencia, la rapiña.

- Los romanos usaban el circo para apaciguar a las turbas sedientas de sangre. *Panem et circensis*. Los combates entre gladiadores, entre bestias o entre hombres y animales enardecían a la gente.

- Los esclavos, delincuentes o prisioneros peleaban por sus vidas - agregué -, pero los espectadores no tenían piedad y las más de las veces apuntaban los pulgares hacia abajo para condenar a los vencidos.

- Sin embargo algunos campeones gozaban de prestigio entre los ciudadanos - recordó Eufrasio -. Las damas patricias los adoraban, los poetas cantaban su fama y los pintores los retrataban en joyas y jarrones. Unos cuantos consiguieron sobrevivir y llegar a viejos.

- Pero muchos se suicidaban antes de la fiesta. Uno, Espartaco, dirigió un levantamiento que terminó con la crucifixión de los rebeldes. Murieron como Nuestro Señor pero nadie les ofrenda una plegaria. Según Tertuliano, la sangre de los mártires se convirtió en la semilla de la Iglesia. *¡Quantum mutatum ab illo!* - no pude con el genio y largué el latinajo.

- La civilización transformó los circos romanos en estadios, canchas, pistas y graderías aunque, mirándolo bien, el pasado no perdona - salmodió el cura.

- Hoy en día el fútbol elige a sus víctimas entre quienes lo alientan desde las gradas e invaden las canchas para imponer sus puntos de vista.

- En realidad la tirantez se inicia antes del espectáculo y continúa muchas horas después entre el gentío - afirmó Eufrasio -. Sólo falta que se embuchen unos a otros. La sociedad admite la violencia y la encubre.

- Las corridas se ensañan con toros y toreros, aunque me consta que los restos del animal se reparten entre los pobres.

- ¡Pamplinas!

- Siempre hay una causa presuntamente noble, pero la carnicería sólo se agota cuando el horror aplaca la furia criminal. Las guerras se acaban, pero la violencia es eterna – concluí desalentado.

El tema terminó por enfermarme. Perdí el apetito, arrastraba los pies y pasaba las noches sin dormir.

- Tiene mala cara, profesor - opinó Artemio.

- *Homo hominis lupus*. El hombre es el lobo...

- ¡Qué novedad! – me interrumpió él.

Me subió la temperatura, pasé varias semanas alejado de las tareas y acudí a mi médico de cabecera, el doctor Fermín Clisterio, quien diagnosticó *surmenage* y me ordenó que guardara reposo en cama y que tomara unas gotas desabridas. Sin embargo, cuando terminé de redactar unas ochocientas páginas, se agravaron las jaquecas y mi reuma se hizo intolerable.

¡Bendito sea mi doctor! ¡No sé cómo hubiera sobrevivido sin él! Me visitaba todos los días y pasaba horas charlando junto a mi lecho. Me contaba que su familia se atendía con médicos espiritualistas que recetaban flor de naranjo, ruda, hisopo, albahaca, manzanilla y agua florida, e invocaban la ayuda de Dios, los Arcángeles, la Virgen y los Santos para tratar tanto la congoja y los temores como los dolores de cabeza, la indigestión, la diabetes, la artrosis, el tabaquismo y las calamidades provocados por la humedad, la contaminación, las infecciones y los parásitos. También curaban a los calurosos y a los friolentos, a los que transpiraban o no tenían apetito, a los poseídos por deseos y aversiones, o sufrían fiebre, reuma, náuseas, vómitos o insomnio. Su tío Zenón hacía milagros con la herbolaria y usaba la energía llamada chi por los chinos y prana por los hindúes. La tía Zenobia había sido curandera y psíquica. La mamá era clarividente, y la prima Eulogia lo había salvado del mal de ojo, del susto y del empacho.

Al terminar la secundaria le aconsejaron dedicarse a la medicina porque las *locuras paganas* que profesaba no le permitirían ganarse la vida. Aceptó el consejo y estudió en *La Docta*, pero cuando terminó la carrera se dedicó a la Homeopatía.

- Hay que restaurar la salud en forma suave estimulando a la naturaleza, que es la que realmente cura – sentenciaba el doctor -. No tengo por qué saber de dónde viene su fiebre. Basta con reproducir los síntomas con los remedios diluidos hasta superar el número de Avogadro, o sea, hasta que no se detectan más en el líquido.

- ¿Seguro que me curaré, doctor? – le pregunté un día angustiado.

- Confíe en mí: no lo voy a defraudar. Tome la *cantaridina*, el *lycopodium* y el *kalium carbonicum* lejos de las comidas, sin menta ni alcanfor. La cirugía, las drogas, los

transplantes y otras medicinas sólo se aplican en las pocas enfermedades que se resisten a estos tratamientos.

- ¿No hará falta un diagnóstico, doctor? – indagué acosado por la fiebre.

- ¿Le sobra la plata? – me contestó con otra pregunta -. Déle tiempo a la naturaleza y a la Homeopatía.

Artemio, mi secretario, se instaló en casa, cuidó mi dieta, veló mi sueño sentado en un sillón hasta que me sentí mejor y, en plena convalecencia me acompañó un día a la iglesia del Carmen. Eufrasio estaba rozagante, se alegró al verme y nos convidó con las empanadas que le había regalado una devota de la Virgen de Calamuchita. Luego nos invitó a recorrer el templo colonial.

- Los artesanos nativos se inspiraron en Europa - nos explicó el cura -. Las ocho columnas con flores y figuras femeninas simbolizan la pureza.

- Con excepción de la Santísima Virgen, claro está, las mujeres jamás simbolizan la pureza - objeté -, sino que son la viva imagen del pecado.

No se inmutó y prosiguió describiendo el templo:

- En los retablos barrocos veis una rica platería y santos rodeados por ángeles que empuñan espadas y arcabuces.

- ¡Ángeles con espadas y arcabuces! ¡Una forma de pactar con el enemigo! - lo volví a interrumpir.

- ¡Qué cosas importantes dice, profesor! – comentó Artemio sujetándome el brazo para bajar las escaleras del púlpito donde me había subido para ver de cerca las incrustaciones de nácar en el manto de la Virgen de Cachimayo.

En las semanas siguientes mi secretario no ahorró esfuerzos para mejorarme el ánimo.

- No iré al partido aunque llamés a la policía - protesté el domingo cuando me invitó a la cancha.

- ¡Déjese de pavadas! - se empeñó Artemio sin ambages - ¡Ya verá qué bien le hace!

- ¡De ningún modo!

- ¡Cómo que no le gusta el fútbol! ¿Nació en la Argentina?

- Soy riojano de pura cepa pero nunca me agradó ese deporte.

Cuando mi secretario me dejó en paz, pensé otra vez en los artificios de nuestra cultura para encubrir su naturaleza asesina. Recordé que Tertuliano refutaba las imputaciones de inmoralidad que sufrían los cristianos y los instaba a rechazar los espectáculos públicos de cuestionable recato, a vestir sencillamente, a ayunar con frecuencia y a rehusar los refrigerios en la cárcel. Jamás aceptó los segundos matrimonios, ni el martirio como expresión de la fe y condenaba como pecados mortales a la apostasía, el homicidio, el adulterio, la calumnia, insultar a Dios, faltar a misa los días domingo, los actos sexuales impuros, el alcohol y las drogas.

Tres horas más tarde Artemio regresó entusiasmado:

- ¡Se perdió lo mejor por prejuicioso! - exclamó desde la puerta mientras sus ojos despedían llamas de frenesí homicida y su sonrisa se cargaba con un rictus de crueldad -. ¡Ribelli le dio una patada en el tobillo a Bonadío! ¡Qué espectáculo! Los muchachos nos metimos en la cancha y nos agarramos a piñas hasta que uno sacó un cuchillo y se oyó un disparo. La policía hizo lo que pudo pero hubo dos muertos y más de treinta heridos.

La habitación se llenó de vahos de sudor, sangre y carne fresca, el hedor que percibieron los padres de Eufrasio Ustáriz en Guernica después del bombardeo.

Transcurrieron unos días hasta que el secretario de la Universidad me informó que mi cátedra entraría en concurso el año siguiente aun cuando nadie ignoraba que yo era el único intelectual argentino capaz de ejercerla dignamente.

Debía ser precavido y desistir de la publicación de mi ensayo sobre los acontecimientos de Buenos Aires en 1955 que incluí en una obra inspirada en Nimrod, un bisnieto de Noé y nieto de Cam quien, según el Génesis, fue *un rocío cazador que comenzó a ser poderoso en la tierra*. Los exégetas afirman que su presa favorita era el hombre y que por eso el rocío no cae sobre su tumba cerca de Damasco.

Mi obra proponía diversas explicaciones sobre la personalidad de este *cazador poderoso* a la vez que criticaba el mundo posmoderno dominado por los enfrentamientos políticos y confesionales, la avalancha de informaciones y, sobre todo, la sexualidad.

Estaba decidido a organizar un baluarte contra *los cazadores de hombres* de todos los tiempos y de todas las culturas y a luchar contra el adversario común de todas las creencias, el ateísmo, que reniega de Dios como si fuera un bien material sin reconocer la cotidianeidad de lo metafísico.

La búsqueda de la divinidad, decía yo, proviene de la necesidad humana de venerar, tan poderosa como la de amar o aborrecer y no se puede prescindir de la fe como no se lograría sobrevivir si el oxígeno desapareciera de la Tierra.

Quería encauzar al hombre contemporáneo en el camino de la Verdad y, si bien estaba lejos de ignorar la influencia de algún Nimrod en las esferas eclesiásticas, recordé que Tertuliano ya acusaba de falta de rigor y santidad a sus enemigos en Cartago y que se opuso a Praxeas cuando el romano cismático sostenía que Dios actuaba a veces como Padre, otras como Hijo, y otras como Espíritu Santo creando la

posibilidad sacrílega de que el Padre hubiera sufrido también la Pasión porque compartía Su sustancia con la del Hijo.

Uno de los defectos en mi libro fue describir al general Perón de 1955 como otro cazador de hombres. Los tiempos habían cambiado y el entonces coronel contaba ahora con fervorosos partidarios en la Universidad y en el gobierno de la provincia de Córdoba. Si bien yo no podía alterar los hechos históricos, mi propósito no era reavivar el conflicto sino comprender sus causas y extraer conclusiones que evitaran nuevos derramamientos de sangre.

Fue así que decidí desacerme de todo lo que se pudiera esgrimir en mi contra, coloqué los textos junto a la chimenea y le ordené a Artemio que los quemara.

- Seguro, profesor – me prometió, mirándome de reojo -. Pero las hojas chamuscadas volarán por el aire y se van a arruinar las bibliotecas y las alfombras.

- ¡No des más vueltas y quemá de una buena vez esos papeles! - le reiteré.

- Sí, profesor. Los voy a llevar al horno de la calefacción.

Eufrasio me visitó en la cátedra ese día, lo invité a tomar café y, entre sorbo y sorbo, mencioné que se proponían quitarme la cátedra y que debía eliminar de mi obra los detalles que pudieran comprometerme.

- Para La Biblia, Nimrod era un cazador de hombres - agregué -. Es indudable que lo hacía porque los libros sagrados no mienten aunque usen circunloquios.

- No mienten ni usan circunloquios - recalcó Eufrasio.

- Dios debió agregar un undécimo mandamiento a los diez del Sinaí.

- ¿Undécimo...? ¡De ninguna manera! Los diez alcanzan para asegurar la convivencia entre los hombres que siempre los necesitaron para no destriparse.

- Las Tablas de Moisés prohíben matar, cometer adulterio, robar, codiciar la propiedad y la mujer del prójimo - lo interrumpí -. También ordenan honrar a los padres y vedan adorar a cualquier Dios que no sea Jehová, como si hubiera otros. Pero no mencionan la mentira excepto cuando se refieren al falso testimonio.

- No cuestiono lo que hizo, hace o hará Dios – insistió Eufrasio.

- Sin embargo - le contesté -, mentir tiene un elevado contenido ético cuando se protegen valores como la fe, la lealtad, la seguridad, la estabilidad social, la paz. Dios Padre debió tener buenas razones para excluir el *no mentirás* de los Diez Mandamientos.

- El Señor no engaña ni se equivoca, si eso es lo que sugieres. Dios misericordioso previene, juzga y castiga los pecados a su manera, y el alma sólo se resguarda acatando sus mandamientos - subrayó Eufrasio cuando se despidió con un portazo.

Nuestro diálogo me recordó que Artemio podía no haber cumplido la orden de dar cuenta de los textos. Le reiteré el pedido e hizo un gesto de contrariedad:

- No necesito que me indique más de una vez lo que debo hacer - respondió.

- ¿Quemaste los papeles? - le pregunté de cualquier modo.

- Por supuesto, profesor - me contestó sin inmutarse.

- ¡No me engañes!

Acababa de alejarse Artemio cuando decidí confirmar personalmente sus palabras. Aunque no suelo subir la escalera de la biblioteca sin pedir ayuda, algo me anunciaba una sorpresa. Y así fue. Detrás de una hilera de volúmenes bien ordenados de Borges descubri un envoltorio con los escritos que tanto deseaba destruir.

- Ya me va a escuchar el muy... - prometí mientras tomaba con las dos manos el paquete.

Perdí el equilibrio, pegué una voltereta en el aire e ignoro lo que sucedió después.

Mis prejuicios contra el turismo incluyen a quienes deterioran impunemente las playas de Mar del Plata, aniquilan la fauna autóctona en África, asolan las montañas de Colorado o fomentan la prostitución en Tailandia.

Nadie ignora que los viajes de placer ya no son un privilegio de los ricos. Se dice que Marco Polo los inició en el siglo XIII, y consta en múltiples documentos que la aristocracia británica recorría Italia, Francia y Alemania en el siglo XVIII, y que en el XIX Tomás Cook ya organizaba excursiones dentro y fuera del Reino Unido. Sin embargo, recién después de la Segunda Guerra Mundial cambió la actitud de la gente con respecto a la diversión y el trabajo: el descanso interesa ahora a todas las clases sociales, los itinerarios organizados incluyen el transporte y el alojamiento, y las líneas aéreas acortan las distancias.

El ingreso principal de muchos países proviene de esa fuente pero no justifico la avidez de las empresas que lucran sin cuidar la ecología. Por eso recurrí al sentido común para organizar un viaje por mi cuenta y riesgo rechazando las ofertas consumistas.

Hice girar el globo terráqueo inmóvil tantos años sobre el escritorio y, cerrando los ojos, lo detuve con el índice en un lugar cualquiera que resultó ser el océano Atlántico junto a las costas de África. Cuando retiré el dedo, apenas pude leer el nombre de una isla muy pequeña: Nimrodia.

¿Nimrod en medio del océano?

¿Sería fruto del azar, una señal de Dios, un milagro?

No dudé de que Nimrodia debía ser la meta de mi viaje.

Luego de la Epifanía, exactamente el 7 de enero, llamé a la oficina de Aerolíneas Argentinas en Córdoba para reservar un boleto pero, el primer traspié, un empleado de mal humor me informó que se habían suspendido los vuelos directos, que patatín que patatán, que la economía, el precio del petróleo, la gente más cuerda de lo que parece, la escasa aceptación del público, las tasas de aeropuerto, etcétera, etcétera. En resumen, estaba obligado a partir de Buenos Aires, aterrizar inevitablemente en Lagos, la ciudad principal de Nigeria, e ingeniarme para alcanzar mi destino por vía marítima.

Jamás me dejé intimidar por un burócrata de segunda clase, y su charla reafirmó mi decisión de conocer Nimrodia a toda costa.

Actualicé entonces los documentos que había gestionado diez años antes para una peregrinación a Tierra Santa con un grupo de fieles cordobeses que, dicho sea de paso, nunca se concretó.

Tardé una semana en preparar el equipaje con la minuciosidad habitual, sin olvidar el cepillo de dientes, el calzador, el hilo y la aguja de coser, los botones, las píldoras para la diarrea ni los comprimidos del doctor Fermín Clisterio contra el reuma.

No recuerdo los detalles del ajetreo que precedió a mi partida. Sólo retengo que el día señalado tomé el ómnibus en *La Docta* rumbo a la Capital Federal y que no cerré los ojos en toda la noche para vigilar al conductor y evitar que nos estrelláramos.

Un taxi me llevó al aeropuerto de Ezeiza desde la Terminal de Ómnibus en Retiro, completé los trámites de rigor, me acomodé en una aeronave de nuestra línea de bandera y tras ocho horas de turbulencias aterricé en los alrededores de la famosa ciudad nigeriana.

Más muertos que vivos, los viajeros pasamos por la aduana donde casi nos quitan la ropa para asegurarse de que no transportábamos mercaderías prohibidas.

Los guardias confiscaron mis remedios y un tomo de Espronceda porque no ubicaron el libro entre los admitidos en el país, tiraron el mío en un canasto y se apropiaron de un relicario con un trozo del hábito que usaba San Bartolomé cuando lo despellejaron en Albanópolis. Tuvieron asimismo la desfachatez de extender un recibo para reclamar mis pertenencias al regreso:

- ¡Olvidáte! – pensé mientras guardaba el papel en un bolsillo.

Me obligaron a jurar que no realizaría actividades subversivas y que no pertenecía a los Tigres de Liberación de la Tierra Tamil ni a las organizaciones palestinas Abu Nidal, Hamas, Jihad Islámica, Frente para la Liberación y Frente Popular. Que jamás había tenido contacto con los filipinos de Abu Sayyaf ni con el Grupo Armado Islámico argelino, el egipcio Gama'a al-Islamiyya, el pakistaní Harakat ul-Mujahidin ni con Al Qaida ni Hizbollah ni con el iraní Mujahedin-e Khalq, el irlandés IRA, el vasco ETA y mucho menos con la Organización Revolucionaria griega 17 de Noviembre, los argentinos ERP y Montoneros, el ELN inspirado por Cuba, el Sendero Luminoso del Perú ni los colombianos Fuerzas Armadas Revolucionarias, Autodefensas Unidas y Grupo Paramilitar.

Sólo me permitieron reanudar el camino luego de un par de horas interminables de preguntas y respuestas que culminaron cuando uno de los guardias embolsó descaradamente un billete de cinco dólares que halló en la valija.

Estaba seguro de no recuperar mis píldoras, el libro ni el relicario, precioso recuerdo éste de mamá en su lecho de muerte. Prometí a mi santa madre no separarme jamás de él porque había recibido la bendición de San Inocencio, enérgico impulsor de la supremacía papal quien, como se sabe, condenó al pelagianismo por afirmar que sólo

la libertad lograba la excelsitud del alma, y por refutar la trascendencia de la misericordia celestial.

Pelagio negaba el pecado original y la necesidad de bautizar a los niños, y sostenía que los humanos podíamos realizar buenas obras sin el auxilio de la gracia divina:

- *La fe y el dogma casi no importan* - insistía equivocadamente - *porque la esencia de la religión es la acción moral.*

La corrupción del hombre no es innata, afirmaba el monje, sino debida a los malos ejemplos y nada tiene que ver con ella la caída de Adán. Quienes llevan una vida ejemplar apelan al libre albedrío, a la razón, a la conciencia y van al cielo por sus propios méritos sin la ayuda de nada ni de nadie.

Gané la calle enfrascado en mis reflexiones y le hice señas a un taxímetro Rolls Royce que parecía haber cumplido ya su misión en la Tierra. El conductor, un nigeriano robusto de casi dos metros de altura, se hizo cargo de la valija y le indiqué que me llevara al puerto. Me miró sin entender una palabra pero en cambio me explicó en su jerga que sólo hablaba yoruba, una lengua vernácula según creo, y propuso conducirme a casa de un compatriota amigo que estudiaba inglés en la Berlitz. No tardé en intuir que abusaba de mi confianza, intenté bajar, me disuadió con un exabrupto gutural y recién aceptó mis instrucciones cuando pronuncié la palabra *puerto* muy parecida a su equivalente sajón *port*.

En media hora de marchas y contramarchas, vueltas y revueltas pasando varias veces por el mismo lugar, llegamos a los muelles donde intenté en vano ubicar un barco del servicio regular a Nimrodia mientras el hombre trataba de retenerme con gestos y ademanes indecorosos y ofrecía, en cambio, llevarme a un hotel próximo a las playas.

Revisé entonces mis apuntes sobre Lagos, una antigua población descubierta por los portugueses en el siglo XV y construida sobre islas y algo de tierra firme en la costa occidental del continente negro.

Francamente, no me atrajo la idea de pasar mis vacaciones en una ciudad con más de un millón y medio de habitantes a pesar de sus bellezas naturales, su universidad y un museo con colecciones de arqueología, etnografía y arte tradicional.

Estaba ansioso por llegar a Nimrodia y rechacé la propuesta del taxista quien, resignado ya a perder su cliente, aceptó los treinta dólares que le pagué feliz de sacármelo de encima y me condujo al embarcadero donde en un cartel de buenas dimensiones se leía:

VISIT NIMRODIA, A PARADISE IN THE TROPICS.

Recorrí el muelle repleto de libros, manteles, juguetes chinos y coreanos, samovares, artesanías africanas, gorras con viseras y botellas de bebida cola enfriadas en tachos de hojalata.

Un hombre rengo de turbante levantó mi valija, lo seguí abriéndome paso entre la multitud, compré el boleto y me senté en la proa del catamarán *Sweet Sue* a punto de hacerse a la mar cargado de pasajeros.

Todo me parecía extraño en esa marea humana que desconocía las leyes de urbanidad y cortesía propias de mi país, y pronto me asaltaron dudas sobre la seguridad del barco al que confiaba la vida.

Los catamaranes suelen ser seguros porque sus cascos unidos por una plataforma rígida les dan estabilidad y solidez, pero me consta que hace un par de años uno de

sus mellizos no resistió las aguas turbulentas del lago San Roque cerca de mi querida Córdoba.

- *Nadie muere en la víspera* -, recordé un refrán popular en la Argentina donde muchos creemos que el límite de la vida sólo está determinado por Dios.

Sin embargo, si bien dudé sobre la conveniencia de continuar el viaje, finalmente hice de tripas corazón y me dispuse a afrontar la travesía con la decisión y el coraje que todo buen riojano pone en sus proyectos por más aventurados que parezcan al principio.

El catamarán se desplazó suavemente hasta el final de la escollera donde las olas comenzaron a batir los costados inclinándolo a babor y estribor. Decenas de bultos se deslizaban peligrosamente en la cubierta mientras los pasajeros hacían lo imposible por mantenerse en su sitio o se doblaban fuera de borda para vomitar.

El espectáculo era dantesco. A duras penas me había tomado de una baranda con el Jesús en la boca tratando de ocultar el pánico y de reforzar el tono de mis esfínteres cuando, a punto de ponerme de rodillas para implorar la ayuda del Señor, escuché una voz grave y serena:

- *No problem* - me decía un vecino de túnica roja -. *These ships never sink*.

La palabra *sink* me sonó a hundirse y me aferré a un chaleco salvavidas bajo el banco, pero mi compañero ocasional indicó con un gesto que me tranquilizara.

- Gracias - le respondí - sin considerar que quizá no me iba a comprender.

Se sonrió y me estrechó la mano.

- Yo también hablo español - contestó -. Soy nimrodio.

Cambié de humor a partir de ese momento aunque el catamarán seguía meneándose y la lluvia intensa aumentaba la incomodidad.

Recuperé la compostura y me ajusté la corbata mientras observaba con curiosidad a mi vecino de toga y turbante rojos. Era alto y delgado, de unos sesenta años, con los labios gruesos, la tez oscura y el cabello y la barba enruladas que delataban su origen africano.

Le ofrecí mi paraguas.

- Estoy acostumbrado a estos inconvenientes – me aseguró abriendo el suyo.
- Utiliza muy bien nuestro idioma.
- Es mi lengua materna. ¿Su primer viaje a Nimrodia?
- Sí, señor. ¿Sabe cuánto durará la travesía?
- Cuatro horas más porque el mar está picado. ¿Qué hace tan lejos de su patria?
- Soy un turista ecológico y además...
- ¡Bravo! - me interrumpió - Debemos transmitir el planeta a nuestros hijos tal como lo recibimos de nuestros mayores.

No paraba de hablar relatando mil detalles sobre su país: en tiempos inmemoriales los nimrodios llegaron de Medio Oriente y dominaron la isla. Hasta entonces habitaban las montañas de Ararat donde descendió el arca de Noe después del diluvio, según consta en La Biblia y también en el Pentateuco Samaritano, los Targums, y en los escritos muy confiables de Josefus, Nicolás de Damasco y Benjamín de Tudela.

- Para mí nada es más digno de confianza que la Biblia – lo interrumpí.
- Ya lo creo. Lo cierto es que quinientos años antes de Cristo muchos descendientes de Nimrod, un bisnieto de Noé, fueron expulsados de su tierra y obligados a refugiarse en barcos fenicios que recorrían el Mediterráneo y surcaban el océano más allá del estrecho de Gibraltar, las Columnas de Hércules de aquel entonces.
- ¿Los fenicios les cobraron el pasaje?

- Por supuesto. Eran buenos comerciantes y exigieron cinco mil monedas de plata destinadas al templo de Astarté en Tiro, pero luego de incontables regateos accedieron a transportarlos por mil.

- ¡Claro, eran los únicos que conocían el lugar!

- El rey cartaginés Hannón ya había descrito la isla que conoció en uno de sus viajes y se tenían noticias de sus bosques tropicales llenos de alimañas, monos, elefantes, cabras salvajes y miles de pájaros de todas las latitudes.

- ¡Ya no quedará nada de eso!

- Casi nada porque la isla soportó una cantidad de invasiones hasta que finalmente España la conquistó en 1530 e impuso el idioma de Castilla y la religión católica apostólica romana. Pero la nueva fe no impidió que el país se convirtiera en un centro de la trata de esclavos.

- ¡A Dios rezando y con el mazo dando! – susurré en voz baja.

- Este comercio infame - prosiguió sin prestarme atención - atrajo el interés de los holandeses, franceses, portugueses e ingleses hasta que se restringió el mercado, y la economía insular entró en decadencia. Muchos barcos se abastecían en Nimrodia durante las guerras de los siglos XVIII y XIX y los marineros aprovechaban para realizar escalas higiénicas en los lupanares, lo cual expandió la sífilis y otros achaques de la civilización aunque renovó el perfil étnico de los pobladores.

- *Meretrices toluerunt peccata mundi* - me persigné -. Las prostitutas...

- El oro de Sudáfrica atrajo a los británicos. Los agricultores bóer se opusieron y la contienda duró hasta 1902 cuando un tratado de paz confirmó el dominio de la Reina de los Mares. Ya habían devastado las granjas y confinado a los habitantes en campos de concentración...

- ... que no se inventaron en el siglo XX... – acoté.

- Existieron siempre. Los bóers que lograron huir se establecieron en Nimrodia pero eran protestantes calvinistas y odiaban a los africanos.

- ¡Qué ropa tan vistosa! - lo interrumpí -. Me atraen los tonos del rojo.

Mis palabras lo conmovieron hasta las lágrimas.

- Rojo es el color del luto – susurró sacando un libraco de su valija de mano -. Tome. Lea. Es el *Archivo Epistolar de Nimrodia*. Se edita un ejemplar todos los años. Este es el último.

Un golpe de mar zarandeo al *Sweet Sue* y casi me caigo del asiento, pero pude sujetar el volumen lujosamente encuadernado en cuero de Rusia con letras doradas, filigranas y diseños heráldicos.

- Es el libro de mayor circulación en Nimrodia - prosiguió -. Hace tres siglos, el profeta Rod ordenó copiar las cartas que los fieles enviaban y también las que recibían.

- ¡Una forma de meter la nariz en la vida ajena! - me atreví a comentar.

Me miró con cara de *quién es usted para juzgar* o de *oiga y cállese la boca*, carraspeó y continuó su explicación:

- El santo varón se tomaba el trabajo de leerlas para conocer las actividades y la forma de pensar de los feligreses. Su principal objetivo era indicarles el camino correcto. Muchos consentían a regañadientes pero, con el tiempo, utilizaron imprecisiones y códigos secretos para mantener su privacidad.

- Siempre habrá una manera de violar las leyes. ¿Archivan sólo las cartas que reciben o también las que mandan? - pregunté tratando de disimular mi estupor.

- Todas - contestó sin moquearse mientras leía:

... la tradición se remonta al Nuevo Testamento que, precisamente, contiene epístolas dirigidas por San Pablo a los romanos, corintios, gálatas, efesios, filipenses, colosenses, tesalonicenses, a Timoteo, a Tito, a Filemón, a los hebreos. Santiago le escribió a las doce tribus. San Pedro a los extranjeros y a los alcanzados por la fe. San Juan a los pueblos, a una señora y a un anciano, San Judas a los fieles.

- El género también fue utilizado por Aristóteles y Simón Bolívar, entre otros - acoté.
- En épocas del profeta Dor entregábamos los originales al Archivo y enviábamos las copias en papel carbónico a los destinatarios – prosiguió él.
- ¿La gente acataba la ley?
- Violarla era un delito castigado con años de cárcel y hasta con la muerte por lapidación, pero gracias a estas disposiciones conocemos la cultura tradicional de los nimrodios aunque sólo llegó a nosotros una pequeña parte del material por los incendios, las guerras, los saqueos y los terremotos.
- En mi país atribuimos a fenómenos naturales muchas dificultades provocadas por la negligencia y la imprevisión.
- En el nuestro también.
- ¿Quién se encarga de mantener al día tanta correspondencia?
- Los técnicos del Museo Nacional cursan la carrera de Epistología en Nimrodia y en Estados Unidos. Tienen un buen sueldo y dedican sus vidas a investigar, ordenar, preservar y reparar el material venido a menos. Dicen las malas lenguas - agregó con un dejo de picardía - que algunos epistólogos proporcionan información a la Central de Inteligencia.
- Los resentidos también difunden calumnias en la Argentina. Voy a llevar la idea a mi país pero me costará imponerla porque ahí todos guardan celosamente sus

secretos a pesar de los teléfonos pinchados y de los periodistas ansiosos por meterse en la vida ajena.

- Lea esta carta de mi hijo Nimrino - dijo de pronto buscando en las últimas páginas.

- ¡Debe sentirse orgulloso!

El hombre volvió a sollozar:

- Encontré el original junto a su cuerpo cuando se arrojó a la playa desde el acantilado – me dijo después de sonarse la nariz con un pañuelo rojo -. Lea, por favor.

- ¡Dios mío! ¡Cuánto lo siento!

- Había sido un alumno brillante en los primeros años pero empezó a decaer luego de ingresar a la secundaria. Dejó de estudiar y de divertirse con los amigos. Pasaba horas mirándose al espejo y casi no hablaba. El director de la escuela nos aconsejó consultar al psiquiatra. Lo llevamos y diagnosticó un brote esquizofrénico, recetó unos comprimidos y nos ordenó vigilarlo de cerca.

Noviembre 20 de 1982

Queridos papá y mamá:

Para el profesor de astronomía, el Universo comenzó con una explosión atómica hace 15.000 millones de años. No se sabe cuántas catástrofes hubo antes separadas por períodos de estabilidad, pero mucho después apareció la Vía Láctea y hace 4.500 millones de años, el Sistema Solar y la Tierra.

Mil millones de años más tarde brotó la vida en el planeta, engendrada en burbujas de arcilla o transportada por meteoritos desde el espacio. La cianobacteria fotosintética aprendió a captar la energía solar y a convertirla en química, aparecieron los ácidos

nucleicos y, finalmente los seres humanos cuya mente se originó en los mismos procesos.

Los seres vivos integrados por carbono, nitrógeno, oxígeno e hidrógeno, aprendieron a alimentarse, crecieron y se multiplicaron en una asombrosa variedad de especies emparentadas por un antepasado común.

En la era cuaternaria, hace un millón de años, surgió el primer hombre, la civilización avanzó a grandes pasos, la ciencia y la tecnología universalizaron la cultura, los vehículos espaciales y los radiotelescopios buscaron rastros de inteligencia extraterrena y aparecieron métodos infalibles para destruirnos.

Cada especie depende de las demás y este equilibrio es esencial para mantener la vida en el planeta. Sin embargo, el hombre es el principal depredador porque contribuye a la extinción de muchas, talando así la rama del árbol que las sostiene.

Me aburrí la carta de Nimrino interrumpida por las crisis de llanto del padre y algunos pasajeros, porque más que la motivación irracional de un suicida era un resumen de las hipótesis impregnadas de laicismo que enumeran los textos de biología.

Traté de evitar un bostezo apenas contenido:

- El siglo XVIII estaba convencido de que la ciencia solucionaría los interrogantes pero todavía no consiguen resolver enigmas tales como el sentido de la vida y nuestro porvenir en el planeta. Los científicos jamás superarán los misterios que encaran la religión, la metafísica y el arte.

- Nimrino no se suicidó por no entender la diferencia entre ciencia y religión – dijo el padre luego de sonarse la nariz con el pañuelo rojo -. Era difícil aceptar que teníamos un loco en la familia y confiábamos en los comprimidos que le recetaba el psiquiatra.

Me encogí de hombros y seguí leyendo:

En las clases de religión me enseñan que hace 6000 años Dios creó el mundo en seis días y descansó el séptimo pero no estaba satisfecho con Adán y sus descendientes. Los humanos se portaban mal y les envió un diluvio que lo destruyó todo, menos a una pareja de cada especie asilada en el arca de Noé. Cuando los hombres lo obedecían, lograban compensaciones tales como riqueza y larga vida. Si no, los castigaba con enfermedades, guerras y hambre. Al final el Creador se cansó de tantos premios y sanciones y resolvió despachar a la Tierra a su único hijo para arreglar las cosas, pero lo mataron. Los humanos no tenían arreglo y la única forma de juzgarlos no estaba en esta vida sino en la otra, la eterna, que tiene que ver con la muerte porque también es perpetua. Decidí evitar a toda costa el Infierno, cumplir los preceptos, rezar, y pedir perdón para eludir un castigo mayor en el otro mundo con un sacrificio menor en éste.

- ¿Qué cosas ofenden a Dios? – le pregunté un día a mi maestro.

- Tus dudas, Nimrino.

- ¿Es verdad que la Tierra es plana y que está en el centro del Universo?

- Eso creíamos. Alguien instaló la incertidumbre y lo encarcelamos porque no se pueden tolerar celos en la doctrina. Sin embargo, con el tiempo aceptamos que nuestro planeta es esférico y que no se halla aquí el centro del Universo.

Queridos mamá y papá:

Renuncio a entrar en discusiones. ¿Quién dice la verdad?

Arreglen ustedes sus cabezas hasta que nos volvamos a encontrar el día del Juicio

Final que, según me enseñan, ocurrirá inevitablemente. Hasta entonces,

Nimrino.

- Pobre muchacho - comenté -. Ignoraba que la ciencia y la religión no están realmente en conflicto sino que son diferentes campos del saber. La ciencia es neutral y empírica. Aconseja salvar el planeta aunque no aclara porqué, y pasa por alto que los seres humanos no deben ser prostituidos ni asesinados.

- La religión se ocupa de valores éticos y morales ajenos al conocimiento científico. El Creador nos impone preservar la vida - observó -. Dios es el principio y el fin. Recompensa a los justos, perdona a los arrepentidos y castiga a los remisos. Sus propósitos escapan a nuestra comprensión pero cuando la desgracia se vive en carne propia...

El hombre lloraba desconsoladamente, volvió a sacar el pañuelo empapado y le brindé el mío de color azul.

- Lo lamento. El duelo me obliga a usar sólo prendas rojas.

- No quise agraviarlo...

-Nimrino era obediente y respetuoso – agregó -. Algunos niños veneran a los padres por sus virtudes ficticias o reales, pero les temen y envidian a la vez. Envidia deriva de ver, *in videre*, mirar adentro. La envidia nos lleva a dañar lo que amamos.

- ¿Dañar?

- Sí, e inculca maldad en lo que se admira. Decimos se puso verde de envidia como si verde fuese el color de la enfermedad. Por otra parte, admirar es una forma de mirar,

ad mirare, e inocular es una manera de introducir con la vista, *in oculare*. Algo o alguien inculó envidia en Nimrino....

- ¿Y por eso se suicidó?

- Venerar y temer al mismo tiempo...

- ¡Un tormento catastrófico! El misterio de la existencia fue una carga demasiado pesada para su cerebro inmaduro - reflexioné.

- No pudo sobrevivir en su mundo lleno de contradicciones. La muerte de mi hijo hizo tambalear mis certidumbres.

Algunos pasajeros hastiados de nuestro diálogo se echaron en la cubierta del catamarán tratando de dormir. Otros apoyaban con gestos y palabras las afirmaciones de mi vecino pero no ocurría lo mismo con lo que yo aportaba. Me miraban perplejos cada vez que abría la boca e intentaban disuadirme con sonidos guturales.

- Parece que no les gusto – le comenté al padre de Nimrino.

- Nada de eso - me contestó -. Les ha caído muy bien.

- ¿A qué viene entonces tanta alharaca?

- Entre nosotros jamás se dirige la palabra al que está de duelo. Se considera una falta de respeto, y el color rojo aleja a los intrusos.

- ¿Quiere decir que es pecado condolerse?

- No señor, pero está fuera de lugar.

- ¿Y los ruidos extraños que hacen con la garganta?

- Hablan en *afrholfrancoespangloportuguesio*.

- Ahora caigo. Algunos idiomas suenan mal cuando no se tiene el hábito de escucharlos.

- Tampoco cualquier sonido es música ni toda mancha de color, pintura - me siguió abochornando con su elocuencia.

Observé detenidamente a los viajeros. Había una docena de caucásicos vestidos a la europea pero los demás tenían rasgos africanos y usaban túnicas blancas y sandalias de cáñamo. Los hombres llevaban turbantes y las mujeres se cubrían con velos la nariz y la boca o lucían tocados altos con moños de color.

Se veían pocas valijas en cubierta. Abundaban en cambio todo tipo de cestos, cacharros, paquetes, artículos electrónicos, cámaras fotográficas y aparatos de computación.

De pronto, una anciana se abrió paso entre la multitud, trepó a uno de los asientos en la proa y, ajena a los vaivenes del catamarán, comenzó a vociferar en la jerga vernácula batiendo el parche de un tamboril africano.

Dos tripulantes intentaron disuadirla:

- *¡Tranquilipas! ¡Calmación! ¡Espèce de brute! ¡Velha de merde!* - le gritaban.

Pero ante su terquedad la alzaron en vilo y la obligaron a bajar de la tribuna. Ella se defendía con aullidos, insultos, arañazos y puntapiés, y sólo logró su propósito cuando mi vecino ordenó que la dejaran en paz.

Apenas entendí lo que la mujer decía en su extraña lengua franca tragándose las palabras y salivando por su bocaza desdentada. Pero tomé notas y más tarde pude reconstruir el discurso.

¡Nostradamos, Nostradamos!

¡Te invocamos!

¡El Anticristo en Nimrodia anuncia el Apocalipsis!

*Los cuatro jinetes a pelear
en Meguido entre el bien y el mal.
Armagedón, Monte - Har,
Har - Meguidón. Esdraelón.
Lengua Santa, Confusión, Confusión.
Guerra química, guerra atómica.
Guerra bacteriológica.
Se cansó de los perversos Jehová.
Anula el Pacto con Abraham.
No escuchan al Hijo de María.
Dos mil años más y adiós la Tierra impía.
Los muertos en las fosas sepulcrales
miran televisión sin pausas comerciales.
Al Paraíso el pobre y oprimido.
El Salvador no será vencido.
Enloquecen las vacas en Albión.
La carne en putrefacción.
Sólo pescado en el mercado.
Cáncer y SIDA fatales se curan con remedios naturales.
Píldora para no engordar, píldora para copular, píldora capilar.
El petróleo se termina, el hidrógeno camina.
La prensa delata la conjura.
Expone la verdad pura.
Sin censura.*

Los rapados anuncian al mundo exhausto:

¡Es un invento judío el Holocausto!

Los ingleses retornan las Malvinas

al país de la zona transandina.

¡Silencio profundo!

¡Llegó el fin del mundo!

La vieja lanzó un chillido, se tambaleó y cayó sobre la cubierta en medio de horribles convulsiones.

Quisieron ayudarla. Un chamán la cubrió con hojas de zarzaparrilla, sapos desecados y colas de zorro gris. Un grupo de jóvenes aumentó al máximo los decibeles de una grabación de María Callas. Un quiropráctico la tomó por la cabeza y le zamarreó las vértebras cervicales. Pero fue inútil. Estaba muerta.

El hombre de la túnica roja se acercó al cadáver y le quitó la ropa ante la multitud consternada que se puso de pie.

- Glorificado sea el Creador del Cielo, la Tierra, los árboles y las plantas, los hombres y las bestias - oró.

La emaciación era pavorosa y el cuerpo estaba cubierto de llagas, cicatrices y tatuajes esotéricos.

- Adoremos al Señor que nos enseñó a convivir en paz.

Mi vecino se cubrió con un manto escarlata mientras proclamaba:

- El reino de Dios se establecerá en nuestros días para toda la eternidad.

Luego elevó los ojos al cielo.

- *Su Nombre será bendecido y reverenciado por los mortales y sus almas sempiternas.*

Y pronunció una plegaria en griego, el idioma de la Septuaginta:

- *Alabemos a los maestros que predicán los Libros Sagrados tanto en los Cielos como en la Tierra.*

Luego en latín, la lengua de Pilatos:

- *Que el Padre y el Hijo nos sigan otorgando gracia, salvación, misericordia, sustento, longevidad y compasión por nuestros semejantes en ésta y en la otra vida.*

Y en arameo, el idioma de Cristo:

- *Armonía en las alturas y felicidad para todos los nimrodios.*

La multitud gemía desconsolada en la cubierta del *Sweet Sue* y repetía una y otra vez las frases del hombre de rojo mientras los tripulantes envolvían el cadáver en una lona carmesí y lo arrojaban fuera de borda.

Fue precisamente entonces que divisamos la isla en medio del mar que parecía un lago de aceite mientras el barco navegaba sereno hacia la costa y un sol radiante iluminaba el paisaje hasta donde alcanzaba la mirada.

Poco a poco renació la cordura, la tripulación ordenó los bultos y cacharros esparcidos por la cubierta y se escucharon expresiones de confraternidad y buenos deseos:

- *¡A guda fortuna mi frendo! ¡Olvidemus nijt pra portar a home! ¡Chirios na molhe and piquenhos! ¡Mercis miles!*

Comenzaba a comprender el idioma vernáculo, me sentí reconfortado e intenté devolver el *Archivo Epistolar* al padre de Nimrino:

- *Quédese con él. Es mi regalo de bienvenida – me contestó sonriendo.*

- Muchas gracias. Permítame presentarme. Me llamo Mateo Benegas y enseño Historia de las Religiones en la Universidad de Córdoba.

- Encantado de conocerlo. Yo soy el profeta Don Mindor, jefe del Consejo de Apóstoles.

- ¡Caramba, un profeta...!

- ¡Sólo un cargo dentro de la jerarquía eclesiástica! No deje de visitarme.

- Con mucho gusto - le dije mientras los viajeros se amontonaban a babor esperando que el catamarán atracara junto a una lancha de pescadores y otras embarcaciones de poco calado.

Decidí mantenerme lejos de la gente para evitar los empujones y los hedores que no eran pocos. A lo lejos, las colinas cubiertas de vegetación iluminaban el paisaje de rocas graníticas. Desde la más alta, una enorme figura humana dominaba la ciudad.

- *Nimlod, padle patlia* – me advirtió un pasajero desdentado.

Agradecí la información pero seguí leyendo bajo un toldo en la popa para resguardarme del calor y de la multitud cargada de bártulos que se apretujaba junto a la planchada.

Finalmente bajé a tierra y caminé hasta el extremo del malecón donde deposité la valija en el baúl de un antiguo Renault que me zarandeó por las calles empedradas entre cientos de peatones y vehículos de todo tipo desde carros tirados por bueyes y mulas hasta ómnibus y automóviles de último modelo.

Cerca del puerto habían transformado una antigua fortaleza en un centro comercial junto a la ciudad universitaria y al hotel *African Palace*, un edificio con techo de tejas rodeado por cabañas en un parque de wisterias, buganvillas, hibiscos, bignonias y floripondios.

El manual del viajero lo señalaba como el más adecuado para los turistas de Occidente que desearan hospedarse con dignidad. Un mulato de librea se hizo cargo del equipaje en la entrada del hotel y me condujo a un mostrador donde zumbaban una docena de ventiladores colgados de las vigas.

- *¿Do you have a reservation?* - me preguntó un empleado motoso teñido de rubio -.
¿Reservación, reservatzia, reservieren, reser...?

- No – lo interrumpí secamente.

Me miró como si le hubiera anunciado la muerte de su madre.

- *Reservation, reservation... Have to wait.*

No pude ocultar mi disgusto:

- ¡Aguardaré todo lo que haga falta, mesalina!

- No se altere usted - me contestó en perfecto español -. Tenemos orden de hablar en inglés con los turistas.

Había transcurrido una hora cuando el afeminado indicó que me acercara.

- Le conseguí una de las mejores habitaciones - me dijo con una mirada seductora -.
 Espero que le guste.

Anotó mi identidad en un cuaderno y entregó a un ordenanza la llave del cuarto.

- Le costará un millón de pesos nimrodios por día – anunció luego poniendo los ojos en blanco -. No se preocupe. Equivale a diez dólares en la moneda del país.

El ordenanza se hizo cargo de la valija y me acompañó por un corredor con alfombras de yute, revestido con cañas de bambú y piezas de terracota africana dispersas en las paredes. Abrió la puerta del cuarto y corrió las cortinas del ventanal que daba al patio interior con una fuente de pórfido.

- Muy bonito – comenté mientras examinaba la cama de bronce de dos plazas, las consolas, el ropero con un espejo largo, la cómoda, el ventilador de techo, la mesa y sillas de baobab y, en un rincón, una bañadera, un inodoro y un recipiente ovalado con una ducha al revés que, según me informó el ordenanza, llaman bidé y sirve para higienizarse las piernas luego de andar por las calles polvorientas.

- ¡Curioso artefacto! – acoté -. ¿Lo inventaron ustedes?

- Creo que los franceses... - me contestó mientras colocaba la valija sobre un soporte de madera.

Me entregó la llave del cuarto y le pregunté si en las otras habitaciones el baño estaba separado del dormitorio.

- Todas son iguales - me contestó -. ¿El señor necesita un tabique dentro de la recámara?

- La intimidad... ¿sabe?

- ¿Intimidad...?

- Hay ciertas cosas que no corresponde hacer en público.

Era inútil discutir.

- ¿Tu nombre es...? – le pregunté.

- Tomás, Tomás Iscariote – me contestó sonriendo.

- Tiene un sonido musical...

- Papá se llama Judas, Judas Iscariote, y es profesor de Filosofía. Trabajo para pagar mis estudios.

Extendió la mano en forma inequívoca, le regale dos dólares y me agradeció inclinando la cabeza.

Cuando se retiró, abrí la valija y traté de acomodar mis pertenencias en el ropero. Colgué en una percha el traje negro de las reuniones académicas. Junto a él, un par de sacos y pantalones de verano, y coloqué en la cómoda las camisas, las corbatas, las medias y la ropa interior en desorden.

Tarea penosa la mía puesto que, en Córdoba, Marta se ocupa de estos menesteres. Apreté un timbre en la pared y casi de inmediato se presentó una mucama:

- Para servir a usted – me dijo con una sonrisa que descubrió dos hileras de dientes impecables enmarcados por labios firmes y carnosos.

- Necesito que me ayude a organizar mi ropa. No tengo la costumbre...

Aprecié la belleza y la buena disposición de la muchacha nimroda y me senté en la cama admirando discretamente la armonía de sus curvas de gacela, la cola abultada y los pechos prominentes que se movían con gracia mientras acomodaba los cajones.

De pronto ordenó que me desvistiera.

- Los sacos, los pantalones y las corbatas se limpian a seco... - objeté.

- Ya me ocuparé de eso. ¡Sáquese también la ropa interior! ¡Vamos, vamos!

Me ruboricé pero antes de que pudiera evitarlo me sacó los zapatos, la corbata, la camisa, los pantalones, los calzoncillos y las medias. Por primera vez estaba completamente desnudo frente a alguien que no era mi madre. Pero a la joven no la perturbaba mi desnudez y, por el contrario, parecía satisfecha con mi traje de Adán, tembloroso y a punto de llorar.

Pero ahí no terminó la cosa. Llenó con agua tibia la bañera, literalmente me arrastró hasta ella, ordenó que me acostara boca arriba, comenzó un lento proceso de higiene con un jabón perfumado, y no dejó zona alguna de mi cuerpo sin asear escrupulosamente.

- ¡Donde fueres, haz lo que vieres! – recordé sin molestar a la intrusa.

Pensé que se trataba de un servicio habitual en Nimrodia y lo asocié con la costumbre bíblica de lavar los pies de los peregrinos como muestra de hospitalidad. La práctica estaba vigente en épocas de Nuestro Señor, según consta en las Escrituras. En San Juan 13:14, por ejemplo, Jesús tomó una toalla y una palangana llena de agua mientras cenaba con sus discípulos, lavó sus pies, los secó y les indicó que ellos también debían lavárselos, unos a otros. Hasta hoy cultivan esa costumbre el Santo Padre y los obispos como símbolo de amor al prójimo en las ceremonias pascales.

Jamás persona alguna, con excepción de mi madre, había emprendido la tarea de higienizarme con tanta diligencia y minuciosidad. La dejé hacer pese al riesgo de infringir el precepto evangélico de la castidad aun cuando, como se sabe, ésta no es obligatoria para alcanzar la gracia divina. Temí perderla sin embargo puesto que dejamos de ser castos ante la simple contemplación de los desnudos en las obras de arte, en los que con tanta prudencia ocultamos las partes que ofenden el decoro.

Considerado a la distancia, debí oponerme quizás a esa violación de mi intimidad, lo cual me hubiera ahorrado otras vicisitudes que perturbaron mi visita a Nimrodia. No obstante, opté por aceptar el desafío para comprender las costumbres del lugar, una de las aspiraciones de todo turista ecológico que se precie de serlo.

Mientras la joven nimroda continuaba su tarea entré en un sopor poblado de recuerdos infantiles.

Siempre me atrajeron los animales. Soñaba con transformarme en unicornio blanco con cabeza y patas de caballo y un largo cuerno recto en la frente como los veía en los tapices y emblemas heráldicos, símbolos de la virtud y la templanza.

Entretanto, la joven se quitó la ropa mojada y descubrió sus pechos rebosantes y el sexo entre las piernas. Advertí de inmediato ciertos cambios en mi anatomía que, por otra parte, no parecieron amilanarla puesto que me hizo salir de la bañera, me derribó de espaldas en la cama y, sin que pudiera impedirlo, se sentó a horcajadas sobre mis partes tumefactas iniciando unos movimientos rítmicos que alcanzaron un apogeo compartido.

Caí entonces en la cuenta de que la mujer me había tentado y me obligó a mantener una relación carnal abusándose de mi timidez y de la ignorancia de las costumbres de su país.

La creencia maniqueísta en el diablo perduró en la doctrina de San Agustín de Hipona que aceptaba la maldad intrínseca del hombre y por eso promovió el celibato de los sacerdotes aunque no llegó a los extremos de Orígenes, discípulo de Clemente de Alejandría, quien se castró para huir del pecado.

Pero yo no estaba dispuesto a contrariar a Dios cuando ordena arrepentirse para obtener perdón. Como consecuencia de la caída de Adán y Eva, la voluntad está pervertida por el egoísmo, la vanidad y la soberbia. En consecuencia, la salvación es imposible sin el amor y la misericordia del Señor que nos ofrece su gracia eterna para redimirnos.

- Placer sin pecado - traté de tranquilizarme -. No cae en falta quien realiza un acto repudiable en contra de su voluntad.

Sin embargo juré poner mi alma en orden, me hincé de rodillas y oré por la joven nimroda implorando a Jesús que la perdonara.

Ajena a los tormentos espirituales que había desencadenado, la muchacha saltó de la cama un tanto sorprendida, se higienizó en el bidé e hizo lo propio con mis genitales utilizando una esponja de mar.

- ¿No servía la ducha invertida para lavarse los pies? – le pregunté desconcertado.

- ¿A quién se le ocurre tamaño disparate?

- ¡Al ordenanza!

- ¡Ya le daré a ese pícaro! – contestó mientras se vestía - El caballero debe descansar luego de un viaje tan largo.

- Gracias por tu ayuda – atiné a decir -. ¿Cómo te llamás?

- Magdalena – me contestó -. ¿Y tú?

- Mateo.

- Mi madre admiraba a una dama de ese nombre que cabalgaba envuelta sólo en sus largos cabellos – me explicó mientras ponía en orden el cuarto, lavaba la bañera y secaba el agua derramada en el piso.

- ¿Ah sí?

- Mi padre era un marino inglés que solía viajar a África del Sur.

- ¿Un noble?

- Ella deseaba que su hija se pareciera a Magdalena sin importarles la alcurnia de los antepasados.

- No tenés nada que envidiarle – le dije mientras la jineta africana abría la puerta de la habitación.

- Llámeme si me necesita.

- ¡Andá con Dios! – murmuré convencido de que la hermosa Magdalena no era otra cosa que una encarnación del diablo. Pero Satanás era hombre y no me cabía duda de que...

Lamenté la lejanía del padre Salustiano Carámbano a quien le habría preguntado si eran lícitas las costumbres de un país donde se agasaja al extranjero higienizando su cuerpo y acariciando las partes que producen placer y bienestar.

¿Por qué son menos pecaminosos los pies del andariego que su cola expuesta también a las inclemencias del camino?

¿Por qué ubicar el pecado en el órgano que el Señor creó para la reproducción?

¿Por qué librar de culpa a los pies que conducen el cuerpo a las fuentes de la lujuria, y a las manos que las acarician y a los labios que besan el objeto del deseo?

Estaba cansado pero no bien acomodé mis huesos en la cama descubrí en la mesa de luz un ejemplar de *El Diamante Valioso* editado por el Gran Consejo de Apóstoles de Nimrodia. La fatiga no alcanzó a vencer mi curiosidad y pasé la noche leyendo el libro que insiste en el valor de - ¡válgame Dios! - la sexualidad para mantener la salud del cuerpo y el alma. Transcribo a continuación el prólogo de ese flagrante ejemplo de impudicia e inmoralidad:

Formamos parte de la naturaleza, la rueda que guía el universo. Incorpórate y no insistas en conducir el mundo en tu propio beneficio. Preserva el planeta y transmite tu sabiduría a los hombres y mujeres que esperan su turno para nacer.

Aprende sobre tu sexo cometiendo errores. En otros países se combaten conductas que acá no son pecaminosas porque la represión se considera más peligrosa que la permisividad.

La anatomía es importante para definir el género de los individuos, pero también son las hormonas y el aprendizaje ya que el comportamiento de los adultos cambia cuando en la niñez se exponen a influencias que no están en condiciones de comprender.

Todos los embriones mamíferos parecen femeninos en las primeras semanas. En los que poseen el cromosoma Y propio de los machos, los andrógenos promueven luego la virilidad. Los varones sin andrógenos prenatales serán adultos de conducta femenina. Las niñas con andrógenos elevados serán más hombrunas que sus compañeras.

Los sueños eróticos de los nimrodios no tienen el propósito de dañar. Por el contrario, reparan, fijan la identidad y alejan el temor y la tristeza. Sin embargo, algunas fantasías se manifiestan como perversiones que involucran riesgo. La mente advierte el peligro pero la excitación reduce el miedo y lleva al orgasmo. El final feliz vence al atacante.

En Nimrodia muchos señores son de hecho mujeres con testículos y pene, y otras tantas señoras son en realidad hombres con ovarios y vagina. La anatomía es evidente en estos casos, pero la identidad psicológica y social daba lugar a situaciones difíciles de superar dentro y fuera de las familias nimrodas. ¡Ni mencionar lo que sucedía al buscar pareja! ¡Cuántos conflictos! ¡Cuántos desengaños! ¡Cuántas tragedias!

Por otra parte, se consideraban aberraciones, perversiones o desviaciones todos los actos sexuales que no fueran la penetración del pene en la vagina, como la masturbación, la homosexualidad y el sexo oral, y se llamaban parafilias (del griego para: al margen de; y filia: amor) las conductas sexuales que involucraban objetos y

actos ajenos a las preferencias de la mayor parte de la población, realizado con personas que a menudo no los consentían y a las que se terminaba por dañar.

Después de diez años de investigaciones, en 1982 la Asamblea Nacional promulgó una ley que desterró las expresiones sexo masculino y femenino de los documentos oficiales y los reemplazó por género penetrante (GPE) y penetrado (GPO), respectivamente. A partir de ese momento, los ciudadanos de Nimrodia usan las siglas GPE y GPO junto a la palabra género en los casilleros que solicitan tal información y se permite utilizar ambas siglas cuando se ajusta a la realidad.

A estas categorías se agregan optativamente diversas orientaciones básicas que se designan con un número: 1. Bisexual o ambisexual, 2. Autoerótica (llamada también masturbación), 3. Genital (también llamada tradicional), 4. Oral (no tan normal para algunos), 5. Anal (menos normal todavía), 6. Homoetaria (entre gente de la misma edad), 7. Gerontofilia (atracción hétero u homosexual de jóvenes hacia hombres o mujeres de edad), 8. Ninfofilia (atracción de los adultos hacia las adolescentes), 9. Efebofilia (atracción de los adultos hacia varones de 13 a 18 años), 10. Hebefilia (atracción de los adultos hacia púberes de ambos géneros), 11. Esteatofilia (amor por los gordos), 12. Dismorfofilia (los que sólo aman a los deformes o tullidos), 13. Necrofilia (sexo con muertos o con partes de un cadáver), 14. Prostitución (sexo por dinero), 15. Sadismo (excitación sexual ocasionando dolor y humillación), 16. Masoquismo (placer erótico proporcionado por el dolor y la degradación moral), 17. Sadomasoquismo (dominar o ser dominado durante el acto sexual), 18. Sodomía (sexo oral o anal con hombres, mujeres o animales), 19. Transgénero (asumir el otro género sin tratarse con cirugía ni hormonas), 20. Transexual (cambio de género mediante cirugía y hormonas), 21. Travestismo (placer sexual usando vestimentas del otro

género), 22. Zoofilia (sexo con animales), 23. Fetichismo (sexo con objetos inertes o partes vivas de una persona o animal), 24. Exhibicionismo (desnudar el cuerpo o alguna de sus partes ante quienes no lo consienten), 25. Voyeurismo (espiar las prácticas sexuales de otros), 26. Orientaciones combinadas.

Hay unas doscientas más.

Para evitar equívocos y conflictos, la preferencia sexual se inscribe en el documento de identidad, y algunos ciudadanos exponen el número de su clasificación en una pulsera, tal como muchas parejas exhiben su estado civil usando anillos. Ejemplo: una femenina sadomasoquista se llama GPO17. Un masculino zoofílico se designa GPE22.

El sexo con niños llamado también pedofilia o paidofilia, la violación o el sexo no consentido, y el sadismo sexual seguido de daño irreparable o muerte son crímenes que se castigan, entre otras penas, con la castración química o quirúrgica, según lo imponga un tribunal...

Quedé dormido leyendo tantos disparates, y desperté con la luz del mediodía que se filtraba por la ventana.

Me sentía alegre, relajado y con hambre, de modo que almorcé en la habitación un plato de centollas, tomé algunas notas, ordené mis apuntes y dormí una larga siesta al estilo cordobés.

Atardecía ya cuando volví a la entrada del hotel y Tomás me saludó con una sonrisa.

- ¿Dónde vive Mindor? – le pregunté.

- Como a dos kilómetros de aquí por la avenida de los Cocoteros, junto a la iglesia.

Emprendí la marcha cautivado por el espectáculo del sol sobre el mar mientras se encendían las luces en las calles que serpenteaban hacia los cerros.

El profeta Mindor vivía en una cabaña junto a un templo de ladrillos pintados a la cal, con líneas austeras, sin torres, columnas ni espiras. Un escuálido campanario accionado con cuerdas de yute colgaba de una viga en la que se leía *Ama a tu prójimo como deseas que él te ame*, escrito con valvas de ostras rojas. Las puertas de bambú apenas excedían los dos metros de ancho por uno y medio de alto para que los fieles adultos bajaran la cabeza al entrar como símbolo de humildad, presumo.

En el interior se destacaba un retablo con la figura patriarcal de Noé, escenas del diluvio, la llegada de los descendientes de Nimrod a la isla, su conversión al cristianismo y la salvación de los africanos gracias a la catolización.

Una enorme cruz de madera suspendida del techo sobre el altar sostenía la imagen de Nuestro Señor de raza negra, con el cabello enrulado y los brazos extendidos.

Había comenzado una reunión interconfesional, y me ubiqué entre un centenar de personas sentadas en círculos concéntricos mientras una *Partita* de Bach acentuaba la atmósfera mística en la iglesia a pesar de la tos enervante de alguien en la fila de atrás.

- Los cultos fomentan la intolerancia - increpó a la concurrencia un hombre de barba enrulado -. Los mitos del diluvio son anteriores a Noé, y el retorno del mesías es una promesa habitual entre los pueblos oprimidos. El poema sumerio de Gilgamesh refiere una gran inundación en la Mesopotamia y la Media Luna Fértil hasta el Mediterráneo, y hay leyendas similares entre los indígenas australianos, peruanos y norteamericanos, y entre los griegos, los eslavos, los hindúes y los chinos.

- Sólo Dios logró la perfección del orbe - exclamé indignado ante la sorpresa de los asistentes.

Escuché aplausos, silbidos y murmullos de desaprobación.

- Para Stephen Hawking el Universo es ilimitado - dijo una mujer de toca azul cuando se calmaron los ánimos -. No tiene comienzo ni fin y no necesita un Hacedor. Brahma, por ejemplo, dios único y eterno, tampoco lo creó porque ya existía.

- Dios satisface a quienes no comprenden las verdades científicas – insistió el hombre de barba enrulada -. El mito de la creación solo sirve para el consumo de los ignorantes. El hombre de las cavernas lo imputaba todo a alguna divinidad. Hoy le atribuimos a Dios lo que no se sabe cómo ni porqué ocurre.

- Los cristianos estamos hartos de mensajes cientificistas y sólo confiamos en el Evangelio y la Resurrección - aportó otra mujer de túnica amarilla -. Convocamos al encuentro con Jesús resucitado, artífice de la verdad y la belleza.

- Lo importante es tener fe en el misterio que se manifiesta en la carne de Cristo, Hijo unigénito del Padre - argüí cuando mi voz se hizo audible -. Su amor a la Iglesia crea una comunión nacida de la sabiduría. La fe consuela cuando nos enfrentamos con la muerte, los fieles aumentan día a día, se venden millones de Biblias, y el judaísmo ortodoxo, el tele-evangelismo norteamericano, el hinduismo fanático y el islam fundamentalista crecen aceleradamente para satisfacer el hambre de Dios.

- La fe es poderosa y hay que criticarla con prudencia para que los gobiernos y el público sigan aportando dinero a la investigación científica - dijo el de barba enrulada -. Ignoramos el origen del hombre y de la humanidad, pero no cabe duda de que mucho antes de la llamada “creación” existieron células que a su vez originaron órganos y más

tarde individuos. Las especies son estructuras cada vez más complejas en las que los genes perpetúan las innovaciones adquiridas en millones de años.

- ¿Y el alma? ¿Qué es el alma?- preguntó alguien mientras el profeta agitaba la campanilla.

- Alma es todo lo inmaterial que integra el ser humano - contestó Mindor.

- ¡Pamplinas! - rebatió el que había hecho la pregunta -. Alma, espíritu y psiquis son la misma cosa. Se origina en el cerebro y desaparece cuando morimos. El mayor problema de la biología es explicar hoy cómo las sustancias químicas de billones de neuronas generan la conciencia, las penas y las alegrías, la memoria, las ambiciones, la identidad y la voluntad.

- La fe en el alma refuerza los deberes del hombre y asegura la libertad y la inmortalidad - lo interrumpió Mindor.

- La única garantía de la libertad es abrazarse a ella - gritó un caballero gordo de túnica verde -. Me responsabilizo por mis actos y fundo mi moral en los derechos humanos. Se puede vivir sin creer en Dios. Soy ateo y no me atraen esas especulaciones de la mente primitiva. La muerte no es terrible. Es una condición necesaria de la vida y ningún dios rige los destinos del hombre. No existe el pecado y mucho menos el perdón. Debemos afrontar los propios errores y repararlos en la medida de lo posible. El único propósito de la vida es vivir lo mejor que se pueda. Los actos de amor deben destinarse a la gente, no a un dios. Tampoco es cierto que es mejor adorar a uno que a muchos.

- Los creyentes son más generosos con los pobres - alegó el apóstol mientras la tos se hacía insoportable -. Sin Dios no hay moral.

- No hay vida después de la vida - dijo la mujer de toca azul -. Tenemos el derecho de elegir a varios o a ningún dios, pero es más noble predicar la paz, la justicia y el altruismo sin temer al infierno. Tener hijos no es una concesión graciosa, y no nacen en virtud de un pecado. No hay que pedir perdón por algo que es parte de la naturaleza. No tiene sentido castigarse y mucho menos mendigar clemencia a quienes organizan la farsa y lucran para otorgar un lugar en el cielo. Basta de pavadas.

No resistí la tentación de localizar a la persona que tosía para pedirle conmiseración. Giré en mi asiento y le grité:

- ¡Déjese de toser de una buena vez!

Resultó ser un personaje escuálido que me amenazó con el puño:

- Los católicos cuestionáis la evolución de las especies pero ahora la admitís si se acepta que Dios infundió el alma en el cuerpo del hombre. No se puede cambiar de opinión todos los días.

Un nuevo acceso apenas me permitió escuchar a un imán:

- La naturaleza es musulmana porque acata las leyes de Alá. El islam es universal.

- Todos pensamos que nuestras creencias son universales - proclamó el de la tos -.

Católico quiere decir universal.

- Los hombres somos iguales ante Dios mientras respetemos la Ley Sagrada aunque algunas religiones sean perversas cuando se convierten en seculares - continuó el imán -. Sobran ejemplos entre los judíos, los protestantes y los católicos...

- En las teocracias, los adelantos científicos se utilizan para matar - lo frenó un rabino -. La Biblia relata ciertos desenfrenos entre los judíos, pero los fundamentalistas islámicos y cristianos son homicidas sin escrúpulos. El Estado de Israel...

Los abucheos aumentaron ante la mención del país donde se originó la Biblia.

- Somos eternos gracias a los genes transmitidos de padres a hijos desde que comenzó la vida en el planeta - afirmó alguien -. La inmortalidad es falsa, innecesaria y perversa porque sólo alienta la pasión por perdurar.

Los ateos ganaban la batalla cuando tomó la palabra el de barba enrulada:

- Galileo no se sentía obligado a creer que el mismo dios que nos otorgó el sentido común, el intelecto y la capacidad de razonar nos hiciera renunciar a utilizarlos. Las religiones son empresas que mantienen sus privilegios sin perder terreno ante las demás.

- Unámonos para ser felices en el corto trayecto de la vida - incitó la mujer de toca azul -. El gran enemigo es la muerte. Hasta que nuestras partículas se reúnan con las del Universo, podemos seguir llamando Dios a la solidaridad.

- ¡Váyanse al Infierno! – se oyó cuando comenzó la estampida que precipitó a la gente hacia la puerta que pocos lograban atravesar sin lastimarse.

Permanecí sentado a pesar del desorden, y logré darle un apretón de manos a Mindor quien me invitó a cenar en su casa al día siguiente.

Bajé la escalinata, feliz de encontrarme de nuevo en la Avenida de los Cocoteros. Eran las once y no se veía un alma en los alrededores con excepción de un individuo acurrucado en las escaleras, rodeado de cacharros y frazadas. Recordé a alguien que veía en *La Docta* en épocas de inflación y hambruna, apuré el paso y en menos de media hora me crucé con Tomás en la entrada del *African Palace*.

- Buenas noches, señor profesor - me saludó -. ¿Quiere darse un chapuzón?

- Muchas gracias. Estoy cansado y olvidé mi traje de baño - contesté.

- Aquí todo el mundo se mete al agua como Adán en el Paraíso.

- Es inmoral.

Me tomó la mano, cruzamos la avenida y bajamos a la playa iluminada apenas por una media luna turca. No había un alma, dejamos la ropa sobre la arena y entramos al mar corriendo. Tomás nadaba como un pez y yo lo seguí hasta que el agua me llegó al cuello y le pedí ayuda.

Regresamos adonde hacíamos pie, volvimos juntos a la costa, extendió una toalla y nos acostamos a contemplar el cielo con el horizonte apenas delineado.

Nuestros cuerpos resaltaban en la oscuridad y observé a Tomás de reojo. Era un hermoso mulato de hombros anchos, caderas estrechas y miembros musculosos. De pronto mi vista se posó en sus partes íntimas, él lo advirtió y yo levanté las piernas para ocultar las mías.

- No tema, señor profesor. No lo voy a comer – me dijo muerto de risa.

Sentí vergüenza de mi cuerpo escuálido y de mi palidez de biblioteca ante ese Adonis africano. Hice un esfuerzo por levantarme pero él lo impidió sentándose a horcajadas sobre la raíz de mis piernas tal como lo había hecho Magdalena pocas horas antes. ¡Qué vergüenza!

- No seas sonso, dejáme salir – le supliqué.

Él no me escuchaba entre movimientos y jadeos, y sentí que mi cuerpo se identificaba con el suyo a pesar de mis esfuerzos desesperados por huir. Finalmente aulló y se apartó extenuado mientras yo lograba ponerme de pie y me vestía junto a Tomás desnudo aún sobre la toalla.

Ya estaba habituado a lo insólito en Nimrodia, pero este episodio pasaba los límites de lo imaginable: yo, un profesor de Historia de las Religiones de la Universidad de

Córdoba, acababa de tener un contacto degradante con el empleado de un hotel en un lejano país del trópico.

- ¿Y ahora qué? – le pregunté angustiado - Nada de esto debió ocurrir. Te abusaste de mí.

- Ambos nos abusamos de ambos según tu retórica troglodita.

Pensé que intentaría sobornarme para que guardara el secreto y se lo dije.

- ¿Cuál secreto?

Era una discusión bizantina. Le indiqué que se vistiera, lo hizo y cruzamos la calle en dirección al hotel donde me acompañó al cuarto y me propuso pasar la noche conmigo.

- ¿Qué dirán los que nos vieron entrar? – le pregunté contrariado.

- Pues nada. A nadie le importa aquí con quién duerme la gente.

Alguna vez compartí la cama con mis padres siendo niño pero jamás lo hice con nadie desde entonces. Mi maestro Salustiano Carámbano me enseñó que todo lo carnal es pornográfico, despierta el erotismo, promueve la lascivia y la perversión, envilece las relaciones entre la gente, distorsiona el sentido moral, elimina los valores espirituales, degrada la sexualidad, destruye los matrimonios, convierte a los hombres en animales salvajes y a las mujeres y a los niños en víctimas de la intemperancia, arruina los vecindarios, deteriora la salud pública con enfermedades venéreas y SIDA, incita a la violación, al incesto, a los asesinatos y corrompe el precioso don divino de transmitir la vida y preservar la santidad del matrimonio.

- La diferencia esencial entre el hombre y los animales – predicaba Salustiano - es que somos racionales y tenemos un destino más allá de este mundo mientras que los brutos obedecen a Dios siguiendo sus instintos. Somos inteligentes pero inclinados a lo

morboso como consecuencia del pecado original. Como afirma San Mateo 5:28, *el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón.*

Nuestro Señor me acordó la merced de la amnesia y no recuerdo lo que sucedió aquella noche excepto que me acribillaba con sus lanzas el Ángel Caído que recorre el universo en constante oposición a Dios.

¿Acaso me había encontrado con Nimrod, el primero y único cazador de hombres y mujeres de la historia sagrada?

¿Un cazador que no excluía a los justos ni a los viejos, a los adolescentes ni a los niños?

¿Los atrapaba por placer con incontenible furia asesina?

¿Los devoraba o sólo satisfacía sus instintos deshonestos?

Los escalofríos no lograban interrumpir mis especulaciones. A duras penas me levante a vomitar, volví arrastrándome a la cama y dormí dos horas atormentado por pesadillas en las que el viejo Nimrod descargaba sus sablazos en mi carne envilecida.

Nos despertamos a las seis y desayunamos frutas, café y tostadas con manteca que trajo una mucama mientras el sol entraba a raudales por el ventanal. Tomás se duchó y se vistió sin pronunciar palabra ni mirarme a los ojos. Parecía alegre, tranquilo, relajado y sin señales de pudor ni arrepentimiento.

Agradecí a Dios cuando se fue a trabajar y dormí un par de horas hasta que Magdalena golpeó la puerta a media mañana.

- ¿Cómo amaneció la joven más hermosa de Nimrodia? – le pregunté.

- Perfectamente. ¿Y el señor profesor?

- También aunque un poco cansado – me curé en salud.

- No me extraña. Tomás me contó que estuvieron entretenidos.

Enrojecí de vergüenza. ¿Sabría la verdad?

- Sé que pasó la noche con usted.

Estaba perdido. ¡El muy cochino!

- Sí - susurré, con las manos en la masa.

Magdalena percibió mi turbación.

- Estoy celosa – confesó.

- ¿De mí...?

- No, de él.

Decidí cortar por lo sano.

- Volví dentro de un par de horas para darme tiempo de hacer algunas anotaciones

- respondí secamente al tiempo que Magdalena desaparecía en el corredor.

No había emprendido el largo viaje a Nimrodia para convertirme en un objeto sexual.

Mis únicos amigos son la fe y la devoción, y mis enemigos la liviandad, la obscenidad, la impudicia, la procacidad, la deshonestidad, el libertinaje, la prostitución y la indecencia.

Pasé una hora en la bañadera hasta que logré distenderme, revisé algún material bibliográfico, tomé apuntes y salí a recorrer la zona tratando de eludir a Tomás en la puerta del hotel. Pero mi torturador se acercó sonriendo.

- ¿De paseo el señor profesor?

- Me llamo Mateo.

- ¿Estarás disponible esta noche para otro chapuzón?

- No tenés por qué publicarlo en los diarios.

- ¡Esta zorra! – murmuró.

En el centro comercial de la antigua fortaleza compré una chomba, una camisa liviana, un pantalón de verano y otro de baño, y también una túnica blanca y un turbante azul para mostrárselos a mis amigos de Córdoba.

De regreso, volví a tropezar con Tomás en la puerta del *African Palace*:

- ¿Quieres que lleve el paquete a tu cuarto? - me preguntó.

- No, gracias.

- Te veré luego - insistió.

La impertinencia de ambos jóvenes se había convertido en un acoso difícil de comprender y tolerar.

¿Qué pretendían?

Estaba claro que intentaban atraer mi voluntad, acorralarme o abusar de mi curiosidad por conocer la cultura nimroda. Pero no me dejaría engañar. Había pecado y sentí la necesidad perentoria de confesarme con un cura católico, como Dios manda.

Llegué a las siete de la tarde a la residencia de Mindor y me presentó a la esposa, Rodnimia y a nueve hijos, el mayor de unos veinte años y el menor de tres, todos con túnicas rojas de luto riguroso.

Recorrimos la casa adornada con obras de pintores y escultores nimrodios, europeos y americanos. Un piano de cola, un arpa, una cítara, un laúd, y una variedad de instrumentos de viento y de percusión decoraban la sala junto a tapices africanos y piezas de porcelana y orfebrería.

Nos sentamos a la mesa de mármol de Carrara con fuentes de pastas, verduras, carne, salsas de diversos colores y frutas tropicales. No había cubiertos, vasos ni servilletas.

- Usted primero, señor profesor – me invitó Rodnimia.

No sabía cómo proceder y la miré sorprendido:

- Con las manos - me dijo sonriendo.

De tanto en tanto, dos mucamos nos servían jugos de fruta en vasijas de barro y nos acercaban recipientes de agua tibia y servilletas para las manos y la cara.

- Nadie habló del arte en la reunión de ayer - comenté -. Los creyentes no suelen hacerlo pero, sin duda, los artistas están cerca de la religión porque la exponen con imágenes y símbolos.

- Los científicos descubren lo que ya existe y aún no se percibe - reflexionó Mindor.

- Por eso no usan la palabra *crear* y la reemplazan por *descubrir* - acotó Rodnimia -.

La imaginación es el único punto de contacto entre la ciencia y el arte.

La conversación se centró después en la sociedad nimroda.

- El matrimonio es una antigualla - afirmó Roni, el hijo mayor -. Vivimos en pareja cuando estamos convencidos de que queremos hacerlo.

- Usan el sexo para divertirse - ironizó Mindor -. Algunos hasta olvidan que sirve para procrear y educar a los niños dentro de una familia.

- Entre los animales, los adultos defienden su territorio, buscan alimentos y cuidan de los hijos – manifestó Rodnimia pasándome una fuente de legumbres -. Los humanos no siempre lo hacemos.

- La endogamia impide que se renueve el material genético – terció Doria, una adolescente de diez y seis años que me lanzó una mirada provocadora -. El león también fecunda a hembras de otros grupos, y los tigres viven aislados y sólo copulan en épocas de celo. ¿Le gustaría convertirse en un renovador del material genético en Nimrodia, señor Mateo?

- Me agradaría siempre que las cosas sucedan como Dios manda – respondí azorado aunque nadie se sorprendió por el descaro de la joven.

- Sólo los humanos somos capaces de incorporar la cultura y la tecnología de otras sociedades - explicó Mindor tratando de ayudarme -. Otras especies tardan millones de años en integrar los cambios a sus genes.

- Preservar el linaje y la propiedad nos había llevado a compromisos absurdos como dotar a las hijas o casarse con la viuda de un hermano - interrumpió Nuria, otra adolescente.

- Ahora planificamos la familia, legalizamos el aborto y el matrimonio entre homosexuales, y aceptamos los divorcios y las relaciones fuera del matrimonio - aportó Rodnimia -. No estoy segura de que el remedio sea mejor que la enfermedad.

- ¿Ambos géneros tienen iguales oportunidades en Nimrodia?- pregunté.

- Sí - afirmó Nuria -, aunque la discriminación se descubre en las leyes que fijan la proporción de mujeres en algunas tareas, en la equiparación de los salarios...

- Hace años, creíamos que la agresividad masculina era irreprimible - abundó Roni -. Hoy se considera machismo puro, un abuso de poder incompatible con la libertad. ¿No le parece señor Mateo?

- La agresividad masculina debe subordinarse a los designios de Dios – repliqué convencido de que la cena se había convertido en un reportaje.

- ¡Algunos interpretan como acoso sexual que alguien mire con interés a una persona! - exclamó Inor - Lo cual reaviva el estereotipo de la mujer víctima del hombre.

- Eva era un símbolo de la belleza aunque subordinada al padre o al marido. Se llamaba segundo sexo al femenino - acotó Nuria -. Hoy nos sentimos tan diversas y capaces como los varones.

- Algunas se creen superiores por ser más amables y estar siempre dispuestas a luchar contra la pobreza y las enfermedades - ironizó Rodnimia.

- Es difícil convertirse en la primera mujer marinero, apóstol u oficial de policía - dijo Nuria -. Pero las cosas cambian cuando aumenta su número en profesiones que luego parecen más humanas, más compasivas.

- ¿Y la homosexualidad? - pregunté tratando de no mostrar excesivo interés.

- Se dice que los homosexuales son promiscuos - criticó la dueña de casa - pero no creo que sean más que los otros.

- Nadie demostró que no tengan las mismas sustancias químicas, hormonas y cromosomas que los heterosexuales - dijo el profeta.

La conversación se había prolongado un par de horas y no quise abusar de la hospitalidad de mis anfitriones. Agradecí la invitación y me despedí.

No había un alma en la entrada ni en los corredores del hotel, abrí la puerta de mi cuarto y, ¡oh sorpresa!, hallé a Tomás leyendo en la cama.

- Me agradó lo de anoche y pensé que a ti también - comentó -. Quiero descansar un rato a tu lado.

Acepté pero fue una tremenda equivocación.

No dejó de mirarme mientras yo me desvestía, impidió que me pusiera mi traje pijama, me hizo lugar entre las sábanas, me acarició apasionadamente y me obligó a adoptar la posición de la plegaria mahometana. Traté de escabullirme, pero su cuerpo me aplastó contra la cama. De nada valieron mis súplicas ni los pedidos de misericordia y, otra vez, quedé a merced de Satanás aullando de dolor y de vergüenza.

Prendí la luz cuando me liberé del suplicio y me apoyé en el lavabo para vomitar mientras él me miraba preocupado.

- ¿Qué sucede? ¿Te sientes mal?

Me torturaba el cariz que tomaba mi relación con Tomás, pero los vértigos y las arcadas me impidieron contestar.

- Sospeché que nunca...

- Lo que hicimos es vicio, es pecado. Dios nos va a castigar.

- ¡Si es apenas una variante de lo que el Señor ideó para preservar las especies!

- No blasfemes. Esto no es obra de Dios sino del Diablo - dije a punto de llorar.

- Tranquilízate - respondió -. ¿A quién le interesa lo que sucede entre nosotros?

- A mí, por supuesto - contesté -. Soy un tipo racional, pero me obligás. No puedo luchar contra tu fuerza bruta.

- Tuve la impresión de que no te oponías. En Nimrodia nadie se escandaliza porque dos hombres o dos mujeres...

- La gente sensata lo reprueba en todo el mundo. Es un vicio, un...

- Llámalo hábito... o costumbre. Muchas sociedades arremeten también contra cristianos, judíos, negros, gitanos, extranjeros, capitalistas, comunistas, sólo porque son distintos o piensan de otra manera.

- Los homosexuales son delincuentes o enfermos - agregué.

- La Biblia ordena lapidarlos, matarlos a pedradas - me recordó -. En esos tiempos no se daban el lujo de derrochar semen. Había pocos habitantes en el mundo y los varones morían jóvenes peleando contra los vecinos. Era importante utilizar todo el material genético disponible.

- ¡De modo que acumular semen tenía un fin utilitario! ¡Estás loco! - respondí indignado.

- Las Escrituras dejan filtrar casos como el de David y Jonatan.

- ¡Ambos recibieron el castigo de Dios! - me apresuré a contestar -. Prefiero la condena a la tolerancia.

Tomás mencionó a Oscar Wilde y sus lamentos desde la cárcel de Reading, a Alejandro Magno y a Rimbaud.

- Wilde intentó justificar su aberración - le advertí.

- ¿Aberración? - me interrumpió Tomás - Es una conducta sexual como cualquier otra, condicionada por factores genéticos, sociales, ambientales...

- ¡Cuándo no, los genes! - exclamé -. El único objetivo del sexo es la reproducción.

- Tengo sueño. Mañana hablaremos.

Giró hacia la pared, cerró los ojos y se quedó dormido.

Yo tenía la culpa y debía asumir las consecuencias.

¿A quién más se le hubiese ocurrido viajar a Nimrodia?

¿Acaso no se puede ser ecológico en la Argentina?

¡Someterse mansamente a las costumbres de un país desconocido!

¿Respetan ellos mis hábitos y mis derechos humanos?

¿Debo aceptar lo inmoral?

¿No hay escalas para la honestidad?

¿No tiene límites internacionales el pecado?

Había traicionado mi voto de castidad y olvidado mis promesas.

Había caído en un vicio abyecto que ofendía a Dios.

De nada valían ya los sacrificios de toda una vida.

De nada serviría mi decisión de rechazar el pecado carnal. De nada los esfuerzos de mi madre por orientarme hacia el Señor ni su empeño por mantenerme en la pureza.

Me aguardaban años de contrición y penitencia, ¿pero arrepentirme lavaría la culpa?

Acomodé en la cama mis huesos maltrechos y recordé que Jesucristo había logrado romper el poder de Satanás gracias a la crucifixión.

¿Se habría desbaratado el prodigio? ¿Era capaz el Diablo de poseer aún a los creyentes? ¿Poseer?

Reflexioné entre escalofríos que los seres endemoniados se diferencian de los normales porque tanto sus almas como sus cuerpos son penetrados por el espíritu del mal.

¡Penetrar!

Terrible expresión que sacudió mis entrañas. Había capitulado ante al Infierno, pero cierta bienaventuranza aplacaba la incertidumbre:

- ¿Mereceré aún la salvación luego de ser poseído en contra de mi voluntad?

No pegué los ojos y oré toda la noche escuchando los ronquidos de mi verdugo que dormía profundamente.

Me desperté con el ánimo desquiciado, fracasé en el primer intento por mantenerme de pie y me desplomé en la cama.

Tomás ya no estaba en la habitación.

Hice un esfuerzo sobrehumano para pedir el desayuno al telefonista, y quince minutos después me lo trajo una mucama que no conocía.

- ¿Amaneció solo hoy, señor profesor?

- ¡Otra más! ¿Qué será de mí? – pensé -. ¡Ya lo sabe todo el mundo!

En mi cabeza se mezclaban la cena con el apóstol y el curso inesperado de la relación con Tomás.

Temí que jamás recuperaría el respeto que había logrado mi conducta intachable en Córdoba, atrapado ahora en un laberinto degradante a miles de kilómetros de mi ciudad y de la cátedra.

¡Qué falta me hacía el padre Carámbano!

A media mañana Magdalena golpeó la puerta de la habitación, hermosa con sus cabellos hasta la cintura y me saludó sonriendo:

- ¿En la cama todavía, señor profesor? Es hora de levantarse y salir a pasear. Hace un tiempo magnífico.

Le conté que tenía por costumbre confesarme una vez por semana con un sacerdote católico.

- ¿Hay católicos en Nimrodia? – le pregunté.

- Muchos y también hay ateos, clericales, conservadores, progresistas y quienes indican cómo tener la conciencia tranquila. Algunos se preguntan si hay iglesia porque hay dios o si hay dios porque hay iglesia.

- Por supuesto que hay Dios y que hay Iglesia. Necesito una en este momento.

- Muy fácil – me respondió Magdalena -. Caminando hacia el este por la Avenida de los Cocoteros hallarás la Vía Dolorosa. La iglesia católica de Santa Culpa se encuentra a pocos minutos del cruce en dirección al mar.

- ¡Santa Culpa, qué extraño!

- Culpa era una campesina que la Virgen visitó a mediados del siglo XVIII. El diablo la había atrapado junto a una fuente, contrajo sífilis pero se arrepintió, se curó, pidió perdón y recibió el don de sanar por imposición de manos. Médicos y teólogos certificaron los milagros y, con el tiempo, Culpa ingresó al santoral.

- Seguro de que en la Argentina nadie la conoce – comenté.

Seguí las instrucciones y en pocos minutos llegué al templo mezcla de gótico y de *art nouveau*, rodeado por doce torres que representan a los apóstoles.

No bien atravesé el portal reconocí al cura Nimpetro porque lo había visto en la iglesia cerca Mindor aunque llevaba ahora el hábito púrpura de la Hermandad de los Afligidos, una cofradía reconocida por su consagración a la fe y a la santidad del alma.

Nimpetro tenía unos cincuenta años, el cabello entrecano, la tez oscura y la apariencia de quien está en posesión de la verdad y no lo enajena el pecado.

Me saludó afectuosamente junto al altar mayor, lo tomé de la mano y, tembloroso y de rodillas, le dije sollozando:

- *Confiteor Deo omnipotenti, beatæ Mariæ semper Virgini, beato Michæli Archangelo, beato Ioanni Baptistæ, sanctis Apostolis Petro et Paulo, omnibus Sanctis, et tibi pater, quia peccavi nimis cogitatione, verbo et opere: mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa.*

Nimpetro me ayudó a ponerme de pie:

- Santa Culpa no te obliga a confesar tus pecados – me advirtió – sino a que admitas tu debilidad humana y te comprometas a superarla con la fe.

- Así lo haré, padre.

Me condujo luego a la sacristía donde le relaté mis encuentros con Satanás. Indagó los pormenores de mi vida y de las diferencias culturales que pudieron haber condicionado la tentación. Yo expuse sin ocultar detalles.

- Se trata de un caso de *penetratio naturalis et penetratio contra natura extra matrimoniales dum forcibus aplicantibus* - manifestó con un marcado acento *afrho francoespangloportuguesio*.

- Efectivamente padre y, por lo tanto, debiera considerarse *culpabilitas exenta*.

- No puedo afirmarlo aún, pero lo buscaré en las Escrituras.

Acudió a la biblioteca, y fue abriendo y cerrando una docena de libros mientras yo le aguardaba estremecido en un rincón de la sala.

- No hallo una mención concreta en el Evangelio ni en los textos recientes - me dijo luego de una hora.

Nimpetro me relató que era hijo de un apóstol nimrodio y de su octava esposa, y que había nacido junto al lago Dormín, en el centro de la isla. Recibió una educación respetuosa de Dios pero no pudo tolerar que su padre tuviera tantas mujeres ni que sus hermanos le disputaran los placeres terrenales, los juegos y las diversiones.

En la adolescencia decidió consagrarse al Señor y se preparó aislándose en la selva donde se alimentó con raíces silvestres porque rechazaba la idea de matar animales para obtener la energía vital concentrada en la carne.

Me emocionó advertir el paralelismo de mi historia con la de este santo varón que bautizaba a sus devotos sumergiéndolos en el río Nadroj, afluente del lago Dormín. Pero el padre sospechó que lo traicionaba y lo excomulgó cuando conoció a un marinero italiano en una taberna del puerto y se asiló en su barco que lo condujo a Nápoles. Allí presencié el milagro de San Genaro y esa experiencia cambió su vida.

- *Per aspera ad astra* – cité a Séneca el joven –. Llegó usted a lo sublime con enormes dificultades. ¿Qué sucedió después, padre?

- Entré en éxtasis ante la sangre líquida del santo, tuve convulsiones y me llevaron a un hospital. El suceso no le pasó inadvertido al obispo que me envió a Roma a completar mi preparación eclesiástica. Me bautizaron en la fe católica, regresé a Nimrodia, adquirí fama y logré que cientos de fieles aportaran sus limosnas para construir esta iglesia.

- ¡Asombroso! – me santigüé.

- Líbranos Madre de la codicia - imploró entonces Nimpetro arrodillado ante la Virgen -, de la altanería, de la crueldad, de la desidia, de la lujuria, del rencor, de la represalia, de la consternación, de la arbitrariedad, de la falsedad, de la guerra y de la muerte eterna.

Permaneció unos minutos en trance y luego me dijo:

- Santa Culpa nos muestra el camino de la caridad y de la reconciliación que nos guía hacia la casa del Padre.

Lloré henchido de esperanza.

- La Santa escuchó mis plegarias pero has caído en pecado venial - concluyó finalmente Nimpetro.

- Lo temía, padre. Por eso vine a consultarlo.

- No hay absolución para el *sexo non sancto*.

- ¿Seré condenado?

- Debemos respetar la ley de Dios.

- Temo que el pecado se deba a mis genes enfermos.

- No hay lugar para los genes en el modelo de la Creación. Los ateos relacionan la conducta con los instintos pero corremos el peligro de identificar al hombre con los animales - me dijo con un gesto de horror.

- ¡Quiero salvarme, padre! – exclamé sollozando.

- Reza para que te escuche el Señor – me indicó, al tiempo que me ordenaba leer cien veces el salmo 32:

Bienaventurado aquél cuyas vilezas son perdonadas y borrados sus pecados. Bienaventurado el hombre a quien no imputa Jehová la iniquidad, Y en cuyo espíritu no hay superchería...

Regresé consternado al *African Palace*, repetí de memoria mi plegaria, y sentí que vencería a Satanás.

- ¡Elí, Elí por qué me abandonaste! - pronuncié las palabras de Cristo antes de morir en la cruz y resucitar por mandato divino.

En mi cuerpo permanecían vivas las llagas del pecado. Debía transformar el mal amor en buen amor para hallar el camino de la perfección.

Jamás olvidaré el día que Tomás golpeó discretamente la puerta de mi cuarto, me presentó a su padre y me dejó a solas con él.

Creí que me moría de vergüenza.

No sabría cómo explicar nuestra relación, si era eso lo que Judas deseaba ventilar conmigo, pero sólo me estrechó la mano para agradecer las atenciones que había tenido con su hijo.

- ¿De qué atenciones me estará hablando? - pensé -. ¡Qué forma tan peculiar de ver las cosas!

- Quiero reconocer el afecto y la simpatía que demuestra hacia mi hijo. Tomás es un buen muchacho, un tanto desenfrenado como todos los jóvenes, pero digno de confianza.

Caía la tarde, pedí un servicio de té y, en pocos minutos, un camarero asomó la cabeza e intentó entrar al cuarto pero Judas le cerró la puerta en las narices.

- Lo conozco. Es un intrigante – explicó mientras se apropiaba de la bandeja.

Nos sentamos junto a la ventana.

- Los humanos somos animales contadores de chismes – acotó mientras llenaba las tazas -. Chismear viene de cisma. Es dividir, separar, enemistar.

- ¿Por qué nos interesa saber con quién duerme un artista de cine, un presidente o una princesa? – preguntó Judas.

- Porque los medios nos hacen creer que los conocemos personalmente - respondí.

Pero no me había venido a visitar para hablar de chismes.

- Quizá le resulte extraño que me presente sin llamar antes por teléfono. Lo hice por sugerencia de Tomás. Usted ignora que él está perdidamente enamorado de...

- ¿De quién? – me sobresalté.

- De Magdalena.

- ¿Tomás enamorado de Magdalena? Nunca lo hubiera imaginado.

- Se aman candorosamente y quieren proseguir sus estudios en un país importante como la Argentina, por ejemplo. Tomás tiene una licenciatura en Filosofía y Magdalena está a punto de doctorarse en Medicina Espacial.

- ¡Qué bien!

- Enviarlos al extranjero excede nuestras posibilidades.

- ¿Qué puedo hacer por ellos?

- ¿Usted es profesor de Historia de las Religiones en Córdoba *la Docta*, verdad?

- Desde hace tiempo.

- Una carta de recomendación podría originar una beca.

- No creo que sea fácil, pero lo puedo intentar.

Se despidió satisfecho y yo quedé desolado.

¡Lo nuestro no era fruto de la casualidad sino de un plan urdido para obtener mis favores!

¡Trabajan a dos puntas los infames!

¡Ya les iba a dar yo!

Pedí la cena en mi cuarto y salí a dar un paseo por la Avenida de los Cocoteros. Tomás me saludó con una leve inclinación de cabeza.

- Quiero hablar contigo – le dije en voz baja – pero lejos del hotel. ¿Conocés algún lugar para conversar cómodamente?

- Sí, claro. Estaré libre a las once. Te propongo el bar *Reverie* en la Vía Dolorosa, una cuadra antes de Santa Culpa.

- De acuerdo.

Di una vuelta por la playa gozando el espectáculo del mar, la luna, las estrellas, y llegué puntualmente al *Reverie* donde Tomás me esperaba sentado a la barra.

- ¿Queréis un *drink*? - preguntó el cantinero.

- Jugo de piña con una gota de ron - pidió Tomás.

- Yo lo mismo.

Nos miramos en la semioscuridad y me volvió a poseer el espíritu satánico.

- ¡Fuera diablo! – le dije cuando me rozó el brazo.

Por los parlantes empezó a sonar *Angola*, cantada por Cesárea Évora.

- Hermosa música – comenté.

- ¿Bailamos?

En el centro de la sala danzaban unas cuarenta personas.

- Jamás lo haría en un lugar como éste y menos con un hombre.

- ¡Troglodita!

De pronto los de la pista de baile comenzaron a quitarse la ropa hasta quedar desnudos.

- Vámonos de aquí – le rogué a Tomás.

- Vete tú si quieres.

- Te sugerí un lugar para conversar con tranquilidad y éste no me parece adecuado.

Me levanté de la barra pero no pude resistir la tentación de observar la pista cada vez más llena de gente. La música sonaba a todo volumen, el enjambre humano se movía al compás de luces psicodélicas, y Tomás se había unido al grupo en el arrebatado de una danza primitiva, un himno frenético de la carne al placer desbordado por una espiritualidad cuasi religiosa.

¿Religiosa?

Estaba loco.

¿Dónde ubicar a Dios en medio de tanta impostura?

¿Cuál era el contenido moral de una pantomima incalificable?

¿Cuál el mensaje de esa multitud prostituida?

Sin embargo, me atrapó el ritmo de los tambores, me desnudé más rápido de lo que creía, y busqué en la oscuridad a Tomás quien intentó estrecharme en un abrazo.

- ¡Fuera diablo! - lo volví a rechazar con la fórmula para vencer la tentación.

Pero había vuelto a caer en manos de Satanás y seguí bailando la danza licenciosa de los enajenados mientras oraba con la devoción que me domina cuando me acerco a Dios.

¿Sería la música del cuerpo y del espíritu una forma de comunión?

Volvimos exhaustos a la barra y bebimos hasta la madrugada. Luego nos acostamos en la playa para coronar la celebración pagana rindiendo tributo a Apolo y a Venus mientras amanecía.

El sol era una bola de fuego sobre el mar de color verde cuando llegamos al *African Palace* y le supliqué en la puerta que me dejara solo.

Se resistió alegando mil razones:

- De día todo es distinto.
- La luz cambia las cosas - argumenté.
- Pero no cambia las personas.

Roto el hechizo, la exaltación había terminado.

A las doce asomó Magdalena para acomodar la habitación aunque se desnudó y se metió en la cama conmigo. No se lo impedí.

- Sé que amas a Tomás. Yo también – me confesó.
- No lo amo. Me agrada pero no comprendo sus códigos morales.
- Yo lo adoro. Vivimos juntos y queremos tener hijos.
- No lo lograrán con esa conducta.
- ¿Qué tiene de mala?
- Toda mujer le debe fidelidad a su marido.
- Soy fiel a Tomás que no es mi marido sino mi hombre, como yo soy su mujer.
- Ser fiel tiene que ver con el amor.
- El sexo se acompaña o no de amor.

Magdalena me explicó que si bien desde niña se había enamorado varias veces, sólo a los quince mantuvo su primera relación sexual porque temía ser penetrada.

- Admiraba a los caballos y a los toros pero sentía piedad por las hembras y me inquietaba que mis compañeros tuvieran semejantes artefactos. La profesora de sexología nos había indicado cómo evitar el embarazo y el SIDA, sin precisar detalles.

- Apuesto a que jamás mencionó el valor de la abstinencia. Es esencial en nuestra doctrina – comenté.

- Cada uno es dueño de iniciarse según sus principios. Supe a los quince que me había llegado el momento mientras bailaba la salsa con Radón. La fiesta terminó de madrugada, caminamos por la playa, él me levantó en el aire e intentó penetrarme pero me retorcí y le clavé los dientes en la oreja. Aulló y me dejó caer sobre la arena. Por un tiempo huí de mis novios hasta que conocí a Nodar, distinto, dulce, entrañable, comprensivo. Escribía versos. Por fin alguien digno de ser amado, reflexioné. Lo invité a casa y le hablé de mis dudas, mis temores. Él prometió no hacerme sufrir. Había encontrado el gran amor de mi vida. Disfrutábamos todos nuestros juegos porque Nodar jamás me penetró. Nuestra intimidad duró menos de un año. Tiempo después Nodar se casó con Dinora y alguien me contó que tuvieron mellizos de probeta.

- La ciencia no debe emular a nuestro Señor - afirmé -. La explosión sexual de nuestros días destruye a las personas, a la familia, a la Iglesia y a la sociedad mediante el aborto, la anticoncepción y la esterilización. La humanidad paganizada sólo busca placer. Controlar la natalidad equivale a abandonar la abstinencia y también a disminuir el número de quienes honrarán al Señor en los siglos que vienen. Los enemigos de Dios saben que la *educación* sexual en las escuelas propaga el caos y socava la imagen divina. Predico la castidad, aconsejo controlar los oscuros apetitos desde la infancia, rezo para que terminen estas plagas, y voto en las elecciones por quienes luchan contra la inmoralidad.

Mientras trataba de que Magdalena comprendiera mis razones, ella no dejaba de acariciar mis partes íntimas que poco a poco adquirieron turgencia y me obligó a penetrarla poco antes del apogeo.

Atrapado por la concupiscencia, confirmé que me había convertido en un objeto sexual en manos de una pareja de perversos cuyo propósito no solamente era pecar sino también lograr ventajas de mi posición universitaria.

Me estaban comprando por un valor que jamás aceptaría pagar: el precio de la prostitución.

Fingían una pasión bastarda a cambio de una posición académica. Pero Córdoba imponía más que un currículum garabateado por un par de estudiantes en los confines del mundo. Se requerían años de trabajo, ensayos, concursos, clases magistrales.

¿Cómo podría recomendar a individuos cuya cultura chocaba con la austera tradición cordobesa?

¿Cómo correr el riesgo de apadrinarlos?

¿Cómo mantener una relación lujuriosa que pronto trascendería al ámbito universitario?

Córdoba no es una isla desolada donde lo ridículo y lo pecaminoso no cuentan en el hacer cotidiano.

¿Cómo convertirme en el hazmerreír de la Argentina?

No, no y no.

Debía aclararlo cuanto antes para deshacer todas las falsas expectativas.

El día domingo tropecé con Magdalena y Tomás en la playa y los invité a charlar en mi habitación. Se desnudaron en cuanto cerramos la puerta sorprendidos de que yo no hiciera lo mismo.

- ¡Déjense de tonterías! - exclamé.

- Eres un troglodita autoritario y prejuicioso – reiteró Tomás.

- Pero no soy obsceno - respondí.

- La obscenidad no tiene que ver con la desnudez. No es necesario desvestirse para ser indecente - sentenció el muchacho.

Estaba decidido a demostrar la firmeza de mis convicciones pero terminamos los tres como Adán y Eva, atrapado yo por la belleza y la inteligencia de mis perseguidores.

Acaricié sus vergüenzas y permití que hicieran lo propio con las mías admitiendo que el poder diabólico de la pareja había superado todas las posibilidades de defenderme.

Había llegado al extremo de implorar piedad a Nuestro Señor aun en plena concupiscencia, pero era evidente que Él continuaba sordo ante mis súplicas.

- Me encanta que nos acaricies - suspiró Tomás -, pero no querría que lo hiciera otro que no fueras tú.

Sé que entramos en un éxtasis del que omitiré detalles para no herir la sensibilidad de quienes respetan la moral y temen la justicia divina. Estaba dispuesto a cargar con la cruz de un pecador lascivo, sediento de placer y ávido por inducirlo en quienes lo retribuían entregados a la lujuria.

El ajetreo duró un par de horas.

- ¡Soy feliz! - suspiró Magdalena cuando renació la cordura y pudimos dialogar.

- El Diablo sigue haciendo de las suyas - me apresuré a contestar mientras borraba de mi cuerpo las marcas de la insensatez -. Ya es tiempo de hablar seriamente. Estoy preocupado.

- ¿Por qué? - preguntó Magdalena sujetándose el corpiño.

- Acepté que lo nuestro era una costumbre nimroda y estaba decidido a admitir determinados hechos. Pero Judas me hizo dudar de vuestras intenciones.

- ¿Mi padre? – preguntó incrédulo Tomás.
- Sí.
- No hay nada que ocultar - afirmaron ambos jóvenes.
- Me parece que tienen otros objetivos.
- ¿Cuáles?
- Las becas.
- ¿Qué hay de malo?
- El precio.
- Arbitrario como siempre - me criticó Tomás.
- Vámonos ya - urgió Magdalena.

Se terminaron de vestir y dieron un portazo al dejar el cuarto.

No los toleraría un minuto más.

Cambiaría de hotel.

- Me iré a cualquier sitio con tal de no verlos más – pensé abrumado.

Cavilé el resto del día y finalmente decidí invitarlos a conversar sobre las becas.

Después de todo éramos algo más que buenos amigos y deseaba ayudarlos.

Intenté dejarles un mensaje en la conserjería.

- ¿*Jalou?* - respondió una voz que no podía ser otra que la del marica teñido de rubio.

- ¿Están Tomás o Magdalena por ahí?
- *Exkius mi* - contestó Bobby.
- Dije Tomás o Magdalena.
- *Dei ar not jjar. ¿Du yu laik tu liv a mesech?* - continuó hablando en inglés.
- ¡Habla en castellano, culinegro, que lo dominás tan bien como yo!

- *Ai am sorri.*

- ¡En castellano, puto de mierda! - exclamé fuera de mí.

- Lo siento. Les informaré que llamó - me contestó ofendido.

Y agregó luego:

- Estoy en condiciones de solucionar todos los problemas del señor profesor.

¿Quiere que acuda yo en lugar de ellos?

Percibí su ironía en la pregunta.

- No.

Me apresuré a cortar la comunicación.

Ya tenía uno más en la lista de espera. Ese marica. Ese objeto despreciable.

Pocos minutos después sonó el teléfono y me apresuré a contestar. Era Tomás.

- ¡Bobby me dijo que nos necesitas! - me gritó enfurecido.

- Te llamé para preguntarte...

- Estoy trabajando.

- Ya sé, pero quiero invitarlos a cenar esta noche.

- De ninguna manera.

- ¿Sucede algo malo?

- Me contó que lo ofendiste.

- Fue una broma. No era mi intención.

- Lo llamaste culinegro y puto de mierda. Dos insultos asquerosos.

- No es para tanto.

- Sí lo es. Me consta que tú eres culiblanco y jamás te lo hubiera dicho para agraviarte.

No pude tolerar su impertinencia y corté la comunicación. Lo de culiblanco sonaba gracioso, pero Tomás estaba haciendo comparaciones inadmisibles. Me llamaba marica. Tenía sus motivos, pero jamás lo iba a consentir sin resistirme con todos los medios a mi alcance.

- ¡La puta que te parió! - grité para que todos me escucharan.

Quise demostrar mi masculinidad echando pestes como un camionero, pero estaba desolado.

Medité horas y horas sobre lo nuestro.

No había sido mi intención ofender a Bobby y debía superar un incidente que podría llevarnos a romper nuestra amistad. El daño estaba hecho, sentí la necesidad de repararlo y llamé por teléfono a mis amigos.

- ¿De nuevo tú? - preguntó Tomás -. Ya es tiempo de que nos dejes en paz. Nos agraviaste.

- No fue mi propósito. Propongo volvernos a ver.

- Tal vez dentro de unos días, pero no en tu cuarto. Magdalena y yo queremos estar más tiempo a solas.

Me moría de envidia, de celos, de rencor, y lloré a gritos como un niño.

¿Amaba acaso a la muchacha?

¿A Tomás?

¿A ambos?

Era tiempo de aclararlo de una vez.

Siempre temí enamorarme.

¿Pero de una pareja?

¿De una mujer y de un hombre al mismo tiempo?

Sin duda estaba gravemente enfermo y, como nunca, sentí la lejanía del doctor Fermín Clisterio que solucionaba los problemas de mi cuerpo y muchos de los de mi alma allá en la lejana Córdoba.

No fue fácil serenarme, meditar y recuperar el juicio.

El sentido común me indicaba que debía regresar a la Argentina cuanto antes. Partir y olvidarme de Nimrodia y sus rarezas.

Me intrigaban los hábitos inaceptables de esa gente, pero de ahora en más trataría de no involucrarme en situaciones que pusieran en peligro mi cordura.

Me propuse mantener la capacidad de razonar aunque me sentí indeciso cuando nos encontramos en la playa dos horas después.

- Debíamos conocernos más - les dije con un nudo en la garganta -. Jamás mantuve relaciones sexuales antes de ahora. Hice un voto de castidad luego de la penitencia que me impuso mi confesor cuando le revelé mis dudas existenciales. Además, ocurrió un incidente.

- ¡Cuéntanos!

- Un día le pregunté al padre Carámbano si él también tenía un pitín como el mío.

‘- Claro hombre, todos los varones tienen las mismas estructuras corporales, pero de eso no se habla - me advirtió.’

‘- ¿Por qué no, padre?’

‘- Porque se corre peligro de caer en pecado.’

‘- ¿Si es igual al mío, por qué no me lo muestra, padre?’

‘- Dejáte de tonterías.’

- Por supuesto que antes y después de ese episodio me ocurrieron cosas que tienen que ver con el sexo, pero siempre salí airoso de las provocaciones del Diablo.

- Eres joven y tienes derecho a los placeres de la vida, a tener hijos – dijo Magdalena mirándome con dulzura.

- La situación se complicó ahora. Incurrí en falta y, por si fuera poco, Tomás enredó las cosas.

- ¿Tomás?

- La homosexualidad me da náuseas - les confesé.

- Acá nadie se mesa los cabellos - afirmó Magdalena -. Muchos preguntan, se enteran y toman sus decisiones. La sangre nunca llega al río.

- Dios sólo admite el matrimonio que consagra la unión de un hombre con una mujer.

- Aquí se prohíbe toda discriminación cuando se trata de casarse - insistió Magdalena.

- ¿Podrías acaso acostarte con una muchacha? – le pregunté a boca de jarro.

- Ocurrió alguna vez... - susurró con una sonrisa.

Había confesado.

Era lesbiana.

¿Pero qué era yo?

No me atreví a pedir la opinión de mis amigos por temor a una respuesta antipática.

La charla continuó en torno a mi inquietud por el porvenir de la juventud nimródica y su desafío a los códigos morales.

Los amigos se rieron de mis escrúpulos e intentaron ridiculizar lo que calificaban de mojigatería. Sin embargo, me tranquilizó saber que los habitantes de Nimrodia son, en su mayor parte, heterosexuales y que no corre peligro la natalidad, por lo menos, en el futuro inmediato.

Los invité a cenar en el restaurante del *African Palace* y comieron a dos carrillos.

Al día siguiente recorrimos los bosques que rodean a Nimrod City y al caer el sol nos topamos con una procesión de hombres, mujeres y niños desnudos que avanzaban tras el apóstol Rim, desnudo también.

- ¡Ridículo! - exclamé - Estos exhibicionistas muestran sus vergüenzas para contrariar a las personas decentes.

- Están en su derecho - me contestó un joven vestido que paseaba a su perro desnudo -. En Nimrodia sólo se pena a los nudistas cuando provocan sexualmente. Si es eso lo que desean, no tienen por qué desvestirse.

- Tomar sol o bañarse sin ropa no es exhibicionismo sino una manera de aceptar como se es - me explicó Tomás.

- El cuerpo es privativo de Dios y no se expone en forma escandalosa - respondí.

- Reprimir el nudismo atenta contra la Declaración Universal de los Derechos Humanos - añadió Tomás.

- Los ultras apelan a la estética, a la elegancia y a la religión para combatirnos - abundó el joven mientras el perro desnudo hacía sus necesidades junto a un árbol -. El nudismo es una filosofía de vida que la sociedad textil rechaza, pero aceptar la propia imagen es tan importante como expresar ideas, viajar o educar a los hijos.

- ¿Por qué no se saca usted también la ropa? - lo increpé.

- Podría hacerlo, pero no participo en esta concentración - me contestó -. En cambio traigo a mi perro desnudo y él lo disfruta.

- ¡Déjese de tonterías! - le respondí.

- En Nimrodia los animales pueden ir vestidos o desnudos.

No lograron convencerme y decidí escuchar el discurso de Rim desde el púlpito:

- La religión nos enseña a compartir los bienes terrenales - proclamó el apóstol - pero los ricos sólo piensan en su beneficio y compran nuestro trabajo a precio vil. No nos dejan morir de hambre porque nos necesitan. Controlan la prensa, la educación y dominan a los partidos políticos.

- ¡Nos dominan, nos dominan! - repitieron a coro.

- Si se escribiera de nuevo la Biblia - prosiguió Rim - Dios no sería cruel sino un Ser alegre y divertido. Jesús promovería los cambios sociales. Mi padre es Dios, diría, y no le temo. Hice lo que me ordenó, cumplí sus leyes, le amo y Él me ama.

- ¡Nos ama, nos ama! - coreó el gentío.

- A punto de morir por nuestros pecados suplicaría *¡Padre, por qué me abandonaste!* y un arcángel ordenaría que lo soltaran - continuó Rim -. Los judíos y los romanos no serían los mismos desde entonces. Jesús volvería a su profesión de rabino, rechazaría los puestos políticos y sólo opinaría en cuestiones del más allá. Se casaría con María Magdalena, viviría hasta los ciento veinte años como sus hermanos piadosos, y la Virgen tendría nietos. Jesús crearía los movimientos de liberación y de justicia social.

- ¡Justicia social, justicia social! - repitió el gentío.

- Presidiría organizaciones pacifistas, naturistas, ecológicas, velaría por la libertad de expresión y protegería a los niños del hambre y el abuso.

- ¡De modo que Jesús no murió para salvar a la humanidad y continuó vivo entre los hombres! - comenté -. ¡Absurdo y grotesco! ¿Qué teología podría basarse sólo en los deberes y los derechos humanos sin sostenerse en lo sobrenatural? ¿Qué fe prescindiría de la muerte? ¿El más acá en lugar del más allá?

Enmudecí mientras volvíamos a la ciudad.

Llegamos al *African Palace* a tiempo para nadar antes de la cena, y me pareció menos escandalosa la desnudez de los bañistas nimrodios que pululaban en la costa.

Regresamos a la cabaña de mis amigos bien entrada la noche.

- Los momentos esenciales del hombre, el nacimiento, la muerte y aparearse, transcurren en plena desnudez - se me ocurrió comentar -. Son los instantes en que el alma se evade en una u otra dirección: desciende del cielo, se refugia en él, o inicia su vida una nueva criatura.

A medida que continuaban los encuentros con Magdalena y Tomás no podía evitar que una y otra vez acudieran a mi mente las imágenes de la Santísima Trinidad que adquirirían ahora una modalidad sacrílega.

Mis fantasías me identificaban con Dios Padre, a Tomás con Jesucristo y a Magdalena con el Espíritu Santo. A veces, sin embargo, el muchacho se convertía en una deidad pagana recia y viril, la joven en su Hija-Hijo pleno de gracia, y yo en el miembro intangible de la trilogía. Diversas alternativas representaban en ocasiones a Magdalena como la Diosa Madre del Dios Hijo-Hija y también del Espíritu Santo, personificados ambos alternativamente por Tomás y por mí.

El Espíritu Santo era al principio el Consolador que el Padre enviaba en nombre del Hijo. Luego se transformó en el Santificador que dirigía y orientaba, en tanto que en el siglo IV san Agustín lo concibió como el amor entre el Padre y el Hijo. Sin la coincidencia de las tres personas en una sola Divinidad, hubiéramos corrido el riesgo de caer en el politeísmo denostado por el Dios Padre de la Antigua Alianza. La Nueva reconoce sus raíces en ésta aunque mantiene la preeminencia del Padre porque de Él proceden los otros dos seres de la Santísima Trinidad.

- Las lecturas piadosas me protegían del pecado - le conté una vez a Tomás -. En Córdoba me flagelaba cuando un líquido pegajoso humedecía mi ropa interior.

Tomás seguía con curiosidad mi relato.

- Jamás miro en los ojos a Marta - continué diciendo -. Tiene treinta años, es despierta y jovial. Me confesó que es virgen y una vez sonrió con picardía cuando le pedí que cambiara la ropa de cama porque había volcado un frasco de goma de pegar.

‘- ¡Goma de pegar! En mi pueblo se llama de otra manera.’ - me dijo sonriendo.

Cambié rápidamente de tema porque no tenía la intención de preguntarle cómo llaman en su pueblo a la goma de pegar.

Tomás se rió a carcajadas:

- Ocurre cuando despunta el sexo. No tiene nada de vergonzoso.

- Escondía los calzoncillos en el portafolio y los tiraba a la basura.

- ¡Patético...! - exclamó Tomás.

- Mi confesor insistía en la castidad y se ponía como ejemplo porque había logrado la abstinencia a los sesenta años.

Tomás no paraba de reír y me propuso contárselo a Magdalena.

- No, por favor - le rogué -. Jamás lo comprendería.

El día siguiente me desperté con escalofríos y creí que sufría una convulsión, pero había tenido una pesadilla que recuerdo y transcribo palabra por palabra:

Cuando las montañas se cubren de nieve, el pasto abunda en los valles riojanos. Se seca en el estío pero vuelve a crecer para alimentar las cabras que criaban mis padres en Chilecito. Tenían más de mil en grandes extensiones. Explotaban el cuero, la carne

y la leche. La hembra paría en otoño dos o tres chivitos que caminaban y se unían al rebaño poco después de nacer.

¡Jamás olvidaré nuestros juegos y nuestro corretear entre rocas y pastizales, Clarisa, amada cabra mía!

Tus hijos ya no te necesitaban, retozábamos felices y mamabas llena de amor el falo ardiente y candoroso de mis once años.

¡Loco de placer, penetraba impetuoso en tus entrañas como el macho cabrío, Clarisa de mi vida!

Gozamos juntos aquel verano hasta que el destino, el mío y el tuyo, nos separó para siempre.

¿Quién habrá devorado tu carne deliciosa que disfruté viva en la tierra riojana?

Releí bien despierto las líneas que brotaron espontáneas de mi pluma.

¿Quién era ese muchacho de once años entregado a espantosas aberraciones?

¿Cómo pudo vivir después de hacerlo?

Lloré a lágrima viva la muerte de Clarisa como si hubiera sido mi cabra.

Pero era mi cabra y el muchacho era yo.

El teléfono me despertó a las seis de la mañana y levanté el tubo tanteando en la oscuridad.

Era Judas:

- ¿El profesor Mateo Benegas? - me preguntó - Tengo que plantearle un problema.

- ¿Qué le parece encontrarnos en la cafetería de la Universidad?

- ¿A las doce?

- ¡Cómo no!

Llegué puntualmente, eligió un sándwich de jamón y yo un jugo de frutas y café.

- Le interesará saber que Magdalena está embarazada - me dijo de pronto.

Derramé el jugo sobre la mesa.

- ¿Se sorprende?

- No. Pero podrían habérmelo dicho ellos mismos.

- Sois amigos, ¿verdad?

Alguien más estaba enterado. ¿De qué otra manera podría llamarse nuestra relación?

- Existe cierta simpatía entre vosotros.

- Me preocupa la noticia.

- Tomás me contó que Magdalena está en el segundo mes.

Respiré aliviado. Yo no tenía nada que ver.

- ¿Por qué cree que pueda interesarme?

- Porque usted les gestiona una beca.

- No di un solo paso desde la entrevista que mantuvimos en el hotel.

- Debemos postergar los trámites hasta que nazca el niño.

Pasamos la tarde recorriendo el edificio, me presentó a sus colegas y comentó que los genetistas de la Universidad consiguieron engendrar *in vitro* un hijo de los *potini depravati*, mamíferos cuadrúpedos en vías de extinción.

- No tiene nada de nuevo - comenté.

- Digo que los genetistas obtuvieron embriones a partir de dos individuos masculinos. Hasta ahora era imposible porque el ADN inhibía ciertos genes de uno de los progenitores mientras funcionaban los equivalentes del otro - continuó explicando Judas -. Los cromosomas se insertan en el núcleo de una célula sexual de otro

individuo del mismo género, y el huevo se implanta en el útero de una hembra de la especie.

- ¿Es indispensable que sea de la misma especie?

- Sí. También se pueden utilizar ambos juegos de cromosomas de un padre-madre.

El laboratorio pide nuestro apoyo económico para continuar los experimentos. Hay una tenaz controversia entre laicos y creyentes. También se oponen los grupos masculinistas que amenazan con cortarnos los fondos.

- ¿Por qué precisamente los masculinistas?

- Porque disminuirá la importancia que su órgano reproductor tiene ahora en la sociedad y, por lo tanto, perderán terreno frente a las mujeres - abundó Nimsocra, un adjunto.

- ¿Acaso son necesarios estos experimentos? – alegué -. El hombre no debe desafiar a Dios en el milagro de la Creación. Hay que respetar las leyes naturales para que los hijos sean normales.

Nos despedimos al atardecer y regresé al *African Palace* hecho una furia.

¿Por qué me habían ocultado el embarazo de Magdalena?

¿Qué estaban tramando?

¿Sería cierto?

¿Quién era el padre de la criatura?

¿Podría ser yo?

No tomamos precauciones para evitarlo.

Habían transcurrido un par de meses desde mi llegada, nuestra intimidad era casi cotidiana pero jamás me pasó por la cabeza que algo así pudiera suceder.

Magdalena era la madre del bebé, sin duda.

¿Por qué me importaba saberlo?

¿Por qué me preocupaba tanto la paternidad?

¿Era el precio del pecado?

¿Bastaría la confesión para que el Señor me absolviera?

El niño tendría que nacer.

¿Habría otra alternativa?

Pedí la cena en el cuarto, y me dormí en un sillón mientras comía pero una pesadilla me despertó de madrugada:

Judas y Nimsocra son una pareja homosexual. Se conocieron en el laboratorio de la Universidad y viven en el departamento que Judas heredó de la madre. Cuando su HIV se hizo positivo y tiempo después enfermó de SIDA, Nimsocra lo cuidó amorosamente hasta que se murió, pero siguió viviendo en el mismo departamento y se controla el VIH cada seis meses para estar seguro.

Medio dormido, temí que Judas y Nimsocra fueran los padres del hijo de Magdalena y Tomás.

La palabra SIDA retumbaba en mi cerebro hueca, estremecedora.

Mi hijo engendrado por Magdalena y Tomás se moría de la peste del siglo.

¿Qué opinarían en Córdoba?

¿Qué dirían mis padres en La Rioja?

¿Cuál era la orientación sexual de Magdalena, Tomás, Judas y Nimsocra?

¿Quién parecía masculino y quién femenino?

¿Era indispensable saberlo?

Me constaba la feminidad de Magdalena aun cuando ella misma confesó que en algunas ocasiones... ¿Pero Tomás? Yo no ignoraba que...

¿Podríamos él o yo ser padres de la misma criatura?

¿Cómo educarla dentro de la fe?

¿Dónde entraba yo en escena?

¿Podría ser mío el hijo de Tomás y de Magdalena?

Me ahogaba el llanto.

Pedí ayuda a Dios con todas mis fuerzas y oraba fervorosamente cuando golpearon la puerta.

Era Tomás.

- Judas me acaba de informar - le dije.

- Te lo íbamos a contar hoy. Seremos padres. Me refiero a Magdalena y a mí.

- ¿Tengo yo algo que ver?

- Hicimos los cálculos pero no estamos seguros. Sucedió antes de que llegaras.

- Vuelven a dejarme de lado. ¿Y si el niño fuera mío?

- Me complacería, pero aunque no lo fuera podríamos compartir las obligaciones y tú convertirte en algo así como un tío o un abuelo.

- ¿Abuelo? Dejáte de tonterías.

Recuperé el conocimiento mientras estaba internado en el Hospital de la Divina Gracia, en Córdoba, donde me llevaron luego del percance que pudo haberme costado la vida.

Vi de pronto las sábanas blancas y una gota que caía rítmicamente en un frasco. Miré en todas direcciones y tropecé con las caras familiares de Marta y Artemio a uno y otro lado de la cama.

- ¿Qué hacen en este sitio? - les pregunté.

No se habían separado de mí desde el accidente.

- ¿Qué accidente? - los miré asombrado.
- Se cayó de la escalera en la biblioteca - me dijo Artemio.

Unas horas después atiné a preguntarles:

- ¿Y *Nimrodia*?
- ¿Qué? - exclamó Marta.
- *Nimrodia* - insistí.
- ¿*Nimrodia*?
- Artemio no obedeció mis órdenes.
- ¿Qué órdenes?
- Las de quemar los papeles.

El secretario no tenía la intención de ofenderme pero aseguró que yo deliraba. Le contesté que estaba despedido y salió furioso de la habitación aunque regresó al día siguiente:

- Le di muchas pruebas de respeto, pero no renunciaré a ser su secretario por no hacer lo que jamás me ordenó.

Me había equivocado y le pedí perdón.

- Descanse porque aún está bastante chiflado - me contestó Artemio.

El mismo día intenté bajar de la cama pero me lo impidió el dolor. Era evidente que no me quedaba un hueso sano pero regresé a mi casa dos semanas después y no dejé de interrogar a Marta y Artemio sobre *Nimrodia*. Optaron por responder con evasivas:

- ¡Ah sí! - susurró Marta.
- ¡Otra vez *Nimrodia*! - se resignó Artemio.

Sospeché que el percance había borrado de la mente lo sucedido antes y después de la caída. Me ayudó a aclarar el punto mi doctor Fermín Clisterio cuando mencionó

los estados crepusculares y el golpe en la cabeza que eliminó de mi memoria el accidente. Tendría que aceptar sus razones aunque no lograba alejar de mis sueños al hijo que pude haber engendrado y abandoné a su suerte en Nimrodía.

Una y otra vez reconstruía la despedida de mis amigos en el puerto:

- Te aguardaremos - sollozaba Magdalena.

- Se llamará Mateo - anunciaba Tomás.

Tres meses después, mi integridad física estaba recuperada y volví a ser el mismo Mateo Benegas de otros tiempos aunque Tomás, Magdalena y el resto de los extraños interlocutores seguían asomando en mis sueños. Pensé con Calderón que... Pero él no conocía los estados crepusculares ni las explicaciones psicológicas.

Un día Marta mencionó unos papeles cubiertos de polvo que no se atrevía a arrojar a la basura.

- ¡No me interesan! - exclamé de mal humor.

Ella los había ocultado en un desván cuando los encontró junto a mi cuerpo tendido en la biblioteca, intuyendo que algo tendrían que ver con la caída.

Artemio los descubrió un día y discutieron qué debían hacer, pero el secretario acabó contándome la verdad: *Nimrodía* estaba en su poder y ofreció entregarme la carpeta tal cual la había recibido de Marta. Yo ardía de curiosidad por releer el texto pero pensé que sería más apropiado dejar pasar un tiempo. Decidí en cambio guardarlo bajo cuatro llaves en el lugar más recóndito de mis archivos.

Pasaron varios meses. La cátedra entró en concurso de oposición, lo gané sin esfuerzo superando a una decena de postulantes, y nadie me la disputó durante un lustro, al cabo del cual revisaron las disposiciones académicas y me designaron profesor vitalicio.

Continúo dictando mis clases sostenido por la devoción de mis amigos, el respeto de los alumnos y la proximidad de Artemio y Marta quienes se casaron con los auxilios de la religión y continuaron sus tareas de siempre. Yo fui el padrino de la boda.

Tanto el secretario como el ama de llaves me prodigan su afecto, y compartimos ahora una cama de dos plazas y la felicidad de un hogar que pronto se engalanará con un niño que llamaremos Mateo.

Los días domingo continuamos haciendo un largo recorrido, visitamos a Eufrasio Ustáriz en la iglesia del Carmen y después de misa el cura nos sigue agasajando con un suculento almuerzo en la sacristía regado por un buen vino riojano.

A menudo Eufrasio me pide que le recuerde algunos de mis sueños y que le hable de los sucesos de Buenos Aires aquel lejano 16 de junio aunque, como buena parte de sus fieles, piensa que jamás ocurrieron y que fueron inventados por la oligarquía para menoscabar la memoria del venerado general.

Los repito sin rodeos, pero callo lo que Eufrasio jamás lograría comprender porque sería como relatarlos en *afrho francoespangloportuguesio*.

Los días sábado almorzamos siempre una parrillada que Artemio prepara magistralmente en el quincho y dormimos una siesta de dos horas. Después tomamos mate con los excelentes bizcochos de grasa que cocina Marta e iniciamos una tertulia que se extiende hasta el alba.

A veces me asaltan dudas sobre esta trinidad sacrílega que integro con los seres que más amo en este mundo y corro a confesarme con el padre Carámbano, anciano ya y cardenal de La Pampa.

Emprendo el largo recorrido en ómnibus ansioso por superar los recelos, pero mi antiguo maestro me observa consternado y sólo emite algunas frases en latín entre las que creo reconocer *animus blasfemicus*, *horresco referens* y *agnus horripilantis*.

En verdad, no aguardo una respuesta coherente que supere mis dilemas aunque me conforta relatarlos a quien vigiló mi formación religiosa. Sé que vivimos en pecado pero no lo podemos remediar. Artemio, Marta y yo imploramos diariamente el perdón de Dios y le rogamos que no nos arroje de nuestro paraíso. Cumplimos todos los deberes del culto y nos confesamos con frecuencia. Comulgamos y aceptamos fielmente los castigos que nos impone el padre confesor en cuya discreción confiamos ciegamente, pero no dejamos de incurrir en falta una y otra vez.

Sólo Dios sabe cuánto durará nuestra felicidad.

De una sola cosa estoy seguro: jamás publicaré *Nimrodía* porque yo mismo me encargaré de destruir los textos cuando se acerque el fin.

En tus manos, Señor...

Nota al pie

En diversas partes del mundo, la ley autoriza el matrimonio o la unión civil entre dos personas del mismo sexo. Holanda, la Argentina y Bélgica son algunos ejemplos al azar. César Cigliutti y Marcelo Suntheim fueron los primeros argentinos en firmar el registro de unión civil porteño, el 18 de julio de 2003.

(¿Pero por qué sólo dos personas? ¿Llegará el día en que los Estados acepten legalmente el matrimonio o la unión civil entre tres o más seres de igual o diferente sexo? ¿No es acaso de público conocimiento que tales uniones llamadas *poliamor* existen de hecho desde tiempos inmemoriales y que, en muchos casos, contribuyen a afianzar la paz social y la estabilidad de familias donde se educan hijos concebidos dentro de esta modalidad de convivencia humana?)

¿Pero por qué solo dos personas? ¿Se admitirá un día legalmente el matrimonio o la unión civil entre tres o más seres de igual o diferente sexo? ¿No es acaso de público conocimiento que de hecho existen tales alianzas, que se llaman *poliamor*, y que se engendran hijos dentro de esta modalidad de convivencia humana?

Índice

La boda de Mariana Zaldívar.....	2
Ceñida historia del Calzado Espejo.....	46
<i>Racatracatrá</i>	57
Enemigos.....	64
La natación.....	74
Flagelia.....	85
Chicabún.....	90
Amores ciberéticos.....	96
Zulema al mediodía.....	103
Juan Estévez.....	111
El Jefe.....	121
Benito y Blas.....	125
Quintino.....	128
Pero.....	134
Nimrodia.....	138

Alberto Kaplan resume las tres características fundamentales del humanista: fino, culto y “atorrante”, palabra que amo y alude a todo aquél que mira la vida y al “otro” con sonrisa tolerante, agridulce, chaplinesca. Se descubre en él al humorista judío rioplatense asumiendo la fórmula de Gogol: “reír entre lágrimas”, encarnada sabiamente en el humor sho-lemalejeimiano y en el tango “Lunes” de Francisco García Giménez.

Como en Bernardo Verbitsky y Bernardo Kordon, en Kaplan la realidad y la verdad son el fundamento de una auténtica literatura. *Camino de Buenos Aires* me condujo a Jerónimo Bosch en sus pinturas de la tragedia del hombre pervertido y corrupto. ¿Acaso no lo es “El Jefe” mafioso imponiendo códigos insalvables, salvo para él? ¿Acaso no resulta un “grotesco” la Escuela “Santa Indigencia” en “Benito y Blas”, supervivientes de la calle guiados por dos normas fundamentales: sobrevivir y no ser descubiertos por “la yuta”?

Descubre Kaplan la injusticia del sometimiento del hombre “transparente” que existe pero “no se ve”, quien con armas “lícitas” o “ilícitas” solo pretende encontrar, como Kordon, “una ventana para poder respirar”. Pero cuidado, también sabe Kaplan que ciertas conductas “ilícitas” son expuestas e impuestas por personas que viven en la “ilicitud”. Por ello ríe al encontrarse con Don Juan Ramírez de Velazco, fundador en 1591 de la ciudad de La Rioja, quien desde niño aprendió en el mundo de las armas “legales” el arte de “sobrevivir y prosperar matando gente”, según “Nimrodia”. Todos los caminos conducen a Buenos Aires, la ciudad “húmeda, atroz e irrepetible” de Andrés Aldao, y avanza más que Albert Londres en la década del 20 del siglo XX quien, en *El Camino de Buenos Aires*, expuso la ruta de la prostitución, mientras Kaplan nos muestra la indigencia y el “ragú” como madre de todas las maldades.

El pensamiento escéptico de Discépolo, la Biblia y el calefón, aparecen en la poesía “Pero” de Chung Chu Lin: “...Aprendí que el tiempo parece ilimitado / pero no lo gasten, hijos míos, viviendo la vida de otros... / Vivimos corriendo detrás del tiempo / pero solo lo alcanzamos al morir.”

Hay en Alberto Kaplan lirismo, humor y tragedia, como en Dante Linyera y Nicolás Olivari, en tanto que aletea en sus páginas que ¡vaya a saber cuándo! alguna vez el hombre aceptará el mayor regalo divino: el libre albedrío, ni más ni menos que ¡SÉ RESPONSABLE! ¡Bienvenidos estos bellos relatos!

José Judkovski

ISBN 978-950-694-882-5



9 789506 948825

Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano